

**CONSIDERACIONES MILITARES SOBRE LA CONQUISTA
ARABIGA: DEL GUADALETE A TOLEDO**

Comandante don JOSÉ MIRANDA CAL-
vo, Profesor de la Academia de In-
fantería. Numerario de la Real Aca-
demia de Bellas Artes y Ciencias
de Toledo

INTRODUCCION

La actividad investigadora de Dozy, en el pasado siglo, en cuanto se refiere a la historia y presencia arábica en nuestro país, determinó, como sabemos, una creciente e ininterrumpida floración de estudios y trabajos referidos a tan apasionante episodio de la historia nacional.

Españoles y extranjeros se entremezclan en la tarea de investigar, estudiar, comprobar y justificar los variados aspectos que el tema presenta, expuestos a través de los cronicones y relatos de cristianos y musulmanes, a partir del siglo VIII.

Las figuras de Gayangos, Conde, Codera, Ribera, González, Tailhan, Simonet, Fagnam, Fournel, Cirot, Fernández-Guerra, Saavedra, Lafuente Alcántara, Torres, Gómez Moreno, Huici, etcétera, se suceden en constante superación, hasta desembocar en nuestros días a los Menéndez Pidal, Levi-Provençal y Sánchez-Albornoz, junto a sus inmediatos colaboradores.

Ahora bien, su ingente labor ha venido centrándose en la pura investigación histórica, en el afán de pormenorizar y determinar los hechos, las instituciones, localidades y fechas, con la explicación genérica y correspondiente de los mismos.

En contraposición a esta maravillosa labor, poco, en cambio, podemos exhibir desde el estricto análisis castrense de tales acontecimientos.

El esfuerzo y reacción militar de cualquier pueblo, país y época, es siempre la resultante de su quehacer y sentir nacionales, al servicio de sus ideales, aspiraciones e intereses.

De ahí la importancia e interés para conocer e interpretar, desde el punto de vista castrense, los acontecimientos y reacciones generales.

Apoyados, pues, en los diversos textos, intentamos contribuir, desde el punto de vista militar, a explicar los antecedentes, actividades y acciones que originaron y determinaron el desplome de la monarquía visigoda.

La escasez de estudios de este tipo acaso limiten demasiado el auténtico contenido del nuestro.

Nuestra voluntad y deseos se orientaron, al menos, a pretender conseguirlo.

CONSIDERACIONES MILITARES SOBRE LA CONQUISTA ARABIGA: DEL GUADALETE A TOLEDO

AMBIENTACIÓN HISTÓRICA

La monarquía.

I.1. Todas las crónicas y estudios de que disponemos se hallan unánimemente de acuerdo en resaltar el gradual e ininterrumpido proceso de descomposición político-social que, desde el siglo VII, padecía la monarquía visigoda y cuya aceleración final favoreció su derrumbamiento (1).

Dejando a un lado la controversia histórica mantenida respecto a si la asimilación o fusión hispano-goda fue más aparente y superficial que real y profunda, lo cierto es que el grupo noble rector visigodo se comportaba como auténtica casta monopolizadora de bienes y derechos y que, junto a la alta clerecía, originaba, con su altivez y riquezas, auténtica disociación con el resto del cuerpo social nacional.

Basta asomarse a las actas de los Concilios de Toledo para comprender el extremo a que se había llegado.

El carácter electivo de la monarquía favorecía, asimismo, la agudización de luchas intestinas entre los grupos de la nobleza, puesto que, al imponer los grupos triunfantes a su candidato favorito, al que convertían en fácil comodín, provocaban el au-

(1) Ver *Cronicón Mozárabe*, núm. 36. *Cronicón Silense*, núms. 12 y 13. XIMÉNEZ DE RADA, en *De rebus Hispaniae*, cap. 12. SIMONET, en *Historia de los Mozárabes en España*. LEVI PROVENÇAL, en *Histoire de l'Espagne Musulmane*. SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Cuadernos de la Historia de España. Actas de los Concilios de Toledo* (Colección Aguirre). FERNÁNDEZ E HINOJOSA, en *Los pueblos germanos y la ruina de la monarquía visigoda*. DOZY, en *Histoire des Musulmans d'Espagne*, y en *Recherches sur L'histoire et la litterature de l'Espagne*, etc.

mento de discordias y conspiraciones entre los grupos relegados, que no cejaban hasta la caída del rey anteriormente elegido, imponiéndose de esta forma una constante y creciente inestabilidad, confusión y una total desorientación.

Este cuadro sintético social se vio agravado en el último período, ante la serie de medidas dictadas por los reyes visigodos contra la minoría judía, puesta en contacto con los enemigos de la monarquía (2).

Medidas que alcanzaron su máxima gravedad con el decreto dictado por el rey Egica, en el año 694, tan sólo diecisiete años antes de producirse la invasión, por el que ordenaba arrancar a los judíos sus hijos, a partir de los siete años, con el fin de educarles en la religión cristiana.

Dicha medida tan radical se justificaba como castigo a los judíos, por sus repetidos contactos con los enemigos de la monarquía visigoda, especialmente mantenidos en el Norte de Africa, a través de los judíos de allá.

Fácil es, pues, imaginar el estado de animadversión general de la minoría judía hacia el poder constituido, al que, lógicamente, desde entonces y sin miramiento alguno, no ocultarían su oposición y lucha decidida.

Tras las incidencias y avatares del reinado de Witiza (3), a su muerte, sobreviene la lucha póstuma por el trono, entre los partidarios de colocar en el mismo a uno de sus hijos, el predilecto Achila, y otro grupo noble que favorecía el nombramiento de Rodrigo.

Dicha lucha por el trono comenzó en 708, aunque el arzobispo Ximénez de Rada la coloca, iniciándose ya, en vida del propio rey Witiza (4), manteniéndose la misma hasta mediados del 710, entremezclada con un período excepcional de sequía, hambre y peste de que nos hablan, unánimemente, las crónicas de la época.

La subida al trono del rey Rodrigo, triunfante en la pugna, no podía verse, en verdad, rodeada de circunstancias más fu-

(2) Ver *Los judíos de España*, de H. GRAETZ, trad. G. STEVE. *La condición legal de los judíos bajo los reyes visigodos*, de J. JUSTER. *Historia de los judíos de España y Portugal*, de J. AMADOR DE LOS RÍOS.

(3) *Cronicón Silense*, núm. 12. XIMÉNEZ DE RADA, en *De rebus Hispaniae*, cap. XVII.

(4) *De rebus Hispaniae*, cap. XIX.

nestas, en medio de una sociedad empobrecida, disociada y hastiada, cuyos grupos rectores, enfrentados a título permanente entre sí, la hundían más y más con sus turbios egoísmos e intereses, contribuyendo, así, al apartamiento de la masa popular.

Los árabes.

I.2. Los árabes, tras la formulación religiosa de Mahoma, conocen una auténtica explosión racial que, en su mesianismo imperialista, les hace llegar al mismo litoral norteafricano, tomando pie en la propia ciudad de Tánger, capital a la sazón de la provincia visigoda Mauritania Tingitana, allá por el año 707.

Esta provincia poseía unas características muy especiales, en relación al resto del conjunto. Puesto que, como consecuencia de la ayuda inicial de los emperadores de Bizancio, así como de su propia expansión, lazos de parentesco y pactos de ayuda con los monarcas visigodos, coexiste sobre ella mutua dependencia e influencia visigodo-bizantina.

Conquistada a los vándalos por los bizantinos, en tiempos de Justiniano, los monarcas visigodos no se resignaron a tal dominio, conscientes de la importancia de su posición y proximidad a la península. De ahí, que, en tiempos del rey Teudis se montara la expedición que tuvo como resultado la recuperación de Ceuta, aunque volviera nuevamente a perderse, en favor de los bizantinos.

Los pactos y mejor entendimiento entre visigodos y bizantinos, protagonizados por sus reyes, Atanagildo y Justiniano, marcan una era de cooperación e influencias comerciales, determinantes del establecimiento de los bizantinos en Levante, cuyo desarrollo originaría la corriente comercial que, desde el litoral levantino, llegaba hasta Ceuta y Tánger.

De esta forma, se originó, políticamente, una especie de «clientela» o dependencia, puesto que, la provincia norteafricana, aún formando parte de la monarquía visigoda, se regía por un gobernador, de ascendencia y familia bizantina, perdurándose, así, el reconocimiento de la ayuda inicial.

El gobernador, en vísperas de la invasión, era el famoso Conde don Julián, que, sorprendido ante la irrupción de la expansión del Islam y a lo largo del litoral norteafricano, y, a pesar

de verse obligado a dejar en sus manos Tánger y su zona, pudo mantenerse, a duras penas, en la plaza de Ceuta, merced a la ayuda que, desde la península, le prestó el rey Witiza (5), asegurándose, para ello, la comunicación marítima a través del Estrecho.

Hecho, éste, fácil de realizar y conseguir, puesto que los árabes, en sus impulsos iniciales de expansión norteafricana, ejercieron siempre su presión por tierra, no sobrepasando los límites de la costa.

Al morir el rey Witiza y surgir la guerra civil por el trono entre los partidarios de su hijo Achila y los de Rodrigo, cesó la ayuda que venía prestándose al Conde don Julián, y, su situación de mantenimiento en la plaza de Ceuta se hizo, por tanto, insostenible.

Por ello, realizó con el walí árabe un acuerdo de «clientela» o dependencia, muy semejante en su espíritu y realidad al que mantenía con la monarquía visigoda. Es decir, mantenimiento de su gobierno personal sobre la plaza y tribus gomeres, que le eran muy fieles, pero con reconocimiento de la autoridad árabe y dependencia de sus walíes (5 bis).

Con ello desaparecía definitivamente la cabeza de puente visigoda en Norteáfrica.

No es necesario, por tanto, recurrir a la leyenda, siempre sugestiva, relativa al ultraje sufrido por el Conde don Julián en la persona de su hija Florinda por el rey don Rodrigo, y que, al exacerbar sus deseos de venganza motivara su sumisión y colaboración con los árabes, hecho éste que algunos historiadores atribuyen, en lugar del rey Rodrigo, al rey Witiza (6).

Comoquiera que la suerte inicial de los hijos de Witiza y sus partidarios en la lucha por el trono contra Rodrigo fuera adversa, se lanzaron a una desesperada búsqueda de ayudas por el exterior.

(5) AJBAR MACHMÚA. SIMONET. SAAVEDRA. CODERA.

(5 bis) AJBAR MACHMUD, págs. 18, 19, 20, 21, 22. ALMAKKARI, en *Historia de las dinastías musulmanas en España*, lib. 4, cap. 1, págs. 254-255. ABEN JALDÚM. CODERA, en *Historia árabe-española*. SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *O. del Feudalismo*, tomo II. P. J. TAILHAN, en *Notes et recherches*. DOZY, en *Histoire des musulmans*, etc.

(6) *Leyendas del último rey godo*, de MENÉNDEZ PIDAL. ABEN JALDÚM y ALMAKKARI tomo I, libro IV, capítulo I, así como la *Historia Pseudo-Isidoriana contra la secta de Mahoma*, del Obispo de Jaén, S. PEDRO PASCUAL.

Y, como es lógico, pensaron inmediatamente en el Conde don Julián, dadas las anteriores relaciones de vinculación y gratitud hacia el rey Witiza, su padre (7).

Los contactos entre los hijos de Witiza con el Conde don Julián y el walí árabe se hallan ampliamente recogidos, de manera abrumadora y coincidente en la totalidad de testimonios históricos, árabes y cristianos (8).

Tan sólo difieren, dos de los mismos, en la apreciación de que en dichos contactos intervinieron personalmente los hijos de Witiza (9), para reforzar el ánimo de ayuda en los árabes, en tanto que el resto de los historiadores mencionados afirman que lo fueron con intermediarios o representantes.

Del estudio y cotejo de este cúmulo de testimonios históricos, se desprende, con clara y rotunda evidencia, que los árabes vacilaron ante las reiteradas ofertas witizanas de intervención auxiliar por el trono (10).

Estas prevenciones y limitaciones indican, claramente, que la ayuda inicial árabe se desarrolló bajo el signo de extrema prudencia, de simple colaboración, sin intentos invasores y con fines secundarios, siempre provechosos para eventuales y posteriores circunstancias, cuya evolución no se podía prever, por desatadas y secretas intenciones que albergasen.

Ni por continuidad geográfica, por el misterio y vacío que suponía trasladarse al otro lado del mar, sin medios ni dominio marítimos, con la natural reserva y recelos respecto al verdadero comportamiento del recién sometido Conde don Julián y sus tribus gomeres, por la propia lejanía de su mando, el walí, y, por cuanto pudiera representar para los árabes la interrogante de la conducta total del pueblo visigodo es totalmente concebible no pudiera entrar en sus cálculos ninguna aventura

(7) *Cronicón de Silos*: «Quem Vitiza rex in suis fidelibus familiarissimum habuerat...».

(8) *Cronicón Silense*. XIMÉNEZ DE RADA. ABUL-MUHAYIR. *Crónica de Alfonso III. Crónicas refundidas*, de ABELDA, y *Profética*, del 976, de VIGILA. *Fuentes históricas hispano-musulmanas del siglo VIII*, de SÁNCHEZ ALBORNOZ, etc.

(9) ISA BEN MOHAMED y *Cronicón Silense*, núm. 14.

(10) «Manda a ese país algunos destacamentos que le exploren y tomen informes exactos y no expongas a los musulnes a un mar de revueltas olas... «Le prohibió pasar a España, pues temía redundara en peligro, pero que mandara a unos pocos para conocer la oferta del Conde Julián», etc.

formal de penetración y dominio, pese a la oferta de intervención limitada.

Esta limitación de intervención y ayudas, en la que unánimemente coinciden los propios historiadores musulmanes, halla su complemento de prueba en el hecho de designarse como jefe de la fracción de tropas árabes que, entremezcladas a las gome-res del Conde don Julián y las witizanas intervendrían, a un lugarteniente, al liberto Tariq ben Ziya, precisándosele la misión, por su jefe Muza, tan prolijamente, que, como sabemos, a pesar de su posterior penetración victoriosa, fue desposeído del mando y enviado a Damasco, ante el peligro a que había sometido al Islam.

Una invasión o expansión preconcebida, tal como los árabes venían realizando hasta entonces, discurría de modo harto diferente, en circunstancias y medios, a la sucesión de hechos que configuran el derrumbamiento de la monarquía visigoda.

A mayor abundamiento, en cuanto a la falta de intencionalidad, que se hubiera puesto de manifiesto por la serie de preparativos y medios, así como la ambientación de sus copartícipes visigodos, en las regiones próximas a la zona de desembarco, en el tiempo que precedió, por disimuladamente que hubieran intentado realizarlo, se habría traslucido lo suficiente como para alarmar en mayor grado y medida a los partidarios de Rodrigo, que, en ningún momento, a juzgar por su conducta de defensa, atribuyeron a los manejos de los partidarios de Witiza la importancia y significado de las tentativas de recuperación usuales.

En consecuencia de esta serie de hechos históricos, fehacientemente probados y que enmarcan las acciones militares exploratorias, como antecedente obligado al momento del desembarco, deducimos los siguientes aspectos:

a) Clima general de disociación político-social nacional totalmente acreditado, con luchas abiertas y continuas entre los grupos nobles y rectores, con su repercusión directa sobre las masas dependientes de su derecho.

b) Debilidad y empobrecimiento general del país, agotado por las permanentes luchas intestinas y civiles por el trono, a más de los estragos coincidentes de la peste y sequía conocidas a la sazón.

c) Obsesión suicida del grupo witizano que, incapaz por sí sólo de recobrar el poder, no vaciló en solicitar ayuda de un pueblo extraño, fanático, victorioso, ávido de aumentar sus conquistas y riquezas, con el que ningún contacto racial, religioso y político les unía.

d) Olvido y menosprecio en cuanto se refiere a las actividades de la minoría judía, con el rencor latente que mantenía ante la discriminación y persecuciones de que era objeto, prueba del despego y absolutismo existentes aun en las circunstancias difíciles que la monarquía atravesaba.

e) Mantenimiento ciego, en los witizanos, de sus aspiraciones particulares, sin miramientos hacia la situación general del país, anteponiendo, como mira superior, su odio hacia Rodrigo y los suyos.

f) Base de partida favorable, desde Ceuta, con plena libertad y seguridad en la comunicación marítima a través del Estrecho, merced a la ayuda de los barcos del Conde don Julián, complementada con el despliegue de partidarios witizanos sobre la zona de desembarco; condición mínima que los árabes exigirían y que, ellos, de antemano, asegurarían como presupuesto imprescindible y elemental para el triunfo de su causa y aspiraciones.

g) Apreciación, por los propios witizanos y el Conde don Julián, de la limitación de ayuda árabe en la empresa, ante la serie de hechos de los que son protagonistas, recelos a vencer para que así se incorporen, en la seguridad de que el desconocimiento, situación y reacción del país y pueblo visigodos, constituirían limitaciones suficientes para frenar otro tipo de tentativas, en sus circunstancias auxiliares, caso de que así pudieran llegar a sentirlas.

Sobre este general condicionamiento socio-político que tan nítidamente perfila la descomposición y disociación nacionales existentes, así como el egoísmo tradicional de los grupos nobles aspirantes al trono, va a preludiarse una de las páginas decisivas de la historia patria, desbordando, sin duda alguna, por sus circunstancias y desarrollo, los propósitos y aspiraciones de los actores en cuestión.

ORGANIZACION MILITAR VISIGODA

2.1. *Base socio-política.*—Antes de adentrarnos en los pormenores del derrumbamiento de la monarquía visigoda, resulta obligado que pormenoricemos cuanto se refiere a la organización y estado militar de la época (11).

La interdependencia que, respecto a la organización socio-política mantenía, nos impulsa a un paralelismo previo de los comentarios.

El conjunto general de los pueblos germanos aseguró su convivencia social sobre la base de una relación personal de dependencia que les vinculaba, mutuamente, en paz y en guerra.

Esta relación personal de dependencia, llamada «comitatus», permitía que las personas incapaces o imposibilitadas de asegurarse por sí mismas su seguridad, se vincularan y permanecieran fieles a otras, que, a cambio de dicha vinculación, les proporcionaban tutela y protección, así como proveían a su mantenimiento.

Este principio de general aceptación y establecimiento entre los pueblos germanos que la historiografía europea refleja con rara unanimidad, fue madurando y adquiriendo matices y variedades, a lo largo de los tiempos.

La exaltación del personalismo y del caudillismo a que tan dados eran los pueblos germanos, facilitaba el encaje jurídico-social de estas relaciones de dependencia, que no sólo alcanzaban a los hombres libres respecto de los más nobles y poderosos, y, de éstos, respecto a los reyes, sino que, a través de los

(11) FERNÁNDEZ E HINOJOSA, en *Los pueblos germanos y la ruina de la monarquía visigoda*. SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Orígenes del Feudalismo*. M. TORRES, en *El Estado visigótico*. P. J. TAILHAN, en *Anonyme de Cordoue*. CONDE DE CLONARD, en *Historia orgánica de las armas*, etc.

tiempos, alcanzó a las jerarquías eclesiásticas, enraizándolas muy directamente con el poder real y su influencia social.

Este fenómeno general entre los pueblos germanos no podía, pues, resultar ajeno en su establecimiento y aplicación entre los visigodos, con las variantes y matizaciones paulatinas que sus contactos mayores con los romanos y su propia evolución determinaron, jugando un papel tan importante en la base de apoyo del conjunto socio-político visigodo que, en el período final de la monarquía contribuyó, por sí mismo, a su derrumbamiento, al arrastrar y anular con su propia descomposición el influjo militar que contenía.

Los visigodos, como sabemos, tras tener que abandonar su centro de gravedad en las Galias, ante el empuje de los francos, se asentaron sobre España, en cuyo suelo consolidaron su establecimiento y organización, tan sólo alterados por los intentos de los suevos y bizantinos.

Cabe decir que, tras la fijación y absorción del influjo de unos y otros, los visigodos no sostuvieron ningún tipo de conflicto exterior, por lo que, su propia evolución se vio determinada, en exclusiva, por sus asuntos, rivalidades y luchas internas.

La eficacia de su organización militar se fue, paralelamente debilitando a tenor de su degradación políticosocial, viéndose, por tanto, arrastrada y anulada en el mismo grado y medida del sistema social sobre el que se asentaba y giraba.

Nuestro insigne historiador Sánchez Albornoz ha estudiado y expuesto magistralmente las instituciones político-jurídicas de la monarquía visigoda (12).

De las mismas se colige, con meridiana claridad, a nuestro juicio, su influjo respecto a la organización y eficacia militares.

Según Sánchez Albornoz, la relación genérica de dependencia que, entre los pueblos germanos, significaba el «comitatus», se prolongó y personalizó en los visigodos a través del «gardingato» que rodeaba a los monarcas, al igual que el «bucellaria-

(12) *El stipendium hispano-godo. El Aula Regis y las Asambleas políticas de los godos. Fideles y Gardingos en la monarquía visigoda.* Véase *Orígenes del Feudalismo y Cuadernos de la Historia de España*, del mismo. Cabe complementar los textos anteriores con los estudios de M. TORRES, GARCÍA-GALLO, PÉREZ-PUJOL, principalmente, entre otros, y aparecidos en «Anuario de D. Español», y publicaciones individualizadas.

to» vigente en el Imperio romano tardío, se substituyó por el «patrocinio personal de los señores potentes».

Al ser electiva la monarquía visigoda y extraerse los candidatos de entre los grupos nobles, los monarcas elegidos se veían obligados a descansar sobre los llamados «gardingos regis», que les defendían del resto de la aristocracia, presta siempre a entronizar sus candidatos rivales.

Y, lógicamente, al descansar la potencia de los «gardingos regis», en el número y fidelidad de sus «clientes patrocinados», éstos se valorizaban más y más, llegando a incrustarse de manera muy directa en la órbita de vida y servicios de sus señores.

De esta manera, tanto los «gardingos regis», como los «señores potentes» y sus «clientes», con este peculiar modo de enrolamiento, dependencia y servicios, que anticipan claramente un sistema pre-feudal, fueron originando con la multiplicación de sus divisiones y luchas intestinas, con pleno señorío de las individualidades, una debilitación del poder y de la autoridad real, de tal magnitud, que coadyuvó decisivamente al derrumbamiento de la monarquía en este acontecimiento postrero.

Esta multiplicación de divisiones y luchas intestinas, entre los grupos nobles y rectores, se vio en extremo facilitada por la ausencia de conflictos o luchas contra enemigos del exterior. Puesto que, desde que Suintila arrebató a los bizantinos las últimas plazas, no conocemos ningún otro tipo de lucha que las internas. Estas, pues, absorbieron todas las energías y centraron las actividades de los nobles y jerarquías eclesiásticas, íntimamente entrelazadas, produciéndose, con ello, la paulatina pero constante disociación entre el Estado como tal y la Sociedad, cuyo equilibrio local y regional se basaba, como queda expuesto, en la exclusiva vinculación y dependencia hacia los respectivos señores.

En consecuencia, se ofrece en el último período de la institución visigoda una desgraciada entremezcla de factores y circunstancias que no pueden conducir más que al total relajamiento de la moral popular y, por ende, de la moral militar de los afectados, alternativamente arrastrados a una serie contradictoria de luchas, para mantener los intereses y posturas de sus señores, que, según el turno de los acontecimientos, les enfren-

taban a los amigos anteriores, sin poderse precisar o garantizar el tiempo de duración del nuevo estado de cosas.

La manera de hacer frente a posibles desafecciones, ante el hastío y desaliento que ello acarrea, se halla en la variada forma de adscripción que los «potentes» realizaban respecto a sus «patrocinados», con el fin de conservarles lo más directamente posible y exigir su concurso llegado el momento de intervención en las luchas.

Estas obligaciones, pese a todo, debieron incumplirse con tal frecuencia, ante la desmoralización originada por las luchas constantes, que el rey Ervigio, en las postrimerías de vida de la institución visigoda, se ve obligado a recordarlo (13).

Las formas usuales, que, alcanzaron igualmente a los enrolados al servicio de las jerarquías eclesiásticas, de adscripción de los «patrocinados», es decir, de los hombres de mínima condición, con respecto a los «potentes», fueron:

a) Mediante *stipendium*, que no consistía sólo en el pago a metálico de una determinada soldada, como así fue en principio, sino que fue progresivamente adoptando el sistema de concesión de tierras en precario, para así poder arrebatárselas el señor caso de no cumplir la obligación de ayuda, y de cuyos frutos debían entregar anualmente una parte a sus benefactores (14).

b) Los que servían en beneficio de la Iglesia recibían, igualmente, *sub stipendio*, la cesión de tierras propiedad de la alta clerecía (15).

c) Estas cesiones de tierra, bien de la Corona, de los «seniores», o bien de la Iglesia, al ser *iure precario*, podían ser revocadas en cualquier instante, con lo que se aseguraban la probada fidelidad y vinculación de los beneficiados ante la incertidumbre de vida que se les presentaba al retirárselas.

(13) En la Ley IX-2-9, se lee: «Nam et si quisque exercitulum in eadem bellica expeditione proficiscens, minime ducam aut comitem aut etiam patronum suum secutus fuerit, sed per patrocinia diversorum se dilataverit ita ut nec in wardia cum seniore suo persistat... (M. G. H., *Leges*, I, pág. 378).

(14) *Lex Visigothorum*, v. 3-4, se lee: «De rebus in patrocinio acceptis et conquisitis. Ita ut supra premissum est, quicumque patronum suum reliquerit et ad alium se forte contulerit, cui se comendaverit, det ei terram; nam patronus quem reliquerit et terram et que ei deit obtineat» (M. G. H., *Leges*, s. I, página 217).

(15) *Disposiciones de los Concilios de Toledo II* (527), canon 4; *Toledo IV* (633), canon 33; *Toledo VI* (638), canon 5, *Lex Visigothorum V-1-4*.

d) La oposición entre el Rey y la Iglesia, principalmente como consecuencia de estos beneficios que comportaban la vinculación del patrocinado con su benefactor era, frecuentemente, causa de enfrentamientos ante la disminución de fuerzas que suponían, máxime, al estar tan enfrentados las altas jerarquías y grupos rectores, como así nos lo prueban las leyes de Wamba para intentar corregir y atajar dicho extremo (16).

e) La obligación por parte de los patrocinados de acompañar a sus benefactores a la guerra es acuciantemente recordada y exigida por el rey Ervigio, ya en las postrimerías de vida de la institución regia y en un intento desesperado de apuntalamiento de la autoridad real (17).

A la vista de dicho recordatorio y exigencias, es fácilmente presumible imaginar el grado de deterioro y falta de entusiasmo existentes entre los patrocinados para cumplir sus obligaciones, lógicamente hastiados y desentendidos del cúmulo de luchas internas y juegos de intereses contrapuestos entre las minorías en lucha.

f) Estas cesiones de tierras que, como auténtico incentivo, se otorgaban entre los hombres de mínima condición, llegaron también a extenderse entre los nobles en pago de sus servicios, para lograr, así, entre ellos, el equilibrio de las distintas facciones. Este equilibrio se tenía muy presente, como lo prueban los edictos del Concilio XIII de Toledo, en tiempos de Ervigio, por el que amnistiaron y restituyeron las tierras a los magnates que se rebelaron, al mando de Paulo, contra el rey Wamba (18).

g) Junto a las anteriores modalidades, coexistían los «clientes» íntimos, que vivían a expensas directas de sus señores, viviendo en sus mansiones y propiedades, recibiendo soldada y, llegado el caso, cesión de tierras (19).

(16) Ley de Wamba IV-5-6, del «Liber Judicum...».

(17) Ley IX-2-9: «Nam et si quisque exercitium in cadem bellica expeditione proficiscens, minime duces aut comites aut etiam patronum suum secutus fuerit, sed per patrocinia diversorum se dilataverit, ita ut nec in wardia cum seniore suo persistat...» (M. G. H., *Leges*, I, pág. 378).

(18) «De reddito testimonio dignitatis eorum, que profanatio infidelitatis cum Paulo traxit in societatem tyrannidis...» (C. M. H., IV, pág. 280).

(19) Lex V-3-4: «De rebus in patrocinio acceptis et acquisitis. Ita ut supra premissum est, quicumque patronum suum reliquerit et ad alium se forte contulerit, ille, cui se commendaverit, det ei terram; nam patronus quem reliquerit, et terram et que ei dedit obtineat» (M. G. H., *Leges*, s. I, pág. 217).

h) En el último período de la monarquía visigoda, y, ante la indiferencia y falta de cumplimiento en sus obligaciones de que hacían gala los patrocinados, debieron ensayarse nuevas fórmulas de atracción, como prueba el que la cesión y beneficios de las tierras y demás se realizara sin formalizar documentación alguna, es decir, meramente de palabra y de manera directa, ante la necesidad y circunstancias, facultándose en el Concilio VI de Toledo (en el 638), para así realizarse (20).

Creemos que, con lo expuesto, cabe imaginar y comprender la descomposición socio-política de la sociedad visigoda, con las repercusiones consiguientes en la masa popular y en la moral y eficacia militares de los grupos que, llegado el caso, debían incorporarse a sus señores para intervenir en las luchas.

La inexistencia de amenazas y conflictos exteriores llevó a extremos inconcebibles la agudización de las luchas por el poder interno, así como los intentos mutuos de la nobleza, rey y alta clerecía, por neutralizarse, originando con ello el apartamiento, hastío y rencor de sus «movilizables».

A este respecto, dada la magnitud de la represión entre la nobleza contraria, destaca la trágica orden por el rey Chindasvinto, de la que se perpetuó su recuerdo, ya que, prácticamente, acabó con la nobleza gótica desafecta a su persona y pensamiento, pudiéndose decir que, desde entonces, no quedaron en sus días más nobles que los «*fidelis regis*», gozando en el *Palatium* de cargos o de gobierno en las provincias, ciudades o ejército (21).

ORGÁNICA MILITAR Y TÁCTICA

2.2. Expuesta y conocida la base socio-político existente durante la época visigoda, con las variantes y matizaciones que la realidad imponía, expondremos la orgánica militar propia-

(20) Canon V (Concilio): «*Quisques clericorum, vel aliarum quarumlibet personarum stipendium de rebus ecclesiae cuiuscumque episcopi percipit largitate, sub precarise nomine debeat professione; scribere... Quod si quis eorum contempserit facere, ipse stipendio suo videbitur privari...*».

(21) *El Aula Regia y las asambleas políticas entre los godos*; «Cuadernos de Historia de España», V, págs. 16, 17, 27, 30 y 32, de SÁNCHEZ ALBORNOZ.



mente dicha, sobre la que se encajaba y ordenaba la incorporación y servicios de los componentes de sus fuerzas.

Al igual que en el orden socio-político, hubo en la orgánica militar sus variantes, según se desprende de las leyes reguladoras (22).

La incorporación al servicio de las armas, se efectuaba por dos procedimientos: el *llamamiento común* y el *de sometén*.

Por el «llamamiento común», debía acudirse, al disponerlo el Rey, tan sólo en las localidades en vigor, ya que, en el fondo, se trataba de una movilización parcial, limitada, afectando a los «potentes» de dichos lugares.

Con el «sometén», en cambio, la movilización era general para casos de peligro nacional, y obligaba a los hombres residentes hasta las cien millas o unidades de distancia en el lugar donde fuera obligada.

Ahora bien, estas movilizaciones, parciales o generales, quedaban, en virtud del sistema vinculatorio descrito, supeditadas al hecho de que los «potentes» o «seniores loci» obedecieran y, así, lograran la incorporación de sus patrocinados.

Los combatientes así incorporados, tras estas movilizaciones, parciales o generales, quedaban adscritos a las dos armas combatientes: la caballería y la infantería, siendo, sin duda, la caballería, la de más categoría e importancia castrense.

Las unidades orgánicas visigodas estaban constituidas por: decania, centena, quingentena y milena, y que comprendían grupos de combatientes formados por 10, 100, 500 y 1.000 hombres.

Sus mandos respectivos se constituían así:

- Los Decanus, que mandaban el grupo inferior, la decania.
- Los Centenarius mandaban la centena, es decir, 100 hombres.
- Los Quingentenarius mandaban a los 500 soldados de la quingentena, y aparecen típicamente descritos en ley 1.^a, título 2.^o, libro IX, del F. Juzgo.

(22) *Codex Euricianus*, CCCXXIII, las antiguas, IV-2-15, IV-5-5 y VII-1-7; las leyes de Chindasvinto, II-5-13 y X-2-6; las de Recesvinto, IV-2-16 y VII-1-8; las de Egica, V-9-9, de la *Lex Visigothorum*, y todo el título 2.^o del Libro IX de ésta. También en el *Anonyme de Cordoue*, de TAILHAM, págs. 105-112; HINOJOSA, en *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos*; CLONARD, en *Historia orgánica de las armas*; M. TORRES LÓPEZ, en *Lecciones de Historia del Derecho Español*; SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Orígenes del Feudalismo*, III, etc.

— Los Milenarius mandaban el grupo superior de los 1.000 soldados, citándose los expresamente en el Fuero Juzgo y en el libro IX, capítulo III, de las *Etimologías* de San Isidoro.

Asimismo, tanto en las *Etimologías* de San Isidoro (libro IX, capítulo LII), como en el Fuero Juzgo (ley 3.^a, título I, libro IX), se cita, igualmente, a los Decanus y Centenarius, que equivalían a los antiguos centuriones romanos.

Para vigilar el comportamiento en el combate y, caso de ser preciso, impulsarles, existía el cargo de «Compulsores del ejército», que también eran conocidos por el apelativo de «servi dominici», pues eran siervos al servicio del Rey.

Los encargados de la distribución de víveres se llamaban «Annonarios», y cuando los combates cesaban, ganándose o perdiéndose, existían otros encargados del diálogo para la paz, denominados «Ajustadores de Paz», con nombramiento directo del Rey.

Como mando superior directo en las huestes, por encima de los Milenarius, se hallaban los Thiufados, cuyas atribuciones eran muy completas, no sólo en el mando directo militar, sino judiciales y administrativas. (Se citan las mismas en las leyes 23 y 26, tít. I, lib. II; en la 6.^a, tít. V, lib. IV, y la 1.^a, tít. II, lib. II, de «Lex Visigothorum»).

En el escalón superior de dignidades, directamente relacionadas con el mando en el ejército, aparecen los «Comes» que, aunque en orden de rango eran inferiores a los «Dux», o Duques, se diferenciaban en que éstos eran dignidades máximas palatinas o con mando gubernativo en las provincias, en tanto que los «Comes» se relacionaban directamente con la milicia.

Los «Comes spatiorum» eran los jefes de la guardia personal del Rey, que, poco a poco, fueron convirtiéndose en dignidades de tipo honorífico. (Se citan en la última ley del título II, libro IX, de la «Lex Visigothorum»).

Los «Comes Exercitum», equivalían a los antiguos tribunos romanos, es decir, un general en jefe para determinar misión, acción o campaña.

Finalmente, los «Gardingos», orden inmediatamente inferior a los «Comes», y superior al resto, comandaban, al igual que los «Comes», las unidades de caballería, arma fundamental, formando parte del séquito armado del Rey, con variadas funciones,

no sólo militares, sino políticas y administrativas. Su papel era primordial, ya que constituían la base de los «fideles regis», con acceso y permanencia en el Aula Palatium (23).

La entremezcla de funciones, derechos y deberes político-militares, dada la organización de la monarquía visigoda, ofrece el conocimiento de una variada serie de dignidades y cargos inferiores, que, aunque rozan y complementan los servicios militares, no son, real y orgánicamente, escalones en el ejército.

Así podemos enumerar a los Dux, que, incluso, en determinados casos u ocasiones, había algunos con categoría de «Dux exercitus»; el «Comes scantiarum», que era veedor administrativo del rey; el «Comes thesaurarum», o Conde del Erario; los «Comes Patrimonium», encargados del patrimonio del Rey; el «Comes cubiculi», o aposentador real; los «Defensores», los Sayones o alguaciles; los Villicos y Numerarius, que venían a ser como los jefes o gobernadores en pequeños lugares, etc.

En cuanto al *Armamento* se refiere, se entremezclaba el tradicional visigodo, procedente de sus tiempos iniciales de lucha e interayuda con los romanos, y el que la evolución de los tiempos imponía.

A través del Fuero Juzgo (ley IX, tít. II, lib. 9), se enumeran las *zabas*, *lorigas*, *escudos*, *espadas*, *escramas*, *lanzas* y *saetas*. El propio San Isidoro (*Etimologías*, I, lib. 8, cap. 13) describe las lorigas o perpuntres, como túnicas de silicio cubiertas de láminas de hierro o bronce trabadas entre sí a modo de escamas de pez. Con ellas se recubrían los caballeros que, de otra parte, constituían el núcleo principal formado por la nobleza goda.

Las escramas eran una especie de espadas cortas, aunque algo más anchas que las comunes.

Los infantes utilizaban también el *pilo* y los *contos*. El *pilo* venía a ser una especie de dardo o venablo que arrojaban contra las formaciones enemigas. Y el *conto* era una pértiga de bastante longitud, sin moharra, pero con la punta muy aguzada. Estas armas se complementaban con el *dolón*, típico puñal corto portado en la cintura y el *escorpio*, que era otro tipo de saeta

(23) Ver SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Los orígenes del feudalismo*, lib. I, páginas 41-76 y 116-133. Idem: *El Aula Regis y las Asambleas políticas de los godos*, en «Cuadernos de Historia de España», V, págs. 16, 17, 27, 30 y 32.

disparada con arco, muy propia para los grupos que se dedicaban a hostigar y a combatir a pequeños grupos dispersos.

En cuanto a la *Caballería*, considerada como arma principal entre los visigodos, ha sido, últimamente, puesta en tela de juicio, en cuanto a su verdadera importancia y permanencia, constituyendo un aspecto contradictorio.

Pese a todo, existen indudables testimonios históricos como para aseverar su mantenimiento y papel preponderante (24).

Con rara unanimidad, coinciden los tratadistas en la afirmación de la preponderancia de la caballería visigoda, desde los tiempos de convivencia con los romanos hasta la retirada de los visigodos del reino tolosano con Teodoro, ante el empuje de los francos.

Su divergencia, en cuanto a la valoración de su importancia, aparece en el estudio del último período de la monarquía visigoda. Ya que el fenómeno antes apuntado, y la vinculación de patrocinados hacia los «seniores», debilitó, ostensiblemente, el mantenimiento de fuertes núcleos de caballería, quedando reducida a los grupos de nobles que giraban bajo la órbita real.

Los que niegan, prácticamente, su mantenimiento, entendemos carecen de razón, por la serie de testimonios históricos que cabe aducir en contra de su pensamiento.

De una parte, está sobradamente probado que el medio de combatir de los vascones, los tradicionales rebeldes, a lo largo de los siglos VII y VIII, consistió en una serie de ataques rápidos con fugas inmediatas, es decir, la dispersión fulminante y múltiple, antes de que pudiese organizarse la reacción en fuerza del enemigo, lo que, lógicamente, suponía la utilización combinada de la caballería con la

La *Lex Visigothorum* y pormenoriza sobre la importancia del caballo en sus leyes: Ley V.1; V.5.2; VIII.3.10; VII.1

San Isidoro, *Etymologiae*, libro IX, capítulo 1, § 1, *de armis*, donde se habla de la importancia del caballo en la guerra.

y pormenoriza sobre la importancia de sus leyes: Ley V.1; V.5.2; I.4.13; VIII.4.15; VIII.4.26, etc.

En el *Origen de la Caballería* de G. P. LAFITTE, al escribir sobre la importancia del caballo en la guerra, se refiere a que dicha obra no sobre-

Γ
S.
fueh.
Infante.

rios con los de DAHN, el P. TAILHAM, *Origen de la Caballería*, y los que se encuentran en el tomo II del *Origen del Feudalismo*. En las *Origenes de la Caballería* de G. P. LAFITTE, en su *Historia Orgánica de la Caballería* de J. M. DE CALDERÓN.

pasa el reinado de Suintila, en el año 622, último período de la monarquía visigoda, no deja lugar a dudas (25).

La ley de Chindasvinto, al regular la dote de los «seniores gentis gothorum» o «primates palattii», eleva a 20 los caballos que el novio puede aportar en la dote, contribuyendo así entre los nobles a su mantenimiento.

No obstante, no se aprecia en las leyes típicamente militares de la Lex Visigothorum alusiones concretas al uso y empleo de la caballería, lo que pudiera llevar a suposiciones erróneas en cuanto a su valoración.

Puesto que, como veremos a lo largo de los acontecimientos que se producen, tras el desembarco y batalla del Guadalete, son los propios historiadores árabes quienes nos hablan del aprovechamiento que de la caballería visigoda hicieron los vencedores.

El problema, a nuestro juicio, reside en ponderar debidamente la importancia que, por imperativo de las circunstancias, pudiera tener entonces.

Si tan sólo formaban orgánicamente en la caballería los «fidelis regis» y «gardingos», así como los nobles y «clientes» a su inmediato servicio, la interrogante debe hallarse en conocer la cuantía.

Máxime al emplearse la caballería tácticamente para romper el centro de las fuerzas contrarias, como era usual en la época.

En consecuencia, deducimos que, pese a ser un hecho muy dudoso ante la carencia precisa de datos, y teniendo presente las causas de degeneración social que las continuas luchas de grupos nobles acarrearaban y el empobrecimiento general del país, que, lógicamente, facilitaban la relajación del espíritu militar, pese a los intentos forzados y esporádicos de Wamba para regenerar la situación, la Caballería, fuerza principal del ejército visigodo, no podía ser muy numerosa, tanto en efectivos permanentes como en una posible recluta o movilización forzada, y esto debería traducirse en su eficacia final.

(25) «Porro in armorum artibus satis spectabiles sunt et non solum hastis, sed e iaculis equitando confligunt, nec equestri tantum proelio, sed et pedestri incedunt, verumtamen magis equitum proepeti cursu confidunt» (M. G. H., *Auct. Antq.*, XI, págs. 294-320).

En cuanto a la *táctica* se refiere, los visigodos utilizaban dos líneas de combate: una primera, con la Caballería, la principal, destinada a romper el centro de las fuerzas contrarias, compuestas, bien por formaciones de caballería, igualmente, o por formaciones cerradas de infantes, sobre los que se abrían enormes claros al cargar y caer sobre ellos la caballería, y la segunda, formada por los peones, peor armada, encargada de rematar a la serie de grupos dispersos que las reiteradas cargas de caballería habían fraccionado.

El combate se hacía preceder de gran estrépito y griterío, voces, toques de cuerno, trompas, etc., y lanzando armas arrojadas los grupos de peones, que, a dicho efecto, se adelantaban para provocar, a su vez, la confusión y adelantamiento de los grupos enemigos, con lo que debilitaban la fuerza del centro contrario.

Los visigodos, al igual que los godos en general, gustaban del ataque agrupándose junto a su rey o caudillo en el famoso «centro de sus formaciones, concediendo a su mantenimiento importancia crucial, hasta el punto de que, si el centro cedía, podía darse la batalla por perdida.

Como pueblo personalista, amigo del caudillismo, fiaba en extremo del valor personal de su rey o caudillo. De ahí que, unido al sistema político de la monarquía visigoda de ser electiva, diluyeran sus energías al servicio de los más ambiciosos, eliminándose y neutralizándose mutuamente de manera constante, por lo que al desaparecer en dichas luchas los de más arraigo y capacidad, provocaron un vacío y debilidad notorios.

La atenta reflexión en orden a la base socio-política que hemos descrito, antecedente obligado para el estudio y valoración de la eficacia militar de los contingentes movilizables, la mezcla de influencia y mediatización sobre el conjunto de la alta clerecía, la relajación del propio espíritu militar ante la carencia total de conflictos exteriores, aglutinante en todo momento y símbolo para su propia superación, así como la extrema división, con el hastío y decepción que lleva consigo, entre los grupos nobles con sus patrocinados correspondientes, unido a las excepcionales condiciones de empobrecimiento que dichas luchas ocasionaban y su coincidencia con la sequía y peste de los

años postreros, nos lleva, sin lugar a dudas, a la conclusión de considerar muy escasamente la moral militar visigoda.

No podía, por ningún concepto, salvo en los fieles e íntimos al rey, existir vocación de entrega ni de sacrificio, tanto en la sociedad general como en los movilizables, en virtud de la vinculación, por lo que la vuelta de espaldas al llamamiento correspondiente y la desmoralización, presidirían los hechos que van a preludiar el desenlace trágico del derrumbamiento de la monarquía visigoda.

Esta trágica situación social, con sus indudables repercusiones en el orden militar, tanto a efectos interiores como para cualquier contingencia exterior, es la que debió motivar los intentos desesperados de Wamba y, más posteriormente, en vísperas del derrumbamiento, las sucesivas reformas de Ervigio y de Egica, sobre todo las de este último rey.

Precisamente inciden las mismas en lo que es base y fundamento de las orgánica, moral y eficacia militares: obediencia y lealtad, ya que de su cumplimiento, llegado el momento, se deriva la sublimación en el cumplimiento del deber, con la lógica repercusión en la eficacia y posibilidades de triunfo.

Todo el capitulado que se condensa en la Ley V.7.19 y en la III.7, de la «Lex Visigothorum», realizado por Egica, es el testimonio postrero que la realeza intenta para apuntalar lo que se desplomaba a ojos vistas.

No tendrá, pues, nada de extraño que cuando los acontecimientos van a sucederse hallen, en lugar de remedio, el más espantoso vacío, la insensibilidad nacional y una indefensión suicida generalizada.

Ya que, en lugar de efectivos militares al servicio de una institución, sólo existían, a la sazón, grupos particulares al servicio de su facción personal.

LA CONQUISTA

ACCIONES EXPLORATORIAS

3.1. Empresa del calibre como la aceptada por los árabes, con el mar por medio, prácticamente sin experiencia militar marítima (26), y con la natural desconfianza íntima, tanto sobre el Conde don Julián como con los suyos, pero, en lucha siempre con su ambición y fanatismo religioso sentidos, los jefes árabes no podían acometerla sin realizar, siquiera, una elemental exploración.

Acción o acciones exploratorias profusamente recogidas en la historiografía nacional y musulmana. No obstante esta coincidencia, se pone de manifiesto la divergencia de apreciación, tanto en lo tocante al número de estas acciones como en cuanto respecta al sentido de su amplitud y realización.

Para los españoles Simonet y Saavedra (27), existieron dos acciones, subsiguientes una a otra, y dado que la primera se considera en extremo precaria y muy limitada, a efectos de tanteo preliminar, fue de la segunda de donde surgió, en definitiva, la idea y plan del desembarco posterior.

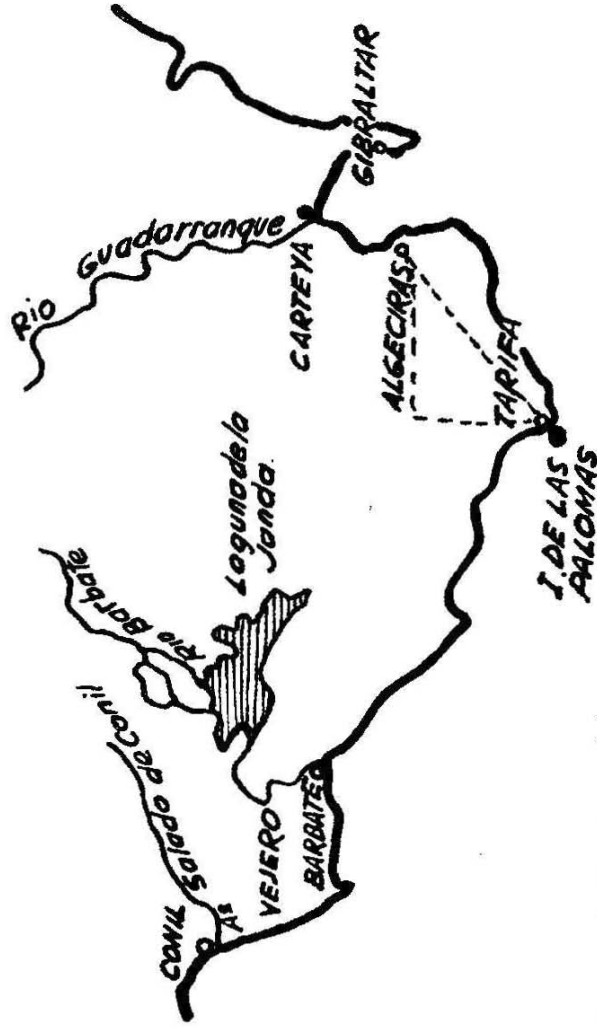
En cambio, para el resto de los historiadores, tanto cristianos como musulmanes, tan sólo existió una única acción preliminar exploratoria, que hacen coincidir con la atribuida como segunda por los anteriores.

Analizando, en primer lugar, las tesis de Simonet y Saavedra, la primera acción exploratoria tuvo lugar en el año 709.

(26) Tan sólo se conoce una única referencia, acaecida en época de Wamba, por la que se refiere que una flota musulmana fue rechazada, en la *Crónica de Alfonso III*.

(27) SIMONET, en *Historia de los mozárabes en España*. SAAVEDRA, en *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*.

o MEDINA - SIDONIA



----- Zona de Exploración

La consideran como una acción previa, netamente particularista, de los hijos de Witiza, quienes, de acuerdo con el Conde don Julián, trataron, con esta simple demostración o sondeo, convencer a los árabes de la viabilidad de la empresa, reforzando así sus argumentos de petición de ayuda.

La acción se encaminó a provocar un intento de levantamiento pro-witizano en la zona costera del Sur, con un clima decididamente partidario de su causa, que, al evidenciarse, sirviera de auténtico estímulo para lograr la ayuda del walí árabe, lógicamente indeciso y receloso ante las iniciales ofertas de petición de ayuda (croquis núm. 1).

De las incidencias y sugerencias que, tras este primer intento se desprendieran y la serie renovada de súplicas y ofrecimientos conjuntos de los hijos de Witiza y el Conde don Julián sobre el walí árabe, surgió la segunda correría, de la que hablan coincidentemente todos los historiadores.

Esta segunda (o primera para los que así lo admiten) acción exploratoria tuvo lugar en el año siguiente, en el verano del 710, con los árabes ya implicados, es decir, convencidos de la utilidad de ayudar a los witizanos.

La diferencia, pues, de criterio histórico se halla en considerar que para vencer el recelo árabe fue o no necesario realizar una primera demostración, en la que se pusiera de manifiesto la posibilidad de triunfo, al contar con el apoyo popular en la causa que postulaban los witizanos.

Los que intervinieron en esta correría se evalúan, con rara unanimidad, en unos 400 infantes y 100 jinetes, al mando de Tarik Abu Zara y el propio Conde don Julián, entremezclándose en dicho contingente tanto árabes propiamente dichos, como los gomerés del conde don Julián, que, al decidir intervenir personalmente, quiso inclinar, con su prestigio, el ambiente social desde el primer momento a favor de la causa witizana.

De esta manera, al favorecer a los hijos de su antiguo rey, justificaba ante el walí árabe la utilidad de su ayuda y la lealtad de sus sentimientos. Para el walí árabe, el consentimiento otorgado no reportaba más que ventajas, puesto que, de fracasar, desaparecería el prestigio del Conde don Julián ante los suyos y se reforzaría sobre los gomerés la autoridad árabe.

El desembarco de este contingente se realizó en la Isla de las Palomas, junto a Tarifa, realizando, desde allí, una amplia algarra hasta Algeciras, cuidando bien de no atacar ambas plazas, corriendo la zona en amplia demostración y captación de voluntades, reembarcando normalmente con amplio botín y prisioneros y, lo que es más, con la información y resonancia adecuadas al fin que se proponían.

No existen referencias de ningún género en cuanto a que hallasen resistencia o que en el curso de la acción se hubieran librado fuertes combates.

El área de terreno reconocida fue, como es lógico, la costera y la inmediata adyacente, sin que se conozcan detalles respecto a la profundidad hacia el interior de esta zona comprendida entre Tarifa-Algeciras (croquis núm. 1).

Dada la exigüidad del contingente, los fines que perseguían, la sorpresa ocasionada y la carencia de noticias o referencias respecto a combates con las fuerzas leales al rey Rodrigo, cabe deducir que dicha penetración hacia el interior no fuera profunda, limitándose a asegurar psicológicamente una cobertura suficiente para el posterior desembarco, máxime al poder reembarcar con toda normalidad, con sus prisioneros y botín, en la zona de Algeciras.

En consecuencia, de esta acción exploratoria, fehacientemente asegurada en la historiografía, así como de la consolidación de hechos y datos que, de ser cierta la primera, evidenciarían sus resultados, se desprende:

a) La comunicación marítima, a través del Estrecho, se realiza con entera libertad y dominio por parte de los comprometidos. A este respecto, es incuestionable que la posesión de Ceuta y de las embarcaciones que para el tráfico comercial y pesquero sostenía y mandaba el Conde don Julián, constituyen la premisa de superioridad y posibilidad de realización de la empresa.

b) Al margen de la sorpresa inicial del desembarco, el hecho de realizar la correría por la zona en cuestión, Tarifa-Algeciras, sin combates u oposición, reembarcando a la vista de la población y posible guarnición de Algeciras, alentaría en alto grado la colaboración pro-witizana, lográndose un alto impacto psicológico con vistas a ulteriores ayudas.

c) La figura del Conde don Julián aparece, en todo momento, como impulsora y rectora, conjugando su nueva dependencia respecto a los árabes, con la anterior situación en tiempos del rey Witiza, facilitando con ello la atracción de adeptos, dado su indudable prestigio en la zona de operaciones y adyacentes.

d) La falta de reacción por parte de las guarniciones y población de la zona Tarifa-Algeciras, prueba, pasada la sorpresa inicial del desembarco, que existió, entre los leales al rey Rodrigo, una carencia total de iniciativas y deseos de lucha ante una facción enemiga reducida. Y que esta indiferencia y falta de capacidad de reacción alcanzó, igualmente, al sector social de la región, tal vez por preponderar sobre el mismo los partidarios pro-witizanos o, al menos, los influyentes. No debemos olvidar a este respecto que el metropolitano de Sevilla era don Oppas, hermano del rey Witiza, que lógicamente tendría a lo largo y ancho de la región un fuerte escalonamiento de partidarios.

e) Esta debilidad de oposición debió ser considerada como suficiente, de acuerdo con el ambiente existente, para decidir el definitivo intento posterior de desembarco, puesto que no se tienen noticias, por parte de ninguna otra fuente histórica, de sucesivas tentativas parciales.

LA CONQUISTA

EL DESEMBARCO

3.2. a) *Fase inicial*.—Ante la acción o acciones enemigas, descritas anteriormente, ¿qué medidas se conocen ordenara el rey Rodrigo, o sus subordinados inmediatos con jurisdicción sobre la zona?

¿Hasta qué punto la propaganda witzana interesada en explotar psicológicamente el desembarco y correría o correrías realizadas, provocaría la atención, vigilancia y reacción de las fuerzas leales a Rodrigo?

Caso de que las noticias de dichas incursiones hubieran llegado a su personal conocimiento, ¿desecharía el rey Rodrigo la idea de su repetición, considerándolas como un intento más en la serie que los witzanos llevaban emprendidos sin resultados favorables todavía?

O, por el contrario, ¿las dificultades internas de todo orden conocidas, para su consolidación en el trono, imposibilitarían el adoptarlas, dejando al conocimiento e iniciativa de sus subordinados en la región su posible rechace, sin calibrar el refuerzo con que la acción se emprendía?

No cabe olvidar, en absoluto, que la fecha de la correría sobre la zona Tarifa-Algeciras, julio del 710, totalmente acreditada y coincidente en la historiografía de la época cristiana y posteriores fuentes árabes, coincide con los últimos meses de la lucha dinástica por el trono, por lo que es razonablemente previsible admitir que la atención y mayores preocupaciones del rey Rodrigo se hallasen atraídas por su asentamiento y consolidación en la zona de la corte, para, desde allí, desplegar sus

actividades en los lugares donde la inestabilidad e indisciplina fueran más graves.

Los acontecimientos en el Norte, cuyas tribus tradicionalmente levantiscas tratarán, una vez más, de aprovechar la situación para rebelarse, así parecen indicarlo.

En efecto, a lo largo del mes de abril del 711, el rey Rodrigo se halla en Pamplona haciendo frente al levantamiento de los vascones, apoyados, esta vez, por tribus francas del contorno pirenaico.

¿Fatal coincidencia histórica?

¿Astuta acción de diversión con objeto de alejar al rey Rodrigo y sus tropas del punto crítico de desembarco por sus enemigos?

La casi totalidad de investigadores nacionales (28), se inclinan a aseverar que los hijos de Witiza, en su peregrinación de búsqueda de ayudas exteriores para el logro y rescate del trono, no sólo demandaron la de los árabes, a través del Conde don Julián, sino que consiguieron movilizar a los francos limítrofes, para que, dadas sus relaciones de vecindad inmediata con los vascones, facilitasen y ayudaran el levantamiento de los mismos, tan prestos a realizarlo habitualmente.

Si así fuera, y reconociendo que la época propicia para el paso masivo por los puertos contiguos pirenaicos de la zona, debe realizarse a partir de la primavera, pondríase de manifiesto una visión perfecta y conjuntada, dando madurez idónea al plan de invasión, puesto que, al constituir una clara acción de diversión en un teatro de operaciones tan alejado, cual este del Norte, se facilitaría rotundamente el desembarco y la irrupción por el Sur.

De no ser cierto este plan y deberse tan sólo a la casualidad, esta demostración de fuerza de los francos y subsiguiente levantamiento de los vascones, hay que admitir, irrecusablemente, que los invasores contaron, por azar oportunísimo, con todos los pronunciamientos favorables para el logro de su acción.

El punto de desembarco elegido fue el promontorio de Calpe, desde entonces conocido por el monte de Yebal Tárick, Gibrál-

(28) SAAVEDRA, en *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*. SIMONET, en *Historia de los mozárabes en España*. GENERAL BURGUETE, en *Recitaciones históricas: del Guadalete a Covadonga*, etc.

tar, y la fecha del desembarco asignada, la del 27 de abril del 711 (29).

Las tropas empleadas, mezcla de gomerés ceutíes, bereberes y árabes, éstos en indudable minoría, con efectivos muy flexiblemente calculados por los historiadores, tanto musulmanes como nacionales, pero oscilantes entre los 7.000 a los 12.000 hombres, aparecen mandadas por Táríck ben Ziyad y el Conde don Julián, cuyo papel de mentor y consejero es básico (30).

Es indudable que, al simple análisis del hecho, el punto de desembarco elegido es el ideal de la zona, sin comparación posible con cualquier otro.

La idea de sostenimiento se ve clara al asentarse sobre dicho promontorio de Calpe, puesto que aseguran la protección de la retaguardia a la vez que la comunicación marítima, en orden a la serie de viajes a realizar para allegar sucesivamente los refuerzos, abastecimientos y pertrechos. (Ver croquis núm. 1.)

Este desembarco inicial requería, como es lógico, una expansión inmediata de lo que fuera su cabeza de desembarco, para consolidación del mismo, que realizaron en la dirección de Carteia o Torre de Cartagena, como se conoce actualmente, y luego hasta Algeciras (croquis), buscando así asegurar el contorno de la bahía y el mantenimiento expedito de la comunicación marítima con Ceuta (31).

Analicemos los hechos iniciales.

Habida cuenta de las circunstancias reseñadas anteriormente de hallarse el rey Rodrigo tratando de sofocar el levantamiento, fortuito o provocado, de los vascones o francos, lo cierto es que la sorpresa en la acción witizana fue total y que el desembarco se realizó con toda normalidad. Hecho éste que consideramos natural, dado que los partidarios witizanos extremarían sus actividades sobre la zona, para así asegurarlo.

Precauciones y vigilancia, no sólo para el momento dado del desembarco, sino para la serie de días sucesivos en los que,

(29) Al Waquidi; Ibn-al-Hakan; Ahmad al Razi; Fath al Andalus; Ibn-al-Atir; Ximénez de Rada; Ibn-al-Jatib; Al Maqqari, etc.

(30) Ajbar Maymúa; Ibn Qutayba; Ibn Habib; Al Razi; Al Raquq; Fath al Andalus; Al Maqqari, etc.

(31) Fath al Andalus; Ajbar Maymúa; Ibn-al-Atir; Al Nuwary; Al Himyari; Al Maqqari, etc. Las citas en el *Ajbar Machmúa* se dan en la página 250, de donde la reproduce el resto. También en *Ibn ad-Hakam, Futuch*, página 206. En el *Estudio sobre la Invasión Árabe*, de SAAVEDRA, en la página 65.

por imperativa necesidad, habrían de seguirse necesitando para poder asegurar el transporte, desembarco y distribución del grueso de los efectivos con sus pertrechos.

De ahí que cobrase, en este momento, toda su importancia, la experiencia que la acción o acciones exploratorias se realizaran sobre la zona de Tarifa-Algeciras y la explotación psicológica sobre la población en general, al objeto de desmoralizar más fácilmente las guarniciones leales al rey Rodrigo y demás partidarios suyos en la zona.

b) *Medios utilizados.*—Al objeto de analizar el hecho del desembarco y ponderar sus características, así como estar en disposición de evaluar la reacción del rey Rodrigo y los suyos, es elemental que comencemos por conocer los medios de transporte utilizados.

Dentro de la falta de concreción habitual en las crónicas de la época y posteriores inmediatas, que más bien hacen referencia genérica en lugar de concretar o relatar hechos con detalles, sí aparecen menciones expresas en lo tocante al número de barcos.

Sean cualesquiera las fuentes que utilicemos, no hablan más que de los cuatro navíos de que disponía el Conde don Julián para su comercio de cabotaje por los puertos de la zona (32).

Por consiguiente, si admitimos, a efectos mínimos de cálculo, y dadas las circunstancias de la época, con las limitaciones y dificultades que la navegación marítima por el estrecho tendría, a la sazón, en barcos de cabotaje comercial, de pequeño tonelaje, a vela y remos, con las corrientes y vientos imperantes, una capacidad de carga y transporte de unos 100 hombres por barco, así como un máximo de 25 caballos, por barco igualmente, resultaría que en cada viaje se lograrían trasladar unos 400 hombres con 100 caballos.

Dado que, por la historiografía existente, se evalúan los efectivos entre los 7.000 hombres, como mínimo, a los 12.000, como máximo, es dable, pues, estimar que serían necesarios, no menos de los 30 viajes de los cuatro barcos de que se nos habla.

Si admitimos, por tanto, que dichos viajes se realizaron en promedio coordinado de un viaje al día con regreso alternado,

(32) Ajbār Machmūa, pág. 20; Al Maqqari; Ibn-al-Atir, en la trad. de Fagman, pág. 42; Ibn Idari, Al Razi; Ximénez de Rada, en cap. XX.

tanto por el relevo de las tripulaciones para su descanso como por lógicas incidencias o retrasos de vientos, mareas, etc., y despreciando, a este efecto, la posible interrupción que crean en la zona marítima del estrecho sus temporales, en barcos que entonces sólo disponían de velas y brazos para capear los mismos, no es aventurado, pues, el calcular que hasta bien entrado el mes de junio no quedara ultimada la concentración de los efectivos que se citan en las crónicas.

En todo caso, aun forzando el ritmo, y las circunstancias favorables, no es racional que pudiera quedar lista dicha concentración antes de fines de mayo o primeros días de junio.

El hecho de que aceptemos el máximo de combatientes desde el primer momento, o bien que, como algunos historiadores y cronistas musulmanes refieren, se hiciera en dos veces, ante la petición de refuerzos de Tarick, no altera el análisis, puesto que el encuentro con el rey Rodrigo no tiene lugar de inmediato, y concede margen para dicha llegada y su incorporación al primer contingente desembarcado, caso de qué así se admitiera.

A nuestro juicio, la posibilidad de que los contingentes desembarcados pudieran serlo en dos veces, puede obedecer, bien a las dificultades de recluta entre los gomerés y bereberes, ya que los árabes son auténtica minoría, o bien al reconocimiento de que la fracción inicial desembarcada se reputase como realmente pequeña ante las noticias y rumores psicológicos que envolvería la llegada más o menos inmediata de las fuerzas del rey Rodrigo.

Incluso, bien pudiera admitirse que los efectivos preparados fueran, desde el primer momento, los susodichos y que por las naturales dificultades de transporte y preparación realizaran el paso en dos fases. Una primera, con el contingente mínimo para constituir la amenaza necesaria para asegurar la zona, y la posterior, con el resto de las fuerzas para presentar batalla al rey Rodrigo.

Si a este escalonamiento, totalmente normal, unimos las dificultades de escasez de barcos, y las de navegación por zona cual la del estrecho por entonces, no tiene nada de extraño que por algunos cronistas se consignara que fueron dos contingentes los que participaron en la empresa, independientemente alle-

gados, pero con margen de tiempo más que suficiente para preparar y entablar los combates.

En consecuencia, debemos admitir que, a lo largo del mes de junio, el contingente desembarcado se halla consolidado, desde el promontorio de Calpe, Carteia, Isla Verde, hasta Algeciras (33), manteniendo libre la comunicación marítima con Ceuta, con su retaguardia asegurada y, lógicamente, dedicado a explotar psicológicamente el éxito de su desembarco, máxime al tener la seguridad de que el rey Rodrigo se halla en el extremo opuesto a la zona en cuestión.

Hecho éste que, igualmente, conocían sus leales y los jefes locales encargados de realizar las primeras resistencias.

c) *Reacciones iniciales.*—¿Cómo reaccionan los leales al rey Rodrigo?

Las fuentes históricas más autorizadas nos hablan de combates parciales realizados por las fuerzas locales, o bien allegadas desde la región, aunque difieren en orden al jefe de las mismas.

Para algunos historiadores, estos primeros encuentros fueron comandados por el Gobernador de la Bética; para otros, por el Conde Teodomiro y, finalmente, otras fuentes indican que lo fueron por el sobrino del rey Rodrigo, al que denominan Bancio, Bencio o Sancho, y Enecón (34).

Si bien puede resultar difícil precisar la personalidad concreta del jefe, sí resulta fácil colegir que estos combates iniciales no pasarían de ser más que encuentros de no mucha consistencia, por razones obvias.

Tan pronto la noticia del desembarco se extendió, es natural que la observación de los leales al rey Rodrigo se orientase, en primer lugar, a dar cuenta del hecho y, de inmediato, a intentar lograr la reacción con las fuerzas locales disponibles para calibrar al enemigo, tratar de combatirle, como en las luchas tradicionales dinásticas y, en todo caso, fijarle, para dar tiempo suficiente a los refuerzos, incluso, a la propia llegada del rey Rodrigo.

(33) Ibn al-Kutiya, en *Iftitah*, págs. 226-263; Ibn Idari, en *al Bayan al Mugrit*, t. II, pág. 11; *Ajbar Macmúa*, trad. de Lafuente Alcántara, pág. 257, etcétera.

(34) XIMÉNEZ DE RADA, cap. XX. SIMONET, en *Historia de los Mozárabes*. SAAVEDRA, en *Estudio sobre la Invasión de los Arabes*.



MAPA ITINERARIO
 DE LA
 ESPAÑA ROMANA
 con sus divisiones territoriales
 1862.

Además, con estas resistencias iniciales, se imposibilitaría un levantamiento general de la zona, empeño éste al que los witizanos tenderían.

Por tanto, dentro de la confusión natural que el hecho del desembarco produjera, máxime al considerarse que aparecen gentes extrañas, con las exageraciones psicológicas correspondientes, imaginamos por propia iniciativa de los jefes locales y del más caracterizado en la región, una sucesión de actividades tendentes a taponar la progresión triunfal de los desembarcados, y dar tiempo a la venida del rey Rodrigo, al comprobarse que las fuerzas disponibles no son suficientes para conseguir el rechace al otro lado del mar.

El vacío que las crónicas reflejan hasta el momento de la batalla decisiva, no presupone desconocimiento, dado lo escueto de los relatos. El tiempo transcurrido desde el desembarco, se orienta por los witizanos en ampliar su zona de penetración, en tanto que las reacciones de los leales del rey Rodrigo marcan un compás de espera hasta la llegada del rey, tratando de fijar al enemigo y limitar su ascensión territorial.

Consecuentemente, tras la sucesión de hechos conocidos, cabe deducir:

a) Que el desembarco y consolidación de su zona inicial se ha realizado con entera normalidad, evidenciándose, con ello, no sólo la libertad de comunicación marítima a través del estrecho, sino la influencia witizana en la zona costera, asegurando la consolidación y ampliación de la zona ocupada.

b) Que dadas las circunstancias de escasez de medios y dificultades de navegación a la sazón, la sucesión de arribos y desembarcos parciales de los contingentes auxiliares se prolonga, como mínimo, a lo largo del mes de mayo, y con grandes probabilidades de proseguirse, incluso, en la mitad del mes de junio, evidenciándose así el dominio y coordinación witizanos.

c) Que bien de manera fortuita, bien provocada, el levantamiento de los vascones y tribus francas pirenaicas, con el alejamiento del rey Rodrigo y sus tropas decidido a sofocarlo, ha facilitado de manera total la realización del desembarco, ya que, al contar con esta eventualidad los invasores, están en condiciones de asentarse en la zona y explotar psicológicamente el hecho.

d) Que bien por la sorpresa en sí, bien por la escasez de medios locales y regionales, bien por la falta de coordinación de órdenes superiores, bien por fiarlo todo al regreso de don Rodrigo, al que mandarían inmediato aviso, lo cierto es que las reacciones y combates de que nos hablan las crónicas no debieron ser, ni de envergadura en cuanto a importancia de efectivos se refiere ni de consecuencias decisorias, que así se hubiera reflejado, sino más bien tenderían a mantener una observación constante, impedir un levantamiento general y extensión de la zona y a ganar tiempo para esperar al rey Rodrigo.

e) Que así debió ser lo prueba el hecho de que la penetración no consiguiera grandes progresos, no sólo en razón de la resistencia opuesta por los leales al rey, sino por el propio convencimiento de los desembarcados de la limitación de sus fuerzas y temor de la reacción del rey Rodrigo, al sobreestimar la fuerza que pudiera arrastrar.

f) Por la entremezcla de estos factores, circunstancias y realidades, los desembarcados mantuvieron una prudente decisión al no profundizar y explotar el éxito inicial, dedicándose, en cambio, a asegurar la zona, trabajar psicológicamente a la población, realizar incursiones rápidas y correrías que contribuyeran a aumentar la predisposición favorable hacia ellos de las gentes y, a su vez, les facilitara la evaluación de la cuantía y determinación de los leales al rey.

De esta manera, manteniendo la comunicación marítima libre y asegurada su retaguardia, así como el reembarque, llegado el caso, con amplia zona inicial para su merodeo, decidieron mantenerse a la espera del grueso que, más o menos tardíamente, aparecería con el rey Rodrigo.

Ya que, como veremos, no es concebible en fuerzas que persiguen los propósitos que animaban a los witizanos, con la seguridad de que el rey Rodrigo se halla tan alejado y de que la sorpresa y seguridad juega en favor de los sublevados contra su autoridad, dejaram de avanzar más fulminantemente y con mayor decisión de la que realizaron.

Ello no puede ser debido más que al propio convencimiento en la limitación de sus fuerzas, al enigma de la población que debió contemplar indiferente su presencia, puesto que, al ver gentes extrañas y tratar de tranquilizar sus pensamientos, asegu-

rándoseles eran fuerzas auxiliares para recuperar el trono, en mayor medida agudizarían dicha indiferencia y, en último grado, la incertidumbre y temor ante el propio rey Rodrigo, por su valor, prestigio entre los nobles godos y las fuerzas que pudieran arrastrar tras sí.

Puesto que, desde los últimos días de abril, fecha del desembarco, y considerando que el ritmo paulatino del mismo se siga realizando a lo largo del mes de mayo y parte de junio, las fuerzas desembarcadas, con la ayuda de los partidarios witizanos en la zona, no sobrepasan la zona Arcos de la Frontera-Medina Sidonia, es decir, un área de 50-60 kilómetros del punto de desembarco, hasta la fecha de la batalla, que, como veremos, tiene lugar el 19 de julio, demostrándose la lentitud y prudencia en la penetración, pese a cuantos factores favorables tuvieron desde el inicio.



MAPA ITINERARIO
 DE LA
 ESPAÑA ROMANA
 con sus divisiones territoriales
 1862.

COMUNICACIONES

4.1. Realizado el desembarco con toda normalidad, lograda la consolidación y expansión de la cabeza inicial y asegurada la comunicación marítima, las ayudas y esfuerzos witizanos con sus eventuales auxiliares se orientaron hacia la penetración al interior.

¿Cuál sería el eje de marcha seguido por los desembarcos?

Partiendo de la zona asegurada, ¿qué rutas se les ofrecen a seguir?

Para ello es imprescindible el estudio de las vías existentes.

De acuerdo con los itinerarios que las vías militares romanas seguían, testimoniados fehacientemente a través del Itinerario que ordenó realizar en su tiempo el emperador Antonio Caracalla y del transcrito en los llamados vasos de Vicarello (35), cuya adaptación, comúnmente aceptada, realizó Saavedra, las rutas y vías existentes eran las siguientes (croquis números 2 y 3):

Vía I.—Calpe Carteiam (Gibraltar)-Portu Albo (Algeciras)-Nellaria (Tarifa)-Gades (Cádiz)-Ad Portum (Puerto de Santa María)-Asta (término de Jerez)-Ugía (Cabezas de San Juan)-Hispalis (Sevilla)-Carmona-Astigi (Ecija)-Ad Aras-Córdoba (croquis núms. 2 y 3).

Esta misma vía, a partir de Calpe Carteia (Gibraltar), continuaba por la costa, en dirección a Málaga, así como desde Sevilla enlazaba, con la transversal, que por Cárula (Morón) llegaba, también a Málaga.

(35) De la serie de reproducciones y copias, la carta llamada de Pertinger, publicada en 1591, por MARCOS VELSER, es la de mayor crédito, relativa a la obra del emperador Caracalla. En cuanto a los vasos de Vicarello se llaman así por haberse descubierto en 1852, y reproducen la ruta Cádiz-Barcelona.

Vía II.—Portu Albo (Algeciras)-Medina Sidonia-Arcos de la Frontera-Cárula (Morón)-Astigi (Ecija)-Córdoba (croquis números 2 y 3).

De ella y desde Arcos se desprendía otra calzada que, bordeando el Sur de Jerez, llegaba a Cádiz, enlazándose con la Vía I.

Asimismo, desde Arcos salía otra calzada que, en dirección Noroeste, por la actual localidad de Espera, enlazaba en Ugía (Cabezas de San Juan), con la calzada o vía I, en dirección Sevilla (Hispalis).

Vía III.—Carteia-Ronda-Osuna-Ecija, con enlace de las calzadas que, desde Ecija, partían no sólo en Córdoba, sino en Andújar, Málaga y Granada (croquis núms. 2 y 3).

Del estudio somero pero revelador de las mismas se desprende que, salvo la calzada costera que desde Algeciras se encaminaba a Cádiz, para, desde allí, proseguir la dirección Sevilla-Córdoba, las demás se orientan hacia Córdoba, llave de la Bética, a través de vías y líneas interiores, constituyendo Arcos de la Frontera, en primer término, y Ecija (Astigi), posteriormente, los puntos coincidentes y distribuidores del abanico de comunicaciones, siendo, por tanto, los puntos neurálgicos del conjunto de la red viaria del Sur.

Ponderando la situación de los mencionados puntos, Arcos y Ecija, no cabe dudar que el primero de ellos, Arcos de la Frontera, tiene un gran valor en relación al área comarcal circundante como base de consolidación para todo movimiento realizado desde el Sur, y apoyo indispensable para la realización de penetraciones hacia el curso del Guadalquivir.

Pero es Ecija (Astigi) el punto clave para el dominio de la región, ya que el abanico radial de comunicaciones que ofrece facilita el despliegue y amenazas, a la vez que frena todo intento de reacción intensa de los que, con su pérdida, sigan intentando detener a los que ascienden procedentes del Sur.

Esta importancia de Ecija (Astigi), debemos resaltarla por doquier, ya que, a más de constituir la antesala de Córdoba y el acceso al Guadalquivir, permite, por otra calzada paralela al río, pero interior, por la Rambla-Castro del Río-Arjona-Andújar, acceder al curso alto del mismo, alcanzándose así Bailén y resto, como veremos, de la calzada general llamada Vía de Aníbal (croquis núms. 2 y 3).

En consecuencia, el logro de Arcos de la Frontera y de Ecija (Astigi), por la importancia decisiva de su situación, fue la meta a que debieron aspirar, en sus movimientos, los desembarcados.

Y decimos debió ser, y así lo atestiguan los testimonios históricos, ya que de las plazas importantes de la región que, por sí, constituyen y constituían interés militar, político y psicológico en relación a la rebelión contra el rey Rodrigo, eran las primordiales, Cádiz, Sevilla, Ecija y Córdoba.

Sobre la posesión y dominio de las mismas, los desembarcos podrían ir escalonando las etapas esenciales de su avance y propósitos.

Es indudable que, desde un principio, los desembarcos descartaron el avance en dirección a Cádiz, como así lo abona la ausencia absoluta de testimonios históricos. Lógica razón, puesto que, dicha plaza, para sus propósitos, sólo representaba importancia secundaria y alejada del escenario político, ya que la excentricidad de situación no proporcionaba ventaja alguna.

La aventura que los witizanos y sus auxiliares trataban de realizar, discurría, por tierra firme, sin protección marítima ni objetivos de esta índole. Tan sólo, en este aspecto, les podía preocupar el mantenimiento de las comunicaciones con Ceuta, para asegurar la llegada de refuerzos y, en el peor de los casos, el reembarque. Con Gibraltar y Algeciras les bastaba.

Por consiguiente, la única duda o alternativa a seguir, tras el desembarco y asentamiento inicial, consistía en orientar el eje de su penetración en dirección Sevilla, a través de la vía Arcos-Ugía (Cabezas de San Juan), o bien, una vez alcanzada la región de Arcos, proseguir más directamente en dirección Ecija-Córdoba, para así conseguir la resonancia político-militar en la Bética y, por consiguiente, en el país (croquis núms. 2 y 3).

A nuestro juicio, la posibilidad de haberse orientado hacia Sevilla, tan sólo hubiera podido deberse al hecho de hallarse en dicha plaza como Arzobispo don Oppas, hermano del rey Witiza, y tío de los sublevados. Como es natural, su apoyo e influencia, desde la plaza, les sería primordial.

Pero bien por contar de antemano en la región del desembarco con su apoyo, por los que hasta allí hubiera destacado, bien por suponer que su incorporación sería más eficaz en el transcurso de las operaciones, bien por entender pudiera quedar

más o menos neutralizado por los leales al rey Rodrigo, lo cierto es que, según atestiguan las crónicas, tampoco los desembarcados marcharon hacia Sevilla, que, de otra parte, también constituía un objetivo excéntrico.

Quedan, pues, como direcciones y objetivos iniciales las plazas de Ecija y Córdoba, que, no sólo pueden permitir la consolidación de la región sureña en la que han puesto pie, sino que pueden detener la reacción del rey Rodrigo y los suyos.

Para ello se ofrecen dos caminos: las vías II y la III. Ambas convergen en Ecija, nudo regional clave de las comunicaciones, y ambas permiten el acceso al río Guadalete, en sus cursos medio y alto, respectivamente.

La vía III, serpentea a través de la Serranía de Ronda, para, tras alcanzar el curso alto del Guadalete, desembocar hacia Osuna, dando vista al nudo local de comunicaciones de Cárula (Morón), concluyendo en Ecija.

El hecho de que pormenorizamos, en primer lugar, sobre esta posible ruta, se debe al comentario obligado de la obra del crítico y comentarista militar General Burguete (36).

Con nuestros mayores respetos, disentimos, totalmente, de su pensamiento.

Y ello, por dos razones:

La primera, porque no hemos encontrado ni un solo testimonio histórico, tanto entre las crónicas cristianas, como en los comentaristas árabigos, en los que quepa asentar su tesis.

La segunda, militarmente considerada, por entender que, dadas las razones, datos y circunstancias históricas referidas, en orden al desembarco, no es racional la utilización de dicha vía, al ofrecer mayores servidumbres que posibles ventajas.

¿Cuál es la tesis del General Burguete?

Afirmar, en principio, que todo desembarco y progresión realizado en la zona Gibraltar-Tarifa, no puede progresar sin el control o acuerdo de la Serranía de Ronda. Principio general, válido y admisible.

El General Burguete entiende que, al prever los witzanos y sus auxiliares que, más tarde o temprano, el rey Rodrigo apa-

(36) *Rectificaciones históricas: del Guadalete a Covadonga*. General BURGUETE, Madrid, 1915.

recería con su ejército, trataron de esperarle en situación para ellos ventajosa.

Dicha situación sólo cabe ofrecerla el curso alto del Guadalete. Puesto que, la ruta normal de llegada del rey Rodrigo, procedente de Córdoba, es la de Ecija-Cárula (Morón).

Dado que los efectivos witizanos son reducidos y el temor a Rodrigo, con la incertidumbre de la cuantía de su ejército, grande, los jefes de los desembarcados optarían por esta ruta, que, aunque escabrosa y accidentada, ofrece la ventaja de asegurar las espaldas y defender con reducidos efectivos la serie de alturas que dominan el curso alto del Guadalete.

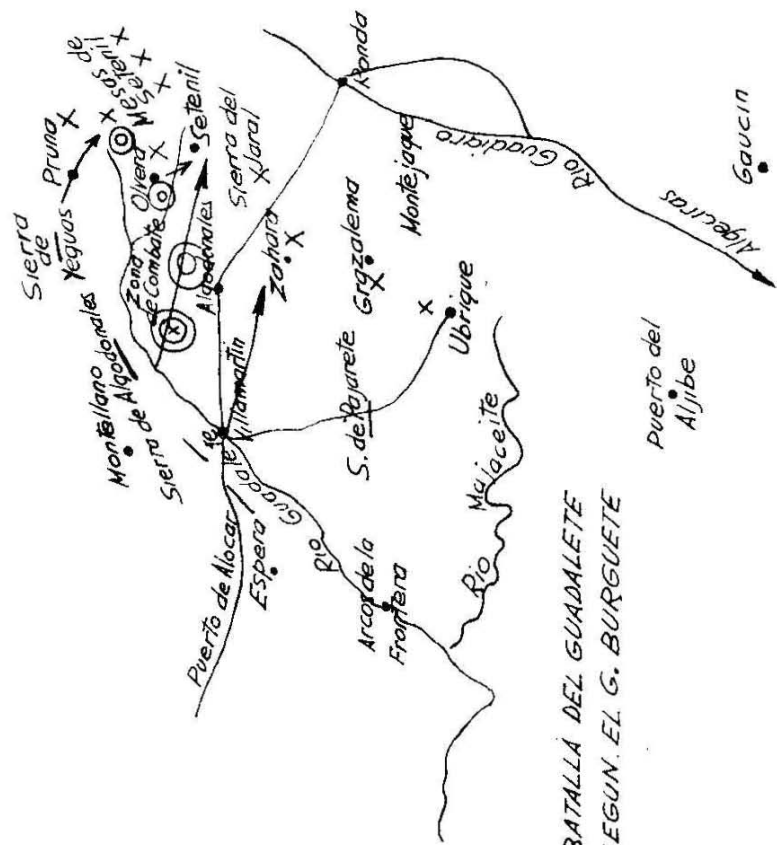
De esta manera, pueden observar y tantear sus movimientos y efectivos. El citado General Burguete supone que, tras mero-dear por la región de Cárula (Morón), los witizanos, ante la inminente llegada del rey Rodrigo, se asientan sobre la Sierra de Algodonales y las mesas de Setenil (croquis núm. 4), a la espera de que el rey Rodrigo, tras vadear el Guadalete, inicie la ascensión. El despliegue witizano se extiende desde la zona de Ubrique, frente a Arcos, hasta Cañete y Teba, con su centro en Setenil y orientado hacia Grazalema (croquis núm. 4).

Para Burguete, el rey Rodrigo dividió su ejército en columnas, de las que la del centro, orientada a Setenil, era la principal y la que se hundió, como consecuencia de la traición del ala izquierda, que era superior, mandada por Sisberto.

El hecho de mantener los witizanos su centro en Setenil y Olvera, se debe a que, desde ellas, se cubren todas las comarcas circundantes de Ronda, manteniendo una simple observación sobre Cañete y Teba, para asegurar el flanco superior. Así, caso de ser derrotados y no poder mantener las alturas, se aseguraban el regreso por Ronda-Algeciras, a través de la cuenca del Guadiaro (croquis núm. 4).

Para nosotros, con independencia de la falta absoluta de testimonios históricos sobre los que pudiera basarse el trascendental hecho de armas, resulta incomprensible que un ejército invasor, tras el despliegue psicológico realizado para asegurar el desembarco, con la seguridad que proporciona la certeza del alejamiento del rey Rodrigo del teatro de operaciones inicial, intente buscar la seguridad y el éxito de su empresa en la elección de una ruta secundaria, accidentada, que impone una au-

X Cañete Tebo
• X



BATALLA DEL GUADALETE
SEGUN EL G. BURGUETE

téntica lentitud de marcha y un obligado fraccionamiento de los efectivos.

Esto de por sí, desventajoso en la progresión, que, de otra parte, no ofrece dificultades ante la ausencia del rey Rodrigo y su grueso, se multiplica, en caso de derrota, ya que, el pánico y la desbandada que se origina ante lo accidentado del terreno, impone tal diseminación entre los grupos de fugitivos desmoralizados de por sí, tras la derrota, que difícilmente permitiría un arribo a la zona de reembarque.

Aparte de esto, los efectos psicológicos tendentes a ganar el apoyo de la población y su colaboración activa, tan decisivo en aquellas circunstancias, se disiparían rápidamente si la masa contemplara el movimiento de penetración a través de la sierra, áspera, des poblada y secundaria.

De la suma de estos efectos psicológicos y de la seguridad de mantener expedito el acceso a la zona de reembarque, que, especialmente, tendrían muy en cuenta Tarick y los suyos a más del propio conde don Julián, y, considerando que ello se logra maniobrando por el centro de la zona, en lugar del accidentado flanco de la serranía de Ronda, es por lo que descartamos fuera a través de la vía III por donde discurriera la llamada batalla del Guadalete, en su curso alto.

Incluso el hecho de que ante la inminencia de la llegada del rey Rodrigo, el temor a la cuantía de su ejército y el reconocimiento de la escasez de efectivos entre los witizanos, entendemos que constituyen motivaciones suficientes como para suponer, a falta de testimonios históricos, que para asegurar el respaldo de situación, los witizanos se encaminaron hacia los altos serranos desde la región de Cárula (Morón), en donde aguardaban la llegada del rey Rodrigo.

¿Es que este monarca no conocería la situación tan desventajosa sobre la que iba a afrontar la batalla? Porque, vadear el Guadalete, y tener que realizar una ascensión sobre las líneas de alturas que mantienen sus enemigos, a sabiendas de que a las espaldas de dicha zona se halla la Serranía de Ronda, con su aspereza, des poblamiento y pobreza de medios, a la sazón, constituyen desventajas, harto elementales y reveladoras, como para emprender la acción.

Si a ello unimos que la llegada del rey Rodrigo se realiza tras una marcha agotadora, con efectivos reclutados sobre la marcha y con las limitaciones de su aprovisionamiento y concentración, ¿cómo, pues, va a encaminarse hacia los lugares y zona en donde mayores dificultades va a encontrar, tanto para mantener la cohesión y empuje de sus tropas como el aprovechamiento de las mismas?

No debemos olvidar las terribles circunstancias que atravesaba el país a consecuencia de la peste, sequía y luchas, que las crónicas tan fielmente reflejan.

Y estas dificultades de aprovisionamiento y cohesión eran igualmente válidas para los desembarcados.

Es mucho más lógico y presumible que, tras el desembarco victorioso, con la seguridad de mantener la comunicación marítima para refuerzos y pertrechos y con la explotación a fondo del ánimo de la población de la región para que se sume a los invasores, que éstos encuentren su seguridad en la lentitud de progresión, asegurando plenamente el territorio que les enlaza con su zona de aprovisionamientos y reembarque. De ahí que no abandonaran las rutas normales que desde la zona de Algeciras discurren por Medina Sidonia y llevan a Arcos, manteniendo el curso del Guadalete inferior o medio.

En consecuencia, queda tan sólo la vía II y sus ramales como teatro lógico de operaciones.

LA BATALLA

5.1. Fase de aproximación.

a) *De los desembarcados.*—Realizado el desembarco sin contratiempos, el cuerpo witizano y sus auxiliares árabes se apresuraron para el combate contra el rey Rodrigo.

Asegurada desde un principio la comunicación marítima con Ceuta, y consolidado el dominio de la bahía, desde Carteia a Algeciras, iniciaron su expansión hacia el interior, en zona bien madurada psicológica y materialmente por los witizanos.

Del estudio de las vías de comunicación expuesto en el capítulo precedente, hemos descartado:

a) La vía I, que, contorneando el litoral, iba desde Carteia-Algeciras a Cádiz, dada la excentricidad de esta plaza en relación a los objetivos político-militares que perseguían los sublevados contra Rodrigo.

b) La vía III, que serpentea la Serranía de Ronda para desembocar por Osuna en Ecija, dadas las circunstancias de aspereza, despoblamiento y escasez de medios para el entretenimiento del cuerpo de tropas.

En consecuencia, entendemos que la progresión se realiza por la vía II, es decir, por la ruta central jalonada por Algeciras-Medina Sidonia-Arcos-Morón-Ecija-Córdoba.

A más de constituir el camino que más directamente lleva a las plazas de interés político, por el contorno más suave o menos accidentado de la región, ofrece otras ventajas de gran consideración.

En las inmediaciones de Arcos (croquis núm. 3) se entrecruzaba con la calzada local que, desde Carteia, subía a Sevilla por el interior, a través del recorrido Carteia-Algeciras-Algeciras-

Facinas-Medina Sidonia-Jigonza la Vieja-bifurcación cerca de Arcos (siete kilómetros) - Espera - Ugía - Cabezas de San Juan-Sevilla.

Asimismo, desde Arcos salía otra calzada que, bordeando el Sur de Jerez, se prolongaba a Cádiz, enlazando en dicha plaza con la vía I, la costera que iba a Sevilla.

En el itinerario del emperador Antonio Caracalla está registrado el cruce en Algeciras de la vía I, la costera, con la vía II, la del interior, que se dirigía a Sevilla, aunque este recorrido no se halle tan precisamente puntualizado como el costero. No obstante, el recorrido más comúnmente aceptado, es el descrito anteriormente por Facinas-Medina Sidonia-Jigonza-Arcos.

De esta manera, al realizar su progresión por dicha ruta, mantenían y consolidaban en todo momento su línea de comunicaciones y aprovisionamientos con Carteia-Algeciras, aprovechándose, igualmente, de la mayor facilidad de recursos de la región para el aprovisionamiento, máxime, teniendo en cuenta las dificultades y escaseces, a consecuencia de la peste y sequía padecidas, y que el natural recelo de gran parte de la población agudizaría.

A estas innegables ventajas logísticas se unía la de poder contar en la región con la acción auxiliar que las actividades witizanas habrían desplegado y que, a buen seguro, apoyaría desde Sevilla el arzobispo don Oppas, hermano del rey Witiza y tío de los enemigos de Rodrigo.

Por ello, creemos que, tras la concentración de los contingentes iniciales desembarcados y al amparo de la seguridad conseguida en la zona, se realizó la progresión a través del itinerario Algeciras-Facinas-Medina Sidonia, para, desde esta localidad, conseguir el predominio y asentamiento sobre la región de Arcos de la Frontera, y su cruce de caminos.

La serie de combates parciales referidos en las crónicas de manera tan escueta (a), no pudieron ser más que encuentros ocasionales con las fuerzas locales leales al rey Rodrigo y que, en reacciones espontáneas, tratarían de contener e impedir el levantamiento general de la zona, hasta tanto llegase el rey con el grueso de sus tropas.

(a) Ver pág. 37 y nota 34, *supra*.

En esta progresión, entendemos, no debió sobrepasarse el Guadalete por el grueso del cuerpo invasor, manteniéndose firmemente sobre su curso, a la espera del rey Rodrigo, aunque sus avanzadas o grupos exploratorios en correrías de dicha índole sobrepasaran la región de Arcos, para avizorar la venida.

La suposición de que el avance hubiera sido mucho mayor, por el conjunto, y de que, ante las noticias exageradas o temor de la venida del rey Rodrigo con numerosas fuerzas, los witizanos retrocedieran para buscar seguridad en la línea del Guadalete, no la vemos recogida o apoyada en ningún testimonio histórico, que, lógicamente, debería haber recogido su estancia por Ecija, al menos.

Sí, en cambio, entendemos que las noticias que transmitirían los witizanos destacados en la retaguardia, incluso en Toledo y Córdoba, más los grupos enviados a título de correrías exploratorias, en orden a los preparativos y refuerzos de Rodrigo, ocasionaron la petición de refuerzos ordenada por Tarick, y que las crónicas refieren (30 y 31), en el sentido de urgir la incorporación de los mismos, ya que éstos no dejarían de afluir, aunque las dificultades de transporte y navegación, demoraban el acrecentamiento de dichas fuerzas.

Estos retrasos y sucesivas incorporaciones debieron llevar a algunos cronistas a imaginar que los contingentes de Tarick le fueron enviados independientemente, y no como consecuencia del escalonamiento que imponían la escasez de medios de transporte y dificultades naturales de navegación.

Para nosotros existe otra razón de importancia capital en orden a justificar que en dicha progresión no pudieron, en conjunto, sobrepasar el curso del Guadalete, y es la falta de caballería.

No es concebible que un cuerpo invasor desembarcado en una región asegurada y con el alejamiento del rey Rodrigo, progrese de manera tan lenta como lo hicieron los witizanos y sus auxiliares árabes.

Esta lentitud, en contraste abierto con sus intenciones de derrocamiento, no puede deberse sino a clara inferioridad, no sólo en número de combatientes, sino a escasez del arma fundamental para el combate de la época: la caballería.

Falta de caballería en los núcleos witizanos incorporados,

por el hecho de ser escasos los nobles que les secundan y, por ende, los partidarios o vinculados que suman no pueden ser caballeros, sino peones, gente de a pie.

Falta de caballería, igualmente, entre los árabes, ya que son muy acabados los estudios por los que se ha demostrado su escasez, a la sazón (37), y, por consiguiente, si carecían de ella en general, es difícilmente imaginable pudieran emplearla masivamente en una aventura circunstancial que iban a aprovechar la fracción de sus tropas más avanzadas en unión de los recientemente bereberes sometidos.

Si los witizanos sublevados y sus circunstanciales auxiliares árabes hubieran dispuesto como núcleo fundamental de sus fuerzas de abundante caballería, no es posible justificar, dadas las circunstancias tan favorables en las que el desembarco se produce, que, desde fines de abril en que se inicia el mismo hasta bien entrado el mes de julio, fecha de la batalla, la progresión conjunta del grueso no sobrepasara la línea del Guadalete, es decir, una línea de avance que no excede de los 75 kilómetros (croquis núms. 2 y 3).

El hecho más discutible sobre el que se ha centrado el interés de los historiadores, consistente en tratar de fijar el lugar exacto de la batalla, tiene un interés secundario, pues, a nuestro juicio, el aspecto fundamental se centra en la escasa profundidad de la penetración, cuando por las circunstancias tan favorables coincidentes y dadas las intenciones y propósitos de los sublevados, el empuje y ganancias de tiempo y espacio debieron ser mucho mayores.

Su mantenimiento sobre el curso del Guadalete medio, viene impuesto por la escasez de efectivos, evidente de caballería, mantenimiento sobre la vía de comunicaciones más suave y directa hacia su línea de aprovisionamiento y zona de reembarque, caso de derrota, y ventaja táctica de mantener el nudo local de comunicaciones de Arcos, desde el que pueden observar las intenciones y movimientos del rey Rodrigo y los suyos, así como desorientar a éstos en sus futuras intenciones.

(37) Trabajos de WSTENFELD, REINAULD, DELBRUCK y ESTÉBANEZ CALDERÓN, citados en *Orígenes del Feudalismo*, por SÁNCHEZ ALBORNOZ. ABEL HODEIL ABDERRAMÁN, el Andaluzi, en su *Tratado de Guerra*, traducido por Louis Mercier, en 1924. El resto de la historiografía árabe de los siglos XIII y XIV reproduce lo anterior.

Si descartamos, por falta absoluta de testimonios históricos, la suposición del General Burguete de darse la batalla en el Guadalete alto, según expusimos anteriormente, la discusión histórica se ha repartido entre la zona de Arcos y la del Barbate, Laguna de la Janda o Vejer (38), pero sin que ello altere el aspecto fundamental.

Puesto que sí, a efectos puramente teóricos, admitiéramos este último lugar, no haría más que confirmar, más aún, nuestro pensamiento de escasa penetración y profundidad, reforzándose la idea de hallarse próximos a su zona de aprovisionamientos y embarque de la Carteia-Algeciras.

De esta manera, pese a la labor inicial witizana de asegurar la zona, llegarían al convencimiento de lo arriesgado que resultaría una mayor profundidad en el avance, ante lo limitado de sus fuerzas, decidiéndose, pese a avanzar sus grupos de exploración en correrías y merodeos más allá del Guadalete, por mantenerse en lugares más próximos y seguros.

No obstante, disentimos de este lugar por lo excéntrico de su posición, ya que ello indicaría la preferencia por seguir la ruta costera que va en dirección a Cádiz, y especialmente porque al agruparse sobre esta zona para dar la batalla, supone el abandono previo de la bifurcación de Arcos con cuantas ventajas entraña, según hemos expuesto (croquis núm. 5).

No creemos, de ningún modo, que la limitación y confianza en la valoración de sí mismo, llegase al extremo de ni siquiera tratar de mantenerse, tras el Guadalete, en la zona de Arcos, con el cruce de calzadas antedicho.

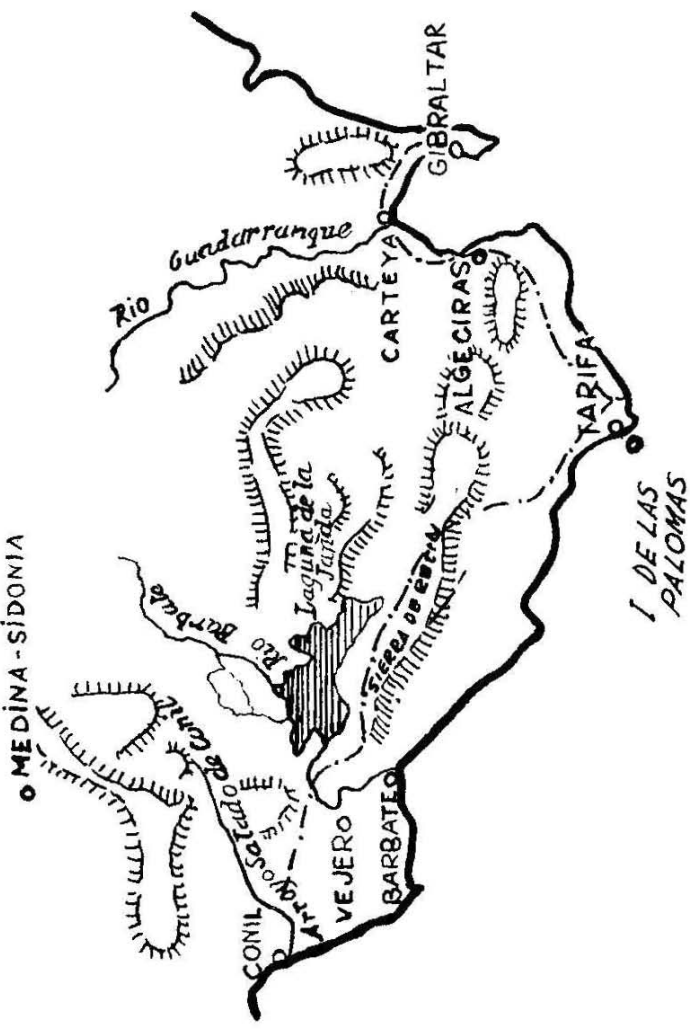
La observación, en cuanto a la venida del rey Rodrigo, necesariamente requiere el establecimiento sobre puntos normales y centrados en su ruta de acceso, en lugar del lateral y sin interés táctico y posicional que supone la región del Barbate.

De ahí que, por toda clase de consideraciones, fuese la zona de Arcos la zona donde, tras su aproximación, aguardaron el choque contra Rodrigo.

b) *Del rey Rodrigo y los suyos.*—El momento del desembarco sabemos probadamente que coincide con la presencia

(38) J. y M. OLIVER HURTADO, en *De la Batalla de Vejer o del Lago de Janda*. M. MANCHEÑO y OLIVARES, en *la Batalla del Barbate*. S. DE LA ROSA, en *Lugar de la Batalla Guadalete*. C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, en *Guadalete*.

ALCALA DE LOS
• GAZULES
○ MEDINA - SIDONIA



del rey Rodrigo en la región de Pamplona, al objeto de reprimir el levantamiento de los vascones secundados por tribus francas del contorno pirenaico.

Bien fuese por fatal coincidencia histórica, bien a consecuencia de intrigas witizanas, lo cierto es que la sorpresa del desembarco es total y el rey Rodrigo ha de conocerla con notorio retraso.

Precisamente este aspecto lo consideramos de fundamental interés, para poder calcular la cuantía y circunstancias de los efectivos del rey Rodrigo y su ambientación hasta las vísperas del combate.

Aun cuando no se conocen testimonios históricos que demuestren el entrenamiento y rendimiento de las fracciones del ejército visigodo, en época y situación de hostilidades, sí, en cambio, se conservan datos similares de las legiones romanas, que pueden orientarnos muy acertadamente.

En las *Fontes Antiquae Hispania* se hallan diferentes casos de marchas con sus distancias y tiempos, referidos tanto en momentos de simples desplazamientos logísticos como en momentos de operaciones militares.

A través de ellos conocemos casos que van, desde marchas aisladas con recorridos de hasta 60 kilómetros en la jornada a las series promedias oscilantes entre los 3,5 kilómetros a 4 kilómetros/hora de marcha, que son los casos predominantes.

Despreciando, pues, la excepción de marcha aislada en una sola jornada, pues no es éste el caso, y refiriéndonos al desplazamiento a ejecutar, desde Pamplona a la zona de Arcos-Medina Sidonia, así como el tiempo que tarda en llegarle la noticia, tendremos:

Que, tras la sorpresa inicial del desembarco y la campaña psicológica witizana, para enmarcarle y justificarle, las noticias del mismo llegarían a las autoridades locales y regionales que, tras el mínimo tiempo dedicado a comprobación, se apresurarían a trasladar dicha nueva a sus superiores y éstos al rey Rodrigo.

Si calculamos que entre la sorpresa del desembarco, la confusión, las noticias más o menos contradictorias que circulan, su conocimiento por las autoridades locales, la comprobación por las mismas del hecho, y su pronta disposición para que llegue a

conocimiento superior, transcurre la primera semana, los mensajeros y encargados de hacerla llegar, aun contando con servicios y relevos apropiados, las detenciones obligadas, las visitas de personajes y escalones obligados, etc., no es aventurado suponer que hasta un plazo oscilante entre los quince días, el rey Rodrigo no puede tener conocimiento cabal de los hechos.

Conocida la noticia, debe ordenar la suspensión de las operaciones emprendidas y concentrar las fuerzas de que en dicha región de Pamplona dispone.

A partir de entonces se ve obligado, no sólo a marchar, sino al propio tiempo a reclutar efectivos movilizandole a sus nobles, para que éstos, a su vez, le proporcionen sus vasallos vinculados.

De la mezcla heterogénea de combatientes, formada por caballería e infantería, se desprende, en este caso, una auténtica servidumbre logística. Si el ritmo de marcha lo imprime la caballería, no tienen posibilidad los peones de seguirla. Y si el aire de marcha queda supeditado a la masa de peones, lógicamente se retarda la progresión.

Independientemente de ello, debe aguardar la sucesiva incorporación de los nobles y vasallos requeridos, que lo harían fraccionadamente y en distintos lugares. Aun cuando los mensajeros encargados del requerimiento llevarsen la orden de que se concentraran en distintos lugares de paso obligado, es indispensable reconocer que detenciones mayores se realizarían en algunas plazas y especialmente en Toledo, para unificar y dictar disposiciones adecuadas.

Tras la marcha o salida de Toledo, habría otra, tal vez mayor en duración, en Córdoba, capital de la Bética y antesala de la zona de combate. Es allí donde se incorpora Sisberto, uno de los hijos de Witiza, con sus efectivos.

Admitiendo un cálculo promedio de ocho horas de marcha diarias, con la entremezcla de caballería y peones, sucesivas incorporaciones, detenciones para incorporaciones parciales y sucesivas, etc., y admitiendo un promedio general de marcha, al igual que el de las legiones romanas, de 3,5 kilómetros ó 4 kilómetros/hora, es razonable admitir la realización de 35 kilómetros/jornada, puesto que el esfuerzo que implica su consecución

vendría facilitado por el estímulo que, en todo momento, exigiría el rey Rodrigo.

Conocemos que las actuales distancias de los trayectos Algeciras-Toledo, y Toledo-Pamplona, sobrepasan los 1.200 kilómetros.

Si despreciamos los 200 kilómetros en función de que en aquella época las calzadas romanas existentes no tuvieron tan en cuenta, como hoy día, la suavidad de recorridos, pese al esfuerzo que encierra el caminar por mayores desniveles y pendientes, así como, igualmente, debemos no contar con la distancia de la zona entre el Guadalete a Algeciras, puesto que el rey Rodrigo llega, tan sólo, al curso del río en cuestión, nuestro cálculo logístico en el desplazamiento de sus tropas ha de basarse sobre los 1.000 kilómetros.

Sobre el promedio de 35 kilómetros/jornada, necesitaría *un mes* completo, en marcha ininterrumpida, para llegar al teatro de operaciones. Pero como a este tiempo hemos de sumar las detenciones sobre algunos lugares importantes, para recoger los refuerzos que el adelantamiento de mensajeros a dicho fin pudiera haber proporcionado, a más del más prolongado en la corte de Toledo, para dictar disposiciones, recoger mayores refuerzos, intercambiar impresiones, etc., y otro, igualmente, de mayor duración, en la plaza de Córdoba, antesala de la región en donde se halla el enemigo y en donde, lógicamente, conocería los últimos detalles respecto a éste, sus incursiones más o menos profundas en las correrías de que hemos hablado, e incorporar sus últimos refuerzos, tales como los proporcionados por Sisberto, uno de los hijos de Witiza, al que confió un cuerpo de las tropas, no creemos deje de ser razonable admitir un plazo de quince días, entre toda esta serie de detenciones que contribuían a engrosar y conjuntar sus tropas.

Por tanto, no es posible admitir que, para llegar en mínimas condiciones de eficacia, el rey Rodrigo dejara de disponer de *dos meses*, plazo que engloba el tiempo de conocimiento de la noticia, levantamiento de sus operaciones en la región de Pamplona, y traslado de sus efectivos, a más de la recogida e incorporación de los refuerzos que pudiera allegar, con el sistema conocido del requerimiento de los nobles a sus vinculados, tan deteriorado en los tiempos de referencia.

A este aspecto, definitivo en el postrer lance de la monarquía visigoda, le concedemos gran importancia, dado que la urgencia de las circunstancias y las dificultades para que pudiera llegar a total conocimiento, puesto que entonces se demorarían los plazos para las sucesivas incorporaciones, con la baja normal de los súbitamente requeridos, harían que la masa de efectivos no fuese la que, de no mediar tanta urgencia, hubiera podido reunir el rey.

No debemos olvidar que, salvo las luchas locales, normalmente desarrolladas sobre los lugares circundantes a la corte, los visigodos no poseían experiencia ni entretenimiento alguno para una marcha tan repentina y prolongada cual la presente, y que, las condiciones socio-políticas imperantes evidenciaban un total deterioro moral sumadas al empobrecimiento general del país, por la sequía y peste padecidas.

Todos estos factores conjugados predisponen al total convencimiento de que ni el número ni la moral de los efectivos levantados por el rey Rodrigo, sobre la marcha, podrían ser básicamente los que su recluta más normal permitiría.

La incorporación de los efectivos de Sisberto, en Córdoba, es normal, de acuerdo con las costumbres visigodas. Ya que, en las luchas por el trono, una vez que ha triunfado el aspirante más fuerte o afortunado, todos los demás súbditos se incorporan a su servicio, siempre que la vida les haya sido perdonada.

Además, Rodrigo, con esta medida, ajeno a la traición oculta que se ha fraguado, no sólo muestra su predisposición para neutralizar así posibles derivaciones, sino que, consciente de la escasez de sus tropas, no duda en aprovechar cuanto se le brinda y cree puede manejar y dominar.

A este respecto, tendría bien presente que el arzobispo don Oppas se hallaba en Sevilla, aún cuando por algunos se le considera nombrado para la silla de Toledo y es contradictoria su permanencia en ella.

Así, pues, desde Córdoba, el rey Rodrigo se dispone a avanzar de cara al invasor.

Sus fuerzas son muy heterogéneas, reclutadas, buena parte de las mismas, a viva fuerza y sobre la marcha, con baja moral, salvo los nobles y fieles al rey. Van a presentarse, tras un recorrido de 1.000 kilómetros, la mayor parte de las mismas, las

utilizadas contra los vascones, y a las que se ha exigido un durísimo esfuerzo para presentarse en el combate.

A ellas se han unido los circunstanciales refuerzos allegados por los nobles más cercanos, puesto que no dudamos se sacrificó la masa de posibles combatientes, a la rapidez para presentarse ante el enemigo, confiándose pudiera ser un episodio más de la lucha por el trono.

¿Cuál podría ser la cuantía de las fuerzas del rey Rodrigo?

La mayor parte de los cronistas afirman que el ejército real era numeroso, sin precisar cifras, aunque existen algunos que copian mutuamente éstas y que le hacen ascender a 100.000 hombres.

Rechazamos rotundamente, no sólo tal cifra, sino ni siquiera aproximada. Ni por razones logísticas de incorporación, marcha, aglutinamiento, avituallamiento, etc., es concebible admitir en el plazo que media hasta la batalla tales efectivos.

Nuestro pensamiento es totalmente opuesto y, por el contrario, consideramos verdaderamente reducidos los efectivos reales.

El carácter impetuoso de Rodrigo, testimoniado unánimemente, con la conciencia del peligro de su corona, le impulsaría a quemar etapas con propósitos de llegar en el menor tiempo posible, aún a trueque de arrastrar, tan sólo, a fuerzas mermaidas que, tal vez, confiara en levantar más directamente sobre la propia zona de peligro.

Las dificultades de recluta, de incorporación, de simultanear la marcha de caballería y peones, la situación social descrita, la lejanía de muchos nobles imposibilitados de allegarle refuerzos, etc., son factores decisivos.

Por todo ello entendemos que sus fuerzas no podrían ser numerosas, y que sacrificó la masa en beneficio de la rapidez.

En la *Crónica General de España*, encontramos una cita harto elocuente, dentro de su laconismo a este respecto, y que confirma nuestro pensamiento (39).

(39) ... «el rey Rodrigo que lo supo ayuntó todos los godos que con él eran y fuese muy atrevidamente contra ellos y hállalos en el río que dicen Guadalete, que está cerca de la ciudad de Asidonia». Ximénez de Rada, en capítulo XX, dice: «El rey Rodrigo, oída la matanza de los suyos y la devastación de la provincia, se opuso a la venida de los árabes y se apresuró con valor al ataque de éstos».



Es más, incluso consideramos que la verdadera recluta e incorporación se realiza desde Córdoba, aunque el rey Rodrigo, llevado de su carácter, se adelantara con la fracción más escogida, siendo víctima de su impremeditación, fogosidad y confianza en sí mismo.

Para ello nos basamos en los hechos de armas que tendrán lugar, tras la batalla del Guadalete, como más adelante veremos.

Esta mayor detención en Córdoba, los preparativos de recluta e incorporación sobre dicha zona y el hecho de la presencia de Rodrigo constituirían las bases de apremio con las que Tarrick urgió la aceleración de nuevos contingentes para reforzarse.

El rey Rodrigo, desde Córdoba, realiza su última fase de recorrido, a través de la calzada Ecija-Morón-Arcos, para así alcanzar el curso del Guadalete y observar la calzada que, desde Arcos, va a Sevilla, por si el auxilio de don Oppas desde esta plaza se produjera masivamente.

Este hecho de la proximidad de Sevilla con don Oppas, a cuya plaza ni siquiera se acercan los invasores, ha llamado siempre poderosamente la atención y tan sólo cabe la suposición de que sus partidarios más seguros y decididos estuvieran ya, de antemano, entremezclados con los witizanos que aseguraran el desembarco. De esta manera, don Oppas podía seguir permaneciendo en Sevilla, dando la sensación de fidelidad a Rodrigo, aunque secretamente concertara el plan de traición que sus sobrinos llevarían, posteriormente, a cabo.

Como la ruta que sigue don Rodrigo es la normal de aproximación a la zona sublevada y, a su vez, desde Arcos, domina el acceso hacia Sevilla, su previsión es lógica.

LA BATALLA

6.1. El interés preponderante de los historiadores se ha centrado en el intento de localización del lugar de la batalla, basándose para ello, no sólo en los testimonios escritos de las diferentes crónicas, sino en los mayores o menores vestigios que en las comarcas o localidades se han descubierto.

Dentro de los juicios heterogéneos que sobre la misma se han vertido, cabe agruparlos fundamentalísimamente sobre dos comarcas: la de la Laguna de la Janda y la zona de Arcos, quedando aislada la suposición del alto Guadalete, expuesta por el General Burguete, y a la que hicimos referencia.

En cuanto respecta a la zona de la Laguna de la Janda, existen pequeñas variantes, en orden a situar la batalla en las desembocaduras de los ríos Salado y Barbate, bien más al lado oriental de la Laguna, para dominar los accesos de Alcalá de los Gazules a Medina Sidonia, desde el curso alto del R. Salado (croquis núm. 5) (40).

Dado que la calzada costera procedente de Carteia-Algeciras-Tarifa-Facinas, discurre entre las estribaciones de la Sierra de Retin y el borde occidental de la Laguna de Janda, se ha querido situar, igualmente, la batalla encajada sobre dichos obstáculos (croquis núm. 5).

De admitirse tales hipótesis, tendríamos que reconocer, bien que el ejército invasor profundizó muy poco, ante la insuficiencia de sus fuerzas, y temor a las huestes de Rodrigo, pese a que

(40) Dozy, en *Histoire des Musulmans*, pág. 273, recoge las interpretaciones de fuentes musulmanas para situar la batalla en el Wadi Beka, llamado Salado, que desemboca en el mar, entre Vejer y Conil. Ver, igualmente, la nota número 20 de la *Historia de España*, de MENÉNDEZ PIDAL, del tomo IV. Igualmente, el Ajbach Maymúa, Bayan al Magrib de Ibn Idari Ahmad al Razi, Al Maqqari, etc. V. la nota núm. 38 del texto.

su actividad exploratoria a través de destacamentos avanzados penetraran bastante más allá, y al conocer la venida de Rodrigo buscara refugio cerca de su zona de desembarco, o bien que si su avance generalizado fue mayor, el movimiento general de retroceso, cerca de su base, se realizó por vía lateral para ganar, caso de necesidad, la zona de Algeciras, a través de la calzada costera de la vía I (croquis núm. 5).

A poco que se medite sobre tal movimiento, ha de reconocerse que ofrece múltiples inconvenientes, dado que se encierra entre el mar y la Laguna, y pueden verse las tropas allí estacionadas, cortadas a poco que el rey Rodrigo apercebido de su situación, prosiguiera su movimiento por la calzada interior que desde Medina Sidonia va a Algeciras.

Si precisamente la retirada cerca de su zona de retaguardia la realizan los witizanos ante el temor de que el rey Rodrigo venga con mucha gente y, a su vez, ellos no se consideran con la fuerza necesaria para darle batalla en comarcas adelantadas, no se comprende cómo van a complicarse su situación, al elegir esta zona tan lateral y que puede fácilmente verse desbordada y cortada.

De ahí que consideremos, por toda clase de consideraciones, más factible como lugar de la batalla la zona de Arcos, pese a las dificultades de localización exacta del lugar.

Las últimas investigaciones llevadas a cabo a este respecto por Sánchez Albornoz, desarrollando el pensamiento del historiador musulmán Al Maqqari dan como lugar más idóneo el correspondiente al actual cortijo de Casablanca, situado a unos ocho kilómetros al sur de Arcos de la Frontera, con el Guadalete a las espaldas (41). Dicho paraje corresponde al emplazamiento de la antigua ciudad romana de Lacca (croquis núm. 6).

De esta manera, se evidencia que tanto los invasores como el propio rey don Rodrigo consideraban de excepcional interés la comarca en donde se cruzaban las calzadas de Carteia-Algeciras-Sevilla y la de Córdoba-Ecija-Carteia.

(41) SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Cuadernos de Historia de España*, número 1, en sus notas 49, 67, 72, 102, 104, 106, 108, 110, 112, 113, 121, 122, 140, 143, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156 y las de las páginas 47 y siguientes.

La llegada del rey Rodrigo se realiza a través de la calzada Córdoba-Ecija-Morón-Arcos-Medina Sidonia, vía la más corta y natural para desembocar en la zona de combate, con la ventaja añadida de que, dominando el cruce de Arcos, puede controlar los accesos a Sevilla, a Cádiz, y la vía interior que lleva a Algeciras.

Es lógico, pues, su desemboque en la zona de Arcos por el valor primordial de su nudo de comunicaciones.

Y para los invasores, igualmente. Ya que, pese a la imprecisión de poder determinar hasta dónde pudieron llegar sus grupos avanzados o de exploración, la realización del movimiento de retroceso ante la venida de Rodrigo, y la incorporación de los refuerzos que, si continuamente pudieran llegar ante las dificultades de navegación, urgieron ante el conocimiento de que el rey Rodrigo se aproximaba, se orientó al mantenimiento de sus posiciones sobre el mencionado cruce de calzadas.

Para ambos contendientes la coincidencia de dicha zona, por diferentes razones y ventajas, era total.

De ahí que dada la imprecisión de los relatos de la época en las crónicas, se limitaran a consignar el nombre del Guadalete, así como el de la comarca (42).

Conociendo los efectivos desembarcados inicialmente y los añadidos, en los sucesivos viajes que no dejarían de producirse, aunque se urgieran a medida que los acontecimientos se precipitaban, motivo que debió de inducir a suponer a algunos historiadores que fueron dos fases de desembarco diferenciadas con aportaciones distintas de combatientes, la cifra evaluada por la generalidad de historiadores musulmanes no pasa de los 12.000 a 15.000, cifra ésta en consonancia con la capacidad de transporte y dificultades de navegación propias de la época, a la que hicimos mención.

A nuestro juicio, de estos efectivos la masa de caballería es muy escasa, por las razones expuestas anteriormente. La expansión árabe inicial se realiza sin caballería, la que asimilan e in-

(42) XIMÉNEZ DE RADA, en el cap. XX, cita así: «... y como hubiesen venido al río que se llama Guadalete, junto a Asidonia, que ahora se llama Jerez, de la otra parte se situó el ejército africano». (Se refiere a la cabecera de la comarca.) En la historiografía árabe, tan sólo se menciona el nombre del río Wadi Bakka, diversamente interpretado.

corporan al lograr sus conquistas orientales, complementando con ella sus formaciones básicas de arqueros y peones.

En consecuencia, aunque la realización de su expansión norteafricana es muy posterior, no por ello la evolución para hacer de ella el arma preponderante se logra. Puesto que se conoce y está probado que para reprimir la sublevación de los bereberes, recién sometidos, tienen que hacer venir los cuerpos de caballería siria y orientales, para poder romper las masas de infantes bereberes.

Si las masas de caballería hubieran compuesto el grueso de las tropas desembarcadas, con las circunstancias tan favorables que se dieron, es inconcebible que su penetración fuera tan escasa, por mucha prudencia que tuvieran sus mandos.

Como los nobles witizanos que participan son escasos, las aportaciones de caballería son igualmente escasas.

Esta es, para nosotros, la explicación de la falta de profundidad.

Igualmente, estimamos que don Rodrigo llega a la zona del Guadalete con reducidos efectivos, pese a que éstos tuvieran mayor preponderancia de caballería.

Tras el cálculo de tiempo que anteriormente hicimos, para determinar la justeza con que las huestes de Rodrigo pueden concentrarse en la zona afectada, constituyendo la plaza de Córdoba el escalón final para proceder a dicho reagrupamiento y acabado, estimamos que el rey Rodrigo, por la serie de circunstancias que concurren, se adelanta, dado su carácter, llevando con él una fracción de los efectivos que pudiera disponer, aunque en los mismos la caballería constituyera la parte más importante.

Y es lógico que sea así, ya que el rey o caudillo entre godos combatían siempre con su centro formado a base de caballería.

La masa de combatientes movilizada súbitamente, heterogénea, con poca moral, forzada a unas marchas desacostumbradas, con preponderancia de peones que mal podían seguir a una caballería que refrenaba su paso, quedaría en Córdoba, para completar su movilización y encuadramiento.

Y el rey Rodrigo, con sus escogidos, sus «fideles» y los refuerzos aportados por Sisberto, con el secreto de su futura traición, se adelantó, convencido de que podría hacer frente en un



EL GUADALETE

Trebajena

Cerro del Monteil

Lag. del Tollo

S. de Gibraltor

Espera

Bujalance

Cerro de Roldán

C. de la Laguna Villamartín

Llanos de CAULINA

ARCOS de la Frontera

C. de CASABLANCA

HEREZ de la Frontera

C. de ALBARDÉN

S. de Rabia

S. de Senar

Danlano del Guadalejacín

S. de S. Cristóbal

Lag. de las Quintanas

Lag. de la Isla

Lag. de Medina

Llanos de Peros

Cerro Malabrigo

Sierra de las Hermanas

Cerro de los Pesobros

MO GUADALETE

A. de la Salada

Lag. del Tardes

Cerro de Ceiva

Puerto Real

Lag. del Comercio

Lomas Las Almeriques

Cerro del Campanario

Sierra de Alajor

Loma de los Payales

Cañada de los Espartales

Cerro de Buñol

Sierra de las Cebollas

S. de las Almorabas

C. de Picapallo

C. de los Ysaoras

Cerro El Barrueco

C. de la Armada

Cerro del Campanario

MEDINA-SIDONIA

Cerro del Canónigo

Cerro de la Alameda

ALCALA de los Gazules

Cerro de la Navatiana

Cerro de la Navatiana

CHICLANA de la Piedad

Cerro de Palmatín

Torre de la Estrella

Cerro de la Navatiana

Cerro de la Navatiana

episodio más de las luchas dinásticas, y, en el peor de los casos, con la seguridad de que tenía tras sí el escalón de combatientes que se aproximaría paulatinamente, como se demuestra, tras la batalla, en los combates de Ecija y Córdoba.

Por tanto, estimamos que el adelantamiento de don Rodrigo, ávido, por temperamento y conocimiento, de entablar contacto con el enemigo, se realiza exclusivamente con la fracción de sus tropas más escogidas, la caballería, pero lógicamente reducidas y mermadas por la larga marcha a que se han visto obligados.

Ello ocasionó un auténtico desequilibrio numérico, pese a la calidad y eficacia, ya que, ante la defección wítilana del ala de Sisberto, debió ser imposible romper las masas de peones contrarias, pese a las cargas sucesivas.

Esta es para nosotros la explicación resultante de la batalla del Guadalete. Efectivos reducidos, en uno y otro contendiente, por las razones expuestas, servidumbres logísticas y estado general del país.

El rey Rodrigo, evidentemente, sacrificó la masa de combatientes que pudiera reunir a la rapidez de su presentación en la zona, y, desde Córdoba, en donde conocería las últimas noticias, los detalles de las correrías de los grupos avanzados enemigos, etc., acentuó aún más dicha rapidez, presentándose directamente con su fracción más escogida, pero notablemente reducida y mermada, tras la agotadora marcha y circunstancias realizadas.

Si las levas visigodas, marcha y concentración, hubieran sido realizadas en condiciones más normales, tal vez la suerte de la batalla hubiera variado.

Pero su presentación y disposición, habida cuenta del tiempo, distancias y circunstancias que rodean el hecho, es de todo punto verosímil, las hizo reducir muy considerablemente su número, calidad y moral combatientes.

Que sobre estos factores incidiera más aún la traición wítilana, no debe ponerse en duda, pues están ampliamente recogidos en la variada fuente de testimonios históricos (43).

(43) XIMÉNEZ DE RADA, cap. XX. *Crónica Mozárabe*, núm. 36. *Cronicón Silense*, núm. 15. *Crónica Pacense*, pág. 22, núm. 6.

Traición, en plena batalla, de acuerdo con los planes de venganza albergados contra Rodrigo para recuperar el trono, y cuyas actividades comenzaron con la petición de ayuda al Conde don Julián, negociaciones con los árabes y subsiguiente desembarco, para culminar con la media vuelta en plena batalla, dejando aislado con sus «fideles» al rey Rodrigo (44).

Por tanto, ha de comprenderse fácilmente, aparte los detalles imaginativos de algunos historiadores respecto al hecho, que el vacío abierto por esta defección en pleno combate no podía llenarlo el rey Rodrigo con sus mermadas formaciones de caballería y que, lógicamente, sucumbió ante la masa enemiga, que, si proporcionalmente era escasa para una empresa de conquista formalmente ideada, lo fue en proporción más que suficiente para un combate circunstancial que desde sus vísperas temieron y se rodearon de precauciones.

La suerte personal del rey Rodrigo, tras la batalla, ha llenado mucho espacio, por haberse entendido que sobrevivió y que, tras azarosa huida, reapareció en la alta Castilla para encontrar la muerte en una supuesta batalla dada o llamada de Segonera, por tierras de Salamanca, en la frontera con Portugal, así como el descubrimiento en Viseo de su sepulcro (45).

Si hubiera sobrevivido, lo lógico sería hubiera buscado refugio sobre el grueso de sus tropas y plazas de Andalucía, sobre Ecija, Córdoba y, en todo caso, sobre Toledo, para conseguir reagrupar a sus fieles y seguir presentando batalla, en lugar de merodear fugitivo y aislado sobre parajes que nadie cita.

De acuerdo con las computaciones que la cronología cristiana y musulmana dan respecto a la fecha de la batalla, ésta tuvo lugar el 19 de julio del 711, con una duración incierta que, según autores, va de los tres a los siete días, es decir, a la semana completa (46).

(44) *Crónica Mozárabe*, núms. 34 y 36. *Silense*, núms. 15 y 16. *Albendense*, núms. 46 y 77. *Crónica de Alfonso III*, núm. 7. XIMÉNEZ DE RADA, núms. 19 y 20. ABEN ADARI, pág. 21, etc.

(45) FERNÁNDEZ GUERRA. SAAVEDRA. MENÉNDEZ PIDAL y SÁNCHEZ ALBORNOZ, en obras anteriormente citadas; las de este último en *Cuadernos de Historia de España*, núm. 2, págs. 5 y siguientes.

(46) En SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Cuadernos de Historia de España*, núm. III, en sus capítulos 3 y 4, se condensa la historiografía cristiano-musulmana del hecho.

Este plazo, relativamente amplio, debe entenderse al total que abarca desde que los ejércitos se avistan, y comienzan sus escaramuzas, tanteos, ardidés, para atraer y fijar a grupos, conseguir prisioneros que puedan dar pormenores, al momento crítico del combate, en el que se empeñan los gruesos.

Por tanto, desde finales de abril, fecha del desembarco en Gibraltar, al momento de la batalla, transcurrieron ochenta días completos, dato éste que, seguimos entendiendo de interés fundamental para comprender la relación existente entre el tiempo y el espacio en los movimientos de ambos contendientes.

Los resultados y consecuencias inmediatas de esta batalla, pese a la muerte o desaparición en ella del rey Rodrigo, no fueron definitivamente resolutivos, especialmente en cuanto se refiere a la reacción posterior de los leales al rey visigodo, que les veremos ofrecer resistencias verdaderas en Ecija y algo menores en Córdoba.

Si en la batalla del Guadalete el rey Rodrigo hubiera perecido con el grueso o totalidad de sus tropas, la explotación del éxito por los witizanos hubiera sido fulminante y definitiva.

Como entendemos que, por las circunstancias concurrentes, el rey Rodrigo se adelantó desde Córdoba, y tan sólo presenta en combate una fracción escogida de sus tropas, pese a su derrota no pudo producirse dicha explotación del éxito en la medida correspondiente.

Aparte de que, al carecer de caballería suficiente los witizanos, como veremos igualmente, no cabe en ellos poder realizar el aprovechamiento total e inmediato del triunfo.

De esta manera, entendemos tuvo lugar la batalla del Guadalete.

Con reducidos efectivos, los witizanos y sus circunstanciales aliados, los árabes, de acuerdo con los que se citan en sus crónicas, oscilantes entre los 10.000 a 12.000 hombres, habida cuenta de los medios de transporte utilizados, de las dificultades de navegación, interrupciones, prudencia en la aventura por parte de los árabes, etc., y con auténtica preponderancia de peones, por las razones anteriormente expuestas, lo que frena su progresión y justifica la escasa profundidad alcanzada en relación a las favorables circunstancias con que el desembarco se produce.

Reducidos efectivos, igualmente, los que aporta el rey Rodrigo, ya que, aun pudiendo allegar bastante más, sacrifica su cuantía a la rapidez de su presentación en la zona de batalla, dejando en Córdoba una gran parte de la recluta realizada sobre la marcha, con la idea de su aproximación paulatina, como se realizará tras la batalla del Guadalete.

Que sus efectivos fueran casi en su totalidad de caballería, para nosotros es indudable, ya que, de lo contrario, el rey Rodrigo no puede aventurarse a adelantarse a base de peones, por muy contradictorias que fueran las informaciones que en Córdoba recibiera respecto a sus enemigos.

La defección del ala reclutada por Sisberto, a base de witizanos comprometidos, redujo totalmente sus escasas posibilidades de éxito en el combate. De ahí que, aunque comprometiera íntegramente sus reservas y lanzara su centro al unísono fuera incapaz de romper las masas de peones enemigos y contrarrestara las reducidas fracciones de caballería de que también disponían.

No debe olvidarse que las tropas allegadas por el conde don Julián estaban adiestradas de acuerdo con la táctica visigoda propia, así como las fracciones witizanas incorporadas, que, lógicamente, presumirían los modos de ataque de las del rey Rodrigo.

Que el rey Rodrigo debió morir en el combate o de resultas del mismo, con su desaparición total es, asimismo, probable, puesto que es inconcebible que no se reincorpore, más o menos tarde, sobre sus tropas ni plazas, máxime teniendo en cuenta la posterior resistencia de sus leales, materializada en la zona bética, con sucesivos escalonamientos en Ecija y Córdoba.

¿Cómo es posible imaginar que ni él ni sus íntimos allegados consiguieran reunirse? ¿Es que cabe justificar durante meses un silencio total sobre su suerte para, de improviso, hacerle resurgir por tierras de Salamanca fronteras a Portugal, en relatos novelescos, pero sin base alguna?

La figura y persona de don Rodrigo desaparece con la batalla y los acontecimientos posteriores se desarrollarán sin su influencia.

¿Fue tan rotundamente decisiva la victoria witizana del Guadalete que, tras ella, les permitiera redondear sus propósitos?

¿Los refuerzos aportados por don Rodrigo en su leva apresurada y concentrados en Córdoba para organizarse definitivamente, se esfumaron demoralizados al conocerse la derrota del Guadalete?

¿Los íntimos del rey Rodrigo, sus «fideles» encargados del mando de dichas fuerzas, secundaron sus instrucciones de aproximación a la zona crítica, a la que él se había adelantado?

¿En qué grado y medida se desarrolló lo que podríamos calificar de explotación del éxito, tras la victoria witizana del Guadalete?

De su análisis ponderado, cabe extraer el conocimiento de los hechos.

EXPLOTACION DEL EXITO

7.1. a) *Ecija*.—La serie de interrogantes que nos hemos planteado anteriormente, en orden a las repercusiones de la victoria del Guadalete, por los witizanos, tienen cumplida concreción en los acontecimientos subsiguientes.

Afirmábamos, como premisa antecedente, que la falta de caballería entre los desembarcados era la causa primordial en su escasa penetración. Tras la batalla del Guadalete tenemos testimonios que así lo prueban, y van a justificar, a mayor abundamiento, la lentitud de su posterior avance.

Si el hundimiento del núcleo de tropas de Rodrigo hubiera sido tan total y definitivo como algunos historiadores han pretendido, ningún obstáculo debiera haberse opuesto a la triunfal progresión de los witizanos.

Si la caballería árabe y witizana hubiera sido, igualmente, tan abundante y numerosa como los relatos leyendescos han descrito, conoceríamos sus galopadas sin respiro hacia Córdoba y Toledo.

Sin embargo, tales hechos no suceden.

¿Por qué tal retraso o lentitud en la progresión, tras la victoria? Indudablemente, por dos razones. Una, porque van a tropezar con la masa de tropas que, desde Córdoba, se han ido adelantando a la zona de la batalla y que, el rey Rodrigo, con su impulso, impremeditamente no quiso llevar consigo, fiándolo todo a su valor, audacia y prestigio.

La otra, por falta de caballería, para realizar, en la medida precisa, la explotación proporcionada al éxito inicial. Los mis-

mos testimonios de las crónicas cristiano-musulmanas, así lo atestiguan (47).

Tal vez, uno de los aspectos más contradictorios, tras la batalla del Guadalete, se dan en relación a la explotación inmediata, es decir, a la persecución.

Para Lafuente Alcántara, interpretando las referencias del *Ajbar Maymúa*, al que siguen Ahmad al Razi y Ibn Idari en su *Bayan al Mugrib*, la persecución inmediata se da por un desfiladero que llaman de Algeciras, situado sobre la zona de la Garganta de los Barrios, cercano a dicha localidad.

Fácil es discernir que es de todo punto erróneo situarla sobre dicha zona, ya que equivaldría a situar la batalla, prácticamente, junto a Algeciras, o que, por el contrario, las fracciones visigodas derrotadas han intentado la huida hacia el Sur, directamente, lo que las cortaba toda posibilidad.

Para Dozy y otros, dicha persecución tuvo lugar sobre la zona de Jimena y Alcalá de los Gazules (croquis núm. 6), lo que equivaldría, dado que para ellos la batalla se dio entre los ríos Salado y Barbate, a suponer que la huida de los restos de las huestes de Rodrigo se realizó lateralmente, pero oblicuando hacia el Sur, lo que les llevaba a encerrarse más en la zona enemiga y de cara a la zona más abrupta de la serranía, imposibilitando su salvación.

Para Saavedra, a nuestro entender, más consecuente y lógico, la persecución se realiza entre las sierras de Algar o Alajar y la de las Cabras (croquis núm. 6), atenuándose el movimiento de retroceso hacia el Sur, pero con tendencia marcada en dicho sentido.

Tal vez se confunda, lógicamente, los combates parciales a que dan lugar la fragmentación de los pequeños grupos aislados, originados en la confusión del combate, con la persecución propiamente dicha, que, tanto en la antigüedad como ahora, siempre se da hacia delante, tras los restos del vencido que pugna por retirarse en el mayor orden posible para salvarse.

(47) *AJBAR MAYMÚA* y *AHMED ARRÁZI* dicen: «La fuerza de los musulmanes se acreció al vencer y los infantes pudieron cabalgar y ensanchar así el círculo de sus incursiones en la región que atravesaban». Estas afirmaciones iniciales las veremos posteriormente corroboradas, tras la toma de Ecija, con la aprehensión de la caballería goda que, desde entonces, utilizarán los witizanos y pro-árabes.

Y su salvación no puede lograrse internándose más y más sobre la zona enemiga, sino tratando de alcanzar, lo antes posible, la propia, para respaldarse en sus refuerzos.

Por tanto, dejando a un lado, como labor secundaria, el aniquilamiento de dichos grupos que en su intento de huida pularían por contornos más o menos alejados de la zona de la batalla y en direcciones dispares, el grueso del ejército witizano se puso en marcha, en dirección a Ecija, a través de la calzada normal, por la que había desembocado anteriormente el rey Rodrigo.

Es la dirección normal, camino de Córdoba, objetivo inmediato en el que pondrían sus ojos, tras el lance victorioso, ya que el ansiado objetivo estratégico definitivo que representaba Toledo seguiría siendo un sueño deseado.

El único obstáculo que podía interponerse antes de su llegada a Córdoba era la plaza de Ecija, a la que, a más de acogerse la mayoría de los fugitivos supervivientes del Guadalete, se habrían concentrado las tropas retrasadas que habían quedado en Córdoba.

Hemos visto cómo Ecija constituía el nudo regional de comunicaciones más importante (croquis núm. 3), puesto que sobre dicha plaza se cruzaban las calzadas Cádiz-Ecija-Córdoba y la de Algeciras-Medina Sidonia-Morón-Ecija-Córdoba, a más de salir de ella las transversales de los parajes intermedios. Esta importancia de la antigua Astigi (48), la constituía en el tapón que obstruía el acceso a Córdoba, y en la llave de comunicaciones regionales, a escala similar, pero superior a Arcos, respecto a su contorno.

En consecuencia, por conjuntarse sobre ella los restos de supervivientes del Guadalete con los refuerzos llegados de Córdoba, los leales al rey Rodrigo dan su verdadera batalla, tal vez, esperanzados con su reaparición.

Y así, cuando llegan a sus alrededores los witizanos victoriosos, encuentran feroz resistencia. Resistencia que, lógicamente, se daría por los exteriores de la plaza, pero después encerrados tras sus muros, impidiendo la progresión.

(48) Ver *Vías Romanas de Andalucía*, de BLÁZQUEZ, así como los *Discursos de E. Saavedra en la Academia de la Historia* (1862), y SAAVEDRA, en *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*.

Si la victoria del Guadalete hubiera sido tan decisiva y tan total, ¿cómo es posible justificar la resistencia de casi un mes que dura el asedio?

¿De dónde sacarían los leales al rey Rodrigo las fuerzas necesarias para detener a los invasores? Si la derrota del Guadalete hubiera sido tan total, y con una persecución inmediata por parte de los vencedores, ¿iban a ser los restos derrotados y demoralizados con la pérdida o desaparición de su rey los que formalizaran una resistencia de tal calibre?

Ya que, a más de mantenerse el asedio por casi un mes, la plaza de Eciija no cae tras el asalto consabido, sino mediante capitulaciones que se logran con los pormenores de respetar y mantener los usos, costumbres y privilegios normales de nobles y población visigoda, aunque luego se incumplieran (49).

Con esta capitulación de Eciija se inicia la serie de pactos con los que irían logrando la sumisión de los gobernadores y nobles visigodos afectos a Rodrigo, puesto que, desde entonces, entra en juego la idea witzana de seguir asegurando ser una simple lucha dinástica y que los árabes son aliados circunstanciales que, tras asegurar su botín, regresarían (50).

Al ser generosos en la transacción de estas capitulaciones, se acrecentaba la confianza, eliminándose posibles resistencias que el ignorado paradero del rey Rodrigo facilitaba.

Tal vez, transcurrido el mes de asedio, y ante la falta de noticias del rey Rodrigo, decidieron la rendición, que podría haberse visto prolongada.

Que esta resistencia debió ser, no sólo fuerte e intensa, sino amplia, lo prueba el hecho de que el ejército witzano queda fijado por entero sobre la plaza, sin avanzar sobre Córdoba, aunque quedara importante fracción manteniendo el asedio. Este dato es de fundamental interés, puesto que en la etapa posterior sobre Córdoba no se realiza así, sino que destinan la fracción conveniente para eliminar la última resistencia y el resto marcha hacia Toledo.

(49) XIMÉNEZ DE RADA, cap. 23. *Cronicón Pacense*, núm. 36. Ajbar Maymúia. Al Waquidi. Ibn Habib. Ahmad al Razi. Ibn Idari. Al Maqqari.

(50) *Crónica del moro Rasis*, núm. 12. LEVI PROVENÇAL, en *E. Musulmane X.^o sicile*, pág. 33. *Bugyat al-mutamis fi-l-tarif ahl al Andalus*, de AL DABBI (véase trad. de CODERA, pág. 259).

La incertidumbre sobre la suerte acaecida en la persona de su rey Rodrigo es indudable debió ser factor importante que gravitaría sobre la prolongación de su esfuerzo. De ahí que ante la tentación de capitulaciones ventajosísimas, decidieron no prolongarlo, accediendo a la entrega de la plaza.

Es aquí, en Ecija, con su capitulación, conseguida ante la incertidumbre de la supervivencia de su rey y la tentación de unas engañosas capitulaciones, donde se entierra, a nuestro parecer, la resistencia visigoda afecta al rey Rodrigo.

Será, a partir de aquí, cuando podamos hablar de auténtica explotación del éxito, de anulación de resistencias, de desmoralización colectiva, de desorganización general.

Prácticamente, tras Ecija, el mantenimiento de la monarquía visigoda es una entelequia, una ficción que se esfuma por momentos.

Los restos del ejército que la mantenían se han disipado con la capitulación.

Concedores del hecho y de su trascendencia, los jefes proárabes ordenan movimientos acertados, con vistas al derrumbamiento total.

Persuadidos de la importancia de la situación de Ecija y de la acción que, por los flancos, pudieran realizar partidas o grupos más o menos importantes de los allegados en la región, el conde don Julián recomienda a Taricq, fraccione y destaque columnas móviles en dirección a Málaga y Granada.

Esta maniobra que con tanta profusión ha sido recogida por los cronistas (51), debe ser contrastada con ponderación.

No consideramos, en absoluto, que estas columnas pudieran tener importancia considerable, ya que, de ser así, debilitarían el grueso que tenía como objetivo estratégico, la capital, Toledo.

Su intención no podría ser otra sino la de cubrir el flanco oriental de marcha, inmovilizando así las posibles fuerzas visigodas que intentaran subir a Córdoba, aprovechando las vías secundarias, a caer sobre el grueso que marchaba por la calzada general.

(51) Los consejos del conde Julián se hallan muy recogidos por casi todos los cronistas. XIMÉNEZ DE RADA, cap. 23. Ajbar Maymúa. Ahmad Arrasi, traducción de Fagnam, págs. 14-15. Al Maqqari, pág. 180, etc.

No obstante, la general coincidencia de los cronistas en orden a reflejar el hecho, debe acogerse con grandes reservas la culminación de dichas maniobras de protección que algunos han querido concluir en las tomas respectivas de Granada y Málaga, que lo fueron con mucha posterioridad (52).

Y es ahora, en la marcha sobre Córdoba, cuando se refleja con entera claridad el aprovechamiento del éxito, al lograr convertir en fuerza de caballería diversas fracciones de las tropas witizanas.

Los relatos de las diversas crónicas se suceden pormenorizando el hecho (53), fruto lógico y consecuente al desmoronamiento acaecido en Ecija.

La trascendencia del triunfo en Ecija se reflejaba por doquier.

Hasta entonces, no es dable concederlo, puesto que el grueso vitigodo leal a Rodrigo no había sido vencido.

La fijación por completo frente a la plaza, su inmovilización, el mantenimiento íntegro de los efectivos, así lo atestiguan.

Con la capitulación, y dándose cuenta de la masa de efectivos allí concentrados, a sabiendas de que en Córdoba no pueden quedar otros equivalentes, puesto que la información y comprobación sobre el terreno así lo acreditaba, con la seguridad y tranquilidad que proporciona el hecho de que el rey Rodrigo sigue sin dar señales de vida, con la desmoralización que ocasionaría, y con la serie engañosa de seguridad que ponían en juego para halagar y convencer, es cuando los witizanos y sus aliados ponen en acción las medidas que comentamos.

Fragmentación de sus efectivos, con miras de protección, para no debilitar en exceso el grueso, formación de núcleos de caballería con los caballos cogidos en Ecija, para así imprimir velocidad al ataque y marcha sobre Córdoba y aprovechamiento total de la desmoralización, con seguridades engañosas traducidas en ofrecer capitulaciones por doquier.

(52) Se ocuparon en la campaña de Abd al Alach, hijo de Muza. Ver, a este efecto, *Ihata fi-l Tarif Gaznata*, de IBN AL JATIB y AHMAD AL RAZI, traducción de GÓMEZ MORENO.

(53) Ver notas 51 y 54.

Es indudable que el mentor de todo ello fue el conde don Julián, concedor experimentado de la psicología visigoda, que, atrayéndose a su causa a los nobles que quedaran por los sitios de paso, sabía positivamente que concluía todo amago formal de peligro.

Puesto que la punta de lanza que constituían sus fuerzas, hasta entonces victoriosas, no podía suponer la certeza del triunfo ni su seguridad total.

Asegurando, pues, los flancos, especialmente el oriental, y reforzando el grueso con los núcleos de caballería formados (54), se dibuja el nuevo capítulo que rematará el victorioso y fructífero asedio de Ecija.

7.2. b) *Córdoba*.—El asedio de Ecija, prolongado más de un mes, concluyó, como dijimos, con la capitulación de la plaza y los nobles leales a Rodrigo, iniciándose con ello la serie de pactos o capitulaciones que irían emaltando los compromisos de sumisión a los witizanos de los nobles adictos a Rodrigo. Esta faceta de los compromisos, de los que el más resonante y conocido fue el firmado con el conde Teodomiro, gobernador de la región de Murcia, y cuyo punto de arranque le vemos en Ecija, complementaba maravillosamente la secreta ambición y codicia arábiga, a más de secundar el ingenuo pensamiento witizano de seguir considerando a los árabes como circunstanciales aliados, que, tras el botín convenido, regresarían al Africa.

(54) «Ya has concluido con España, divide ahora tu ejército, al cual servirán de guías estos compañeros míos y marcha hacia Toledo...» «Envió a Moguibs ar Romi a Córdoba... Mandó otro destacamento a Rayya, otro a Granada, capital de Elvira, y se dirigió él hacia Toledo con los más de sus fuerzas.» (Del *Ajbar Maymúa*, trad. de L. ALCÁNTARA.)

«Entonces el Conde Julián aconsejó a Taricq que, repartidos los combatientes de su ejército, devastara España por diversas partes y él haría que sus cómplices con su guía y auxilio ayudaran a los árabes. Entonces, Taricq envió a uno que de cristiano se había hecho sarraceno, que se llama en árabe Moguib Arromi, que llevó consigo 700 soldados y marchó a Córdoba. Apenas entre los árabes se encontraba alguno de a pie, pues con los caballos de los godos, los soldados de a pie, lo eran ya de caballería. Y envió otro ejército contra Málaga y Granada... XIMÉNEZ DE RADA, cap. 23.

... «Y envió a Moguib ar Romi a Córdoba con 700 caballeros, sin ningún peón, pues no había quedado musulmán sin caballo.» (Del *Ajbar Maymúa*.) En la crónica de Ahmad al Arrazi, trad. de Fagnam, t. II, págs. 14-15, se lee: «De Ecija, Taricq envió a Moguib a Córdoba... el jefe tenía con él 700 jinetes y ningún infante, ya que se habían montado todos...».

Al Maqqari dice: «... Tarick mandó a Moguibs Ar Romi a Córdoba con 700 caballeros porque los muslines montaban ya los caballos de los cristianos y no habían quedado ningún infante y aún habían quedado caballos...» (pág. 180).

Militarmente considerado, el asedio de Ecija encierra una importancia excepcional.

Ya que las fuerzas leales a Rodrigo, que desde Córdoba se habían adelantado, a medida que su concentración concluyera, de acuerdo con las órdenes del rey Rodrigo, y juntado con los restos vencidos en la batalla del Guadalete, fueron batidas y desarmadas.

Cabe decir que dichas fuerzas constituían la auténtica reserva y refuerzos levantados por el rey Rodrigo en su leva apresurada. Y que, sin tanta impetuosidad, impaciencia y demás circunstancias que rodearon los acontecimientos, hubieran podido ser utilizadas en su conjunto, como masa única, sobre cualesquiera de los lugares de la zona o ruta, es muy posible que su rendimiento y resultados en los hechos de armas hubieran podido ser muy distintos.

Al fraccionarse, como hemos visto, y presentar batalla en las condiciones de desmoralización que supondría, no sólo el conocimiento de la derrota en la batalla del Guadalete, sino el desconocimiento total de la suerte del rey Rodrigo, con las contradicciones lógicas de las noticias que asegurarían, de una parte, su muerte; de otra, su desaparición; de otra, su posible incorporación, junto a la tentación de las ofertas que el conde don Julián tan oportunamente puso en juego para tambalear la lealtad hacia el rey Rodrigo, el hundimiento fue definitivo.

Ya que, al desaparecer la resistencia de este núcleo de fuerzas, verdaderamente reunidas y potencialmente las únicas concentradas para hacer frente a las circunstancias, era fácil suponer que, salvo las resistencias locales, no podría encontrarse nuevamente resistencias comparables.

Desconocemos las dificultades del asedio de Ecija. Es decir, si los combates llegaron a límites de encarnizamiento que supusieran la desaparición de gran número de combatientes.

Pero tal desconocimiento no reviste importancia de ningún género.

Por la razón de que las ofertas de capitulación tuvieron eco entre la nobleza y los jefes leales a Rodrigo, tal vez desmoralizados y convencidos por la muerte de su rey, al ver que, transcurrido un tiempo más que prudencial y no reincorporarse, era

inútil seguir combatiendo, máxime cuando se les mantenía en sus prerrogativas, bienes y demás beneficios.

Con ello, ante su sometimiento y el de sus fuerzas vinculadas, mermadas en mayor o menor grado, desaparecían los obstáculos y el camino se ofrecía libre para los witizanos.

De aquí que consideremos como secundario el que los combates fuesen de mayor o menor envergadura, puesto que, al pactar, se desmoronaban las resistencias que ya no se interpondrían en el ansiado y codiciado camino a Toledo.

Por tanto, el fruto de la victoria en Ecija es resolutivo.

No sólo por el hundimiento de la resistencia del núcleo de fuerzas disponibles, sino por la conversión en núcleos de caballería de grandes fracciones de peones, al apoderarse de los caballos de los nobles visigodos (54).

A partir de Ecija, es cuando de verdad se imprime velocidad al avance, y éste se convierte en auténtica explotación del éxito.

La batalla del Guadalete, tan temida por los witizanos, como se revela por el movimiento general de retroceso que realizaron, para estar próximos a su zona de desembarco y comunicaciones, y tan impremeditadamente provocada por el rey Rodrigo, sin llevar consigo el grueso de sus tropas, ni darlas el respiro necesario, en su afán y confianza de batir a sus enemigos, al igual que había realizado en las primeras luchas dinásticas, no podemos considerarla como hecho de armas decisivo y trascendente para marcar el hundimiento de la monarquía visigoda.

Este hundimiento se da, tras la capitulación de Ecija, ya que, para nosotros, con el asedio y capitulación, desaparecen la totalidad de fuerzas leales a Rodrigo, reclutadas y concentradas como hemos visto, con la resonancia moral que supondría, añadida a la no menos importante referida a la desaparición o muerte del rey Rodrigo.

El convencimiento de los nobles visigodos que pactan con el enemigo, con el aflojamiento de los vínculos de las fuerzas de ellos dependientes, es el sumando definitivo a este desmoronamiento que acaece tras Ecija.

De ahí que la marcha hacia Córdoba se convierta en la explotación del éxito, tan codiciado por los witizanos, y que el conde don Julián de acuerdo con los demás caudillos, aprove-

che al máximo, transforman en rápidas unidades de caballería gran parte de sus núcleos selectos (54).

La precaución de cubrir el flanco oriental, con las columnas que llevan la dirección de Granada, Málaga, etc., no restan velocidad ni importancia al grueso, ya que, entendemos, no pasaron de ser simples columnas móviles, con fines de observación y cobertura, cubriendo al grueso de las partidas aisladas y propagando el éxito de Ecija, y la capitulación de los nobles, tranquilizando y atrayendo a los notables locales, para repetir los hechos.

Esta atracción engañosa de que tan profundamente hablan las crónicas, debió jugar baza definitiva en una región desmoralizada que conocía por sí misma la noticia de la derrota y la muerte de su rey.

Si a eso añadimos la penuria que atravesaban por el hambre, peste y sequía, y su indiferencia ante el episodio de contemplar una lucha dinástica, fácil es, pues, comprender la reacción pasiva general.

Ahora bien, ¿fueron el Conde don Julián y Taricq, con su grueso, directamente a Córdoba?

Por el contrario, y para evitar la repetición de la detención frente a la plaza, al igual que lo ocurrido en Ecija, ¿realizaron una eficaz maniobra de envolvimiento que facilitara la rapidez de su progresión?

Así se desprende del estudio atento de los relatos de las crónicas y de los lugares de paso.

Conscientes de la importancia del éxito de Ecija, y de que no era probable tropezar con un nuevo cuerpo de fuerzas organizadas leales a Rodrigo, con intención cierta de imprimir rapidez al avance, fraccionan la masa atacante en dos columnas.

Una de ellas, lógicamente minoritaria, que se encamina a Córdoba directamente por la calzada principal Ecija-Córdoba, y la otra, en la que van Taricq y el conde don Julián, con la mayor parte de sus efectivos, que se orientan por la calzada secundaria que discurre por bajo de Córdoba, paralela al Guadalquivir, para enlazar en Jaén y Mentesa Bastia, con la que desde Guadix (Acci) llegaba a Castulone (Linares) (croquis núm. 3).

Con este movimiento sagaz, que evita la posible detención del grueso sobre Córdoba, se evidencia el conocimiento de la



Toledo

situación, tras Ecija. Ya que, de no tener el convencimiento de que ha sido batido el grueso de leales a Rodrigo, y que las resistencias a encontrar deberían revestir poca importancia, no es lógico suponer que los witizanos fraccionaran su cuerpo de tropas.

Si hasta Ecija, tras el Guadalete, el cuerpo invasor fue conjunto, dado el convencimiento que poseían de su inferioridad, un cambio táctico en el empleo y orientación tan radicalmente diferente del hasta entonces seguido no puede operarse sin el conocimiento de la realidad.

Y la realidad no podía ser otra, sino que el grueso visigodo leal a Rodrigo había desaparecido.

Así, pues, vemos cómo se presenta ante Córdoba la fracción mandada por Al Mugayt, único jefe citado por la historiografía general, quien, tras sofocar la resistencia exterior de la plaza, tuvo que resolver la que en el interior se prolongó con el grupo de los 400 agrupados junto a su gobernador.

Los relatos que hacen referencia a las indicaciones suministradas por el pastor para penetrar por el punto débil de las murallas, así como las ayudas de la minoría judía, abreviaron el plazo de la entrada, pero en ningún momento representaron baza definitiva en orden a la suerte de la plaza.

Si en verdad los contingentes visigodos leales a Rodrigo hubieren sido de importancia, bien por no haberse trasladado su totalidad a Ecija, bien por haberlos levantado por la región cualesquiera de sus nobles, bien por haber seguido afluyendo desde Toledo, es indudable que la resistencia en Córdoba hubiere sido a tenor de cuanto la plaza representaba, al ser la capitalidad de la región bética en su engarce con la región de Toledo, capital de la monarquía visigoda.

Por su asentamiento, por el lugar de comunicaciones y por constituir la antesala y último bastión que cerraba el paso, debería haberse defendido con una amplitud, y determinación vigorosa. Pero tal hecho no ocurre por la sencilla razón de que no existen ni fuerzas ni nobles ni pueblo en general que secunde tales iniciativas.

No quedan más que los grupos locales, con sus jefes inmediatos que ante el desconocimiento general existente no han sabi-

do o atrevido, todavía, a buscar su salvación en la huida. Son dichos grupos locales, sin base ni refuerzos, los que presentan lucha y serán fácilmente aniquilados.

Y así cae Córdoba, ante el destacamento de Al Mugayt (55).

(55) Ver Ibn Al-Qutiya, Al Maqqari. Abd al-Hakkan. Al Hyyari. La capitulación de Córdoba tiene datos precisos, situándose por Al Maqqari y Al Hyyari en los finales de agosto del 711.

«La gente principal había marchado a Toledo, dejando en la ciudad el gobernador con 400 defensores y la gente de poca importancia», dice el Ajbār Machnua. Al Maqqari, lo refiere así: «La gente principal de Córdoba se había marchado a Toledo, quedando allí el gobernador con 400 caballeros encargados de la defensa de la ciudad y la gente inútil», al igual que Aben Adari, en su *Al Bayán Al-Mogrib*.

EL PASO DE LA MARIANICA

8.1. Hemos visto cómo la destrucción y sumisión del grueso de las fuerzas leales al rey Rodrigo, tras el Guadalete y Ecija, han permitido el fraccionamiento de los efectivos invasores y la maniobra sobre Córdoba, para la que se envía un destacamento secundario encargado de conseguir el hundimiento de la posible resistencia y mantener el sitio, liberando de este cometido al grueso, que de esta manera marcharía hacia Toledo, objetivo estratégico definitivo.

Este cambio tan definitivo en el empleo de las tropas que hasta entonces habían mantenido cohesionadas en un solo cuerpo de batalla se debe exclusivamente al convencimiento de que en Ecija han sido batidas y sometidas las fuerzas disponibles a favor del rey Rodrigo.

Este conocimiento y convicción es el que permite decir al conde don Julián sus recomendaciones a Taricq, tan profusamente recogidas y comentadas y a las que hicimos oportuna referencia (54), cuyas realizaciones en el discurrir de las operaciones, tras Ecija, se concretan en las columnas móviles para asegurar el flanco oriental en dirección Granada y Málaga en el cuerpo de tropas al mando de Almugayt, lanzado hacia Córdoba, en tanto se inicia la veloz marcha hacia Toledo por el grueso, aprovechando la calzada secundaria que discurría por bajo del Guadalquivir.

Esta calzada secundaria, que como otros caminos de este tipo confluyen y parten de Ecija, nudo regional de comunicaciones a la sazón, discurría desde Ecija-Ad Aras-Ulia-Castro del Río-Martos-Jaén-Mentesa Bastia (La Guardia), en donde se cruzaba con el tramo final de la calzada que desde Acci (Guadix) llegaba a Castulone (Linares), punto éste importante en el or-

den local, ya que desde Castulo salían los caminos que atravesaban la Mariánica bifurcándose para La Mancha y Valencia, a más de otros que oblicuaban hacia Córdoba (croquis número 3).

Es indudable que la realización de esta marcha, a través de la calzada secundaria descrita, es un acierto de probado conocimiento y eficacia, que revela un aprovechamiento total de la situación.

Situación que es fácil conjeturar de hundimiento psicológico y desconcierto general.

Ante un rey desaparecido, por no decir fehacientemente muerto, con unas fuerzas batidas sucesivamente, con unas ofertas de colaboración y respeto a los nobles que se adhirieran a la causa witizana, con una campaña psicológica desencadenada para tranquilizar a la población con la seguridad de que el pueblo extraño que se mezclaba a los witizanos era tan solo auxiliar en el empeño de recuperación de la corona, etc.

Es lógico, pues, que la marcha emprendida se realice sin contratiempos de importancia y que los posibles núcleos de resistencia que encontraran fuesen locales y fácilmente aniquilados o absorbidos.

De este movimiento por la calzada Martos-Jaén-Mentesa, el objetivo primordial lo constituía alcanzar el punto final, Mentesa, por su gran importancia de comunicaciones, ya que, con ella, no sólo se dominaba y cubría el flanco oriental en dirección Guadix, sino que al proseguir hacia Castulo (Linares), se volvía a la calzada general, a la llamada vía de Aníbal, camino de Toledo.

De esta manera, y cuando Córdoba cayera, el destacamento allí enviado no tendría sino seguir la calzada general que desde Córdoba discurría por Epora (Montoro) y por Iiturgis (Andújar) llegaba a Castulo o Castulone, continuando a Toledo, como veremos (croquis núm. 3).

Aun cuando la resistencia de Córdoba se prolongara y no fuera posible dicha incorporación de refuerzos, podían cortar la calzada general, y con su movimiento ascendente, en dirección Toledo, taponarían los hipotéticos refuerzos que una posterior reacción de la corte pudiera realizar, y que no tuvieron lugar ante el desmoronamiento general.

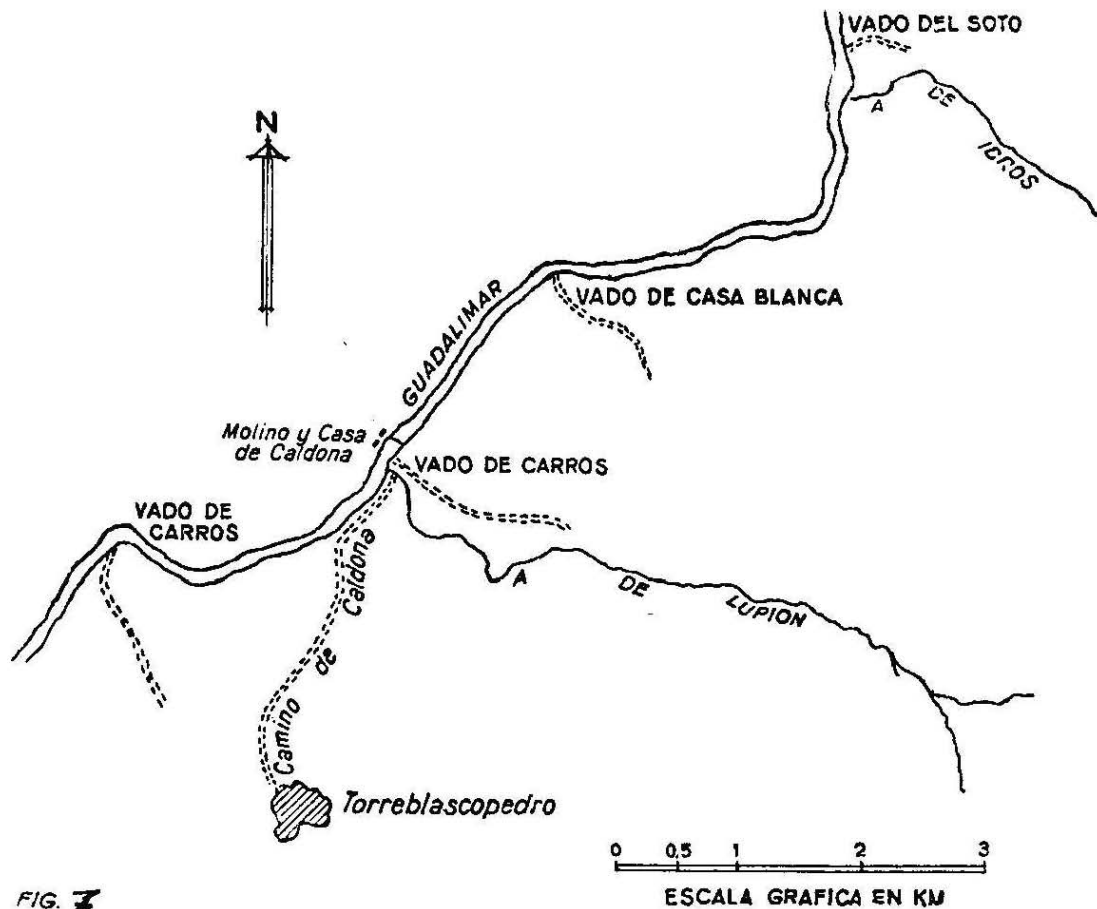


FIG. 7

Han existido dudas y falsas apreciaciones en algunos comentaristas historiadores respecto a la ubicación de Mentesa, puesto que confundieron la Mentesa Bastitana, que es la situada junto a La Guardia, arriba de Jaén, y que es el auténtico punto de dirección y final de la calzada secundaria seguida, con la Mentesa Oretana, ubicada en Villanueva de la Fuente (Ciudad Real), en las cercanías de Montiel (55 bis), y que, lógicamente, cae por completo descentrada del eje de marcha seguido.

El problema que se plantea al investigador y comentarista es el de precisar el sitio y dirección, por donde el cuerpo witi-zano victorioso se orientó para acometer el paso de la Mariánica y penetrar hacia la cuenca del Tajo, por el sur de la misma.

Dado que, tras la consolidación de la conquista árabe, el paso principal para atravesar Sierra Morena y llegar desde Córdoba a Toledo, se orientó por Hojalera, Fegrabaen y el Puerto del Milagro, puntos todos ellos generalmente citados en las crónicas de los siglos XII y siguientes.

Pero antes existieron otras rutas sobre las que se ha centrado el interés de los investigadores. Recientemente, han sido dados nuevos datos al respecto por el profesor Hernández Giménez (56), cuyos datos esenciales reproducimos por entender son los que más se ajustan a la verosimilitud del hecho.

Apoyándose en la serie de relatos de diferentes épocas y episodios acaecidos poco más de medio siglo de la conquista y otros posteriores, que pormenorizan diferentes autores árabes (56), por eliminación, sitúa los dos vados existentes sobre el río Guadalimar, en las proximidades de la ciudad de Castulo o Castulone, llamados «Vado de los Carros» y «Vado de Casablanca», así como otro más secundario, situado aguas arriba llamado «Vado del Soto», y de menor capacidad (croquis núm. 7).

Todos ellos se ubican sobre el curso del río Guadalimar y sobre el del arroyo Lupión, que llegan junto a Bejigar y por el Barranquillo dan en el Guadalquivir, un kilómetro aguas abajo del Puente del Obispo.

(55 bis) SAAVEDRA, en *Estudio sobre Invasión*. FERNÁNDEZ E HINOJOSA, en *Los Pueblos Germánicos*. XIMÉNEZ DE RADA, cap. XXIII. AL-MAQQARI, en su *Crónica Árabe I*, 181. SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Crónica de Historia de España*, número X, y demás bibliografía citada en (55).

(56) FÉLIX HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, en *Revista Al-Aldalus*, vol. XXIX, fasc. I, páginas 1 a 20.

Con relación a dichos vados, ubicados en el río Guadalimar, junto a la ciudad de Castulo o Castulone, es decir, en el término de Linares, existe coincidencia de apreciación tanto en la crónica arábiga *Ajbar Maymúa*, así como en la *Historia de la Dominación de los árabes en España*, de Conde (57), aunque Levi-Provençal disiente en cuanto a la traducción del topónimo.

La abundancia de pruebas a este respecto por el profesor Hernández Giménez en el trabajo de referencia, dan cumplida respuesta y sienta la diferencia de apreciación en la correspondencia del nombre.

Así, pues, el llamado «Vado de la Conquista» o «Vado de la Victoria», como genéricamente vino llamándose el lugar de paso del río en la ruta que recogía el tráfico del Sur, para desembocar en Castulo, se ubicaba unos seis kilómetros a mediodía de la actual estación ferroviaria Linares-Baeza, sobre el río Guadalimar (croquis núm. 7).

Por tanto, el episodio inicial de paso de la divisoria del Guadalquivir a la cuenca del Guadiana, para traspasar posteriormente a la del Tajo, se efectuó muy tangencialmente a la actual vía férrea general de Andalucía, en orientación clara y lógica para alcanzar la calzada general que desde Córdoba por Castulo subía por Vilches a Mariana, Laminium, Murum, Consaburum, Toledo.

La afirmación concreta de Saavedra, en el sentido de considerar que la marcha de Taricq debió discurrir íntegramente a través del trazado de la actual línea férrea general de Andalucía, no puede tomarse literalmente, dado que existirían bastantes tramos con desniveles fuertes y sucesivos obstáculos que, aunque hoy día allanados y suavizados, en aquella época representarían notables diferencias de nivel.

Ante el desmoronamiento general y el deseo de imprimir velocidad al avance, lo lógico y verosímil es presuponer que Taricq utilizaría un camino, de los varios existentes, para traspasar la cordillera por cualesquiera de los puertos de la misma.

¿Qué rutas posibles se ofrecen para traspasar la divisoria?

(57) *AJBAR MAYMÚA*, trad. de Lafuente Alcántara, índice geográfico, página 264 A. CONDE, en *Historia de los Arabes en España*, tomo I, págs. 206 y 207. Dozy, en *Histoire des Musulmans d'Espagne*, trad. de E. Levi-Provençal, tomo I, página 199, núm. 1.

Sintetizando las diversas rutas históricas, muy cerca de las que de algunas se realizó el tendido actual de la línea férrea general de Andalucía, en cuyos trabajos previos existen abundantes testimonios de las calzadas romanas existentes a la sazón, exponemos las vías utilizadas (56).

A través de las mismas, podemos apreciar las variantes de dichas rutas, y que, como decimos, han tenido mayor o menor importancia de utilización a lo largo de la historia (croquis números 8 y 9).

De izquierda a derecha aparecen: el itinerario número 1, en dirección al Puerto del Muradal, atravesando las Navas de Tolosa y El Viso del Marqués.

El itinerario número 2, arrancando desde los vados de Cazlona, tan pormenorizados anteriormente, va por Vilches, Aldeaquemada al Puerto de las Carretas y Santa Cruz de Mudela.

El itinerario número 3, prácticamente discurre, hasta su mitad, coincidente con el número 2, bifurcándose a partir del Castillo de Torre Albert, enfilando hacia Torre Nueva a través de un pequeño puerto situado unos dos kilómetros al Este del vértice Cambrón.

El itinerario número 4 era el que, por el puerto de Iznatoraf, atravesaba Santisteban del Puerto, y por la Venta de los Santos y Venta Quemada faldeaba el V. Montizón, para cuya defensa se erigió el castillo de Montizón, complementando a la que realizaba desde la Torre de Juan Abad. De este camino, utilizado muy frecuentemente desde la época romana, es el que nos habla Quevedo en su referencia al viaje de Felipe II (58).

Si nos ceñimos a los itinerarios números 1, 2 y 3, con puntos de arranque similares, observamos que desde la cota de 250 metros, de los vados del Guadalimar descritos, se asciende y se sobrepasa la cota de 1.000 metros en cualesquiera de los puertos de dichas rutas, para descender a los 700 metros existentes ya en la llanura manchega donde desembocan.

Es verdaderamente interesante comprobar cómo el trazado de la actual línea férrea general a Andalucía y la carretera nacional a la misma región están sobre los itinerarios números 1

(58) *Epistolario de Quevedo: Carta al Marqués de Velada y de San Román*, en *Bibliografía de Autores Españoles*, tomo XI, VIII, págs. 251 a 254.

y 2, dejando a un lado la cuenca del río Guarrizas, sobre cuyo borde discurría la ruta número 2.

Si tenemos en cuenta que desde la consolidación del dominio visigodo en la península y su establecimiento en Toledo, como capital, fueron ganando importancia los itinerarios 1 y 2, incluso su variante, que es el número 3, por orientarse más directamente entre Toledo, puerta de Castilla y capital de la monarquía y Andalucía, Bética a la sazón, el itinerario número 4, por Iznatoraf, aun siendo el más general debía verse menos frecuentado.

Este itinerario número 4 era por donde discurría la primitiva calzada general romana, que tuvo su importancia histórica a través de las luchas entre romanos y cartagineses, conociéndose, desde entonces, como «Vía de Aníbal», al haberla utilizado el Caudillo cartaginés en sus desplazamientos.

Esta «Vía de Aníbal», prolongación de la «Vía Augusta», procedente de Córdoba, se bifurcaba desde Andújar para pasar por Villanueva de la Reina, Espeluy y Menjíbar, cruzando aquí el Guadalquivir y dirigiéndose por Javalquinto iba a Tovaruela y Linares. En este término, que es el de la antigua Cazlona, Castulo o Castulone, atravesaba los vados existentes entre los ríos Guarrizas y Guadalén, dirigiéndose por Vilches, Arquillos, Navas de San Juan, Santisteban del Puerto, Montizón, Villamanrique, Puebla del Príncipe (antigua Mariana), Barranco Hondo a Lamini (Lagunas de Ruidera, la llamada Colgada). Lateralmente, a Mariana, y algo más arriba quedaba la Mentesa Oretana, hoy Villanueva de la Fuente, y que es la Mentesa errónea que situaron algunos historiadores al describir el paso de Taricq por la misma.

Precisamente desde términos de Arquillo arrancaba la desviación de esta vía romana, que por Vilches va a Aldeaquemada, constituyendo el itinerario número 2, así como la variante del número 3, que, más arriba, se bifurca en Torre Albert, y de los que Madoz da cumplida referencia (59).

Si estos itinerarios son los que unen más directamente Toledo con la Bética y el objetivo de Taricq era el de alcanzar Toledo lo más rápidamente posible, por ahí se encaminó, dada la

(59) MADDOZ, en *Diccionario Geográfico e Histórico de España*, 1850.

natural importancia en esa época de dichas rutas y su pensamiento y circunstancias.

El hecho de que los itinerarios números 1 y 2 sean por la misma cuenca, a ambos lados del R. Guarrizas, con desembocque final casi coincidente, puesto que entre El Viso del Marqués y Almuradiel, la distancia es tan sólo de ocho kilómetros, inclina a suponer eran los verdaderamente utilizados, puesto que la variante del número 3 es con miras locales y desembocar hacia la llanura de Infantes, es decir, al lado oriental una vez traspasada la vertiente (60).

En consecuencia, y según todos los datos disponibles, Taricq utilizó el itinerario número 2, por Vilches y Aldeaquemada, para desembocar por la actual Santa Cruz de Mudela y alcanzar, nuevamente, la calzada general en Murum (Villarta de San Juan), puesto que a través de la llanura manchega existen variados caminos de tiempo inmemorial para enlazar con las rutas generales.

Es la única ruta que se ofrece para ir directamente hacia Toledo, ganando tiempo, como era la pretensión de Taricq, al amparo del desmoronamiento general. Ya que de seguir la «Vía de Aníbal», por su trazado normal habría desembocado en la Mentesa Oretana, con un desvío considerable y una pérdida de tiempo incompatible con sus propósitos y circunstancias de hundimiento.

Descartamos, pues, que para alcanzar la calzada general que se encaminaba en la dirección de Toledo, se dirigiera, una vez traspuesto el Puerto de las Carretas, y en movimiento lateral acentuado, hacia la Mentesa Oretana-Lamini (Lagunas de Ruidera, la llamada Colgada).

Resulta a todas luces incomprensible, por el alargamiento de distancia, pérdida de tiempo, ausencia de resistencias y pensamiento de dirigirse directamente a Toledo. Tan sólo el error de algunos autores, antedicho, de confundir la Mentesa Bastia (junto a Jaén), con la Mentesa Oretana (Villanueva de la Fuente), indujo a los mismos y otros historiadores a suponer dicho itinerario.

(60) *Vías Romanas del Valle del Duero y Castilla la Nueva*, de BLÁZQUEZ y SÁNCHEZ ALBORNOZ.

Es más, no entenderíamos cómo Taricq realizó el paso de la Mariánica por el camino más directo y suave, como es el itinerario número 2, por Vilches y Aldeaquemada, para, posteriormente, deshacer lo ganado orientándose a Lamini.

Si no sigue, desde un principio, la «Vía de Aníbal», y se aparta de la misma en la bifurcación de Vilches-Arquillos, ¿qué circunstancias imprevistas le pueden obligar a realizar un alargamiento tan considerable?

Para nosotros es evidente que el pensamiento que preside la marcha de Taricq, desde Ecija, no sufre variación, por la sencilla razón de que las circunstancias no hacen más que corroborar las apreciaciones del conde don Julián.

Hundimiento de los efectivos militares leales a Rodrigo, desmoralización social generalizada, ausencia de reacciones e indiferencia de la masa popular, entremezclada al miedo o recelo que, los witizanos con sus seguridades, trataban de calmar.

Traspuesto el puerto de las Carretas, Taricq prosigue directamente a través de la serie de calzadas y caminos existentes, y que, dada la planicie manchega, existían por doquier, dirigiéndose a Murum (10 kilómetros antes de Villarta de San Juan), previo paso por Laminio (Alhambra), diferente de Lamini.

Pese a reconocer lo arriesgado que resulta esta marcha en punta de lanza, dadas las circunstancias conocidas, no supone nada extraordinario. Precisamente, de este convencimiento maduraría en Taricq la decisión de desobedecer los consejos de sus superiores, para brindar una conquista que, ni en los más soñadores deseos, pudiera reputarse tan fácil, cómoda y sustanciosa.

El avance de Taricq se realiza en pleno vacío, con ausencia absoluta de resistencias, con núcleos que huyen despavoridos intentando refugiarse sucesivamente en las plazas y lógicamente en Toledo, capital de la monarquía.

La suposición fundada de que en ella pudiera encontrar posteriores resistencias, pese al éxito que hasta el presente les había acompañado, es el acicate que imprime mayor velocidad al avance, para evitar que la concentración de fugitivos y de refuerzos allegados por los alrededores de la capital, consiguieran encerrarse tras sus murallas y mantener un sitio prolongado, caso de que no intentaran, previamente, presentar nueva batalla antes de llegar a la propia capital y corte.

Por tanto, ante dichos temores y pese a comprobar el desmoronamiento general a su paso por la Bética y trasponer la Mariánica, como queda relatado, es por lo que entendemos que Taricq no proporciona más que el respiro indispensable a sus tropas, en su marcha victoriosa, situándose de cara a la cuenca del Tajo, por Puerto Lápite, cuya divisoria, una vez salvada, le situará al sur del Tajo, por el valle del Algodor, como veremos.

TOLEDO

9.1. a) *La marcha sobre Toledo.*—Realizado, sin contratiempo alguno, el paso de la Mariánica, se ha planteado la interrogante de precisar el punto o puntos exactos por donde Taricq alcanzara, nuevamente, la calzada general y, desde ella, orientar la marcha final sobre Toledo.

Por las razones que venimos reiterando, al coincidir los deseos de imprimir rapidez al avance con objeto de evitar la consolidación de una probable defensa en la capital con el desconcierto y desmoronamiento general que se observa, es por lo que no dudamos en rechazar la suposición de que Taricq, una vez traspuesta Sierra Morena y desembocado en la llanura manchega, por el puerto de las Carretas a la altura de Santa Cruz de Mudela, al utilizar el itinerario de Vilches-Aldeaquemada, intentara alcanzar la calzada general o «Vía de Aníbal».

Para nosotros, la abandonó ya inicialmente desde Arquillos, al orientarse en dirección Toledo, a través del itinerario Vilches-Aldeaquemada, subiendo por el borde izquierdo del Río Guarrizas, al objeto de encaminarse lo más directamente posible hacia Toledo.

Y, en consecuencia, al coronar la divisoria normalmente no desperdiciaría la mayor parte del tiempo y distancia ganados, para realizar un movimiento lateral, oblicuo totalmente para proseguir su marcha a través de dicha calzada.

El trazado de esta llamada «Vía de Aníbal», repetimos, discurría desde Arquillos, que viene a constituir, desde sus inmediaciones, el punto de bifurcación con los demás itinerarios descritos anteriormente para atravesar la Mariánica por diferentes pasos y desembocar en la llanura manchega, para dirigirse a Ad

Morum (Navas de San Juan) y de allí a *Ad Solaria* (Montizón), prosiguiendo a Mariana (Puebla del Príncipe), a través del camino que por la Venta de los Santos y Villamanrique va a Barranco Hondo, para alcanzar en amplio, aunque suave rodeo, a Lamini (ubicada en la Laguna Colgada, de las de Ruidera), prosiguiendo a Murum (Villarta de San Juan) (croquis núms. 8 y 9).

Desde este punto de Murum (Villarta de San Juan), proseguía y enlazaba con el resto general que se dirigían a Toledo, a Titulcia y Albacete.

Precisamente, la utilización más general de las calzadas que atraviesan la Mariánica, de la forma descrita, aparte de la llamada «Vía de Aníbal», es con objeto de facilitar el enlace de Toledo, capital de la monarquía visigoda con la Bética, dada la importancia que Toledo alcanzó desde el establecimiento de la capitalidad política.

De ahí que fueran ampliándose y utilizándose la serie de caminos a que hicimos referencia (croquis núm. 8).

El hecho de haberse interpretado que el paso de Taricq por Mentesa en lugar de ser la Mentesa Bastitana, como dijimos, junto a Jaén, lo fue en la Mentesa Oretana (Villanueva de la Fuente), hizo creer a muchos historiadores que Taricq realizó su marcha por la llamada «Vía de Aníbal», o bien, otros, supusieron que, una vez traspuesto el paso de las Carretas, oblicuara su marcha para alcanzar, bien en Lamini (Lagunas Ruidera), bien en Murum (Villarta de San Juan), dicha vía general.

Según nuestra opinión, dicho movimiento no tiene sentido y estaría en contradicción con el espíritu y circunstancias que presiden el avance sobre Toledo.

Los pasos de la Mariánica en uso, a la sazón, permiten acceder a la llanura manchega, desde el lado oriental en dirección clara a los campos de Montiel a la zona más occidental constituida por Santa Cruz de Mudela y que fue por donde apareció Taricq al utilizar el itinerario de Vilches-Aldeaquemada (croquis números 8 y 9).

Es de observar que entre los itinerarios del Puerto del Muradal y el de las Carretas, que desembocan sobre Viso del Marqués y Almuradiel, respectivamente, no existen más que unos ocho kilómetros de distancia, por lo que su desemboque, de cara

a la dirección sobre Toledo, es sensiblemente igual (croquis número 8).

Por tanto, la aparición de Taricq sobre las inmediaciones de Santa Cruz de Mudela, tras sobrepasar el puerto de las Carretas, no va a sufrir modificación.

Su pensamiento de dirigirse a Toledo, lo más rectamente posible y aprovechando el desconcierto general no sufre modificaciones.

Los caminos que se le ofrecen para ello son los naturales de la zona, por la que avanza normalmente, ya que sobre la misma existe un nudo comarcal de comunicaciones que ha debido inducir a error, igualmente, a algunos historiadores.

Dicho punto interesante es el constituido por Laminio, diferente del parecido de Lamini (Laguna Colgada de las de Ruidera), al que nos hemos referido al describir la «Vía de Aníbal».

Este punto de Laminio corresponde a la localidad actual de Alhambra, perfectamente localizada y determinada en la relación de calzadas romanas, por constituir el punto de iniciación de la calzada Laminio-Toledo, así como la conclusión de la de Sisapo (Almadén del Azogue)-Laminio, que, atravesando el centro de la provincia de Ciudad Real, permitía el traslado de los productos de las minas a las calzadas generales (61).

Por tanto, la marcha de Taricq es, a través de la ruta, que por las inmediaciones de la hoy Valdepeñas y faldeando la Sierra de Alhambra llegaba directamente a Laminio (Alhambra), continuación del camino que traía en su paso por la Mariánica (croquis núm. 10).

Son interesantísimas, a este respecto, las referencias que de los trozos de calzada romana descubiertos nos dan Blázquez y Sánchez Albornoz en la memoria de sus trabajos (61). Incluso el detalle de la existencia de los Molares o canteras de piedra de afilar navajas de las que habla Plinio.

La calzada desde Laminio aparece todavía bien delimitada a su paso por la Calera y la pequeña localidad de el Ovillo o Lobillo, como figura en el actual mapa 1:400.000 de la Guía Mi-

(61) BLÁZQUEZ y SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, sobre vías romanas del Valle del Duero y Castilla la Nueva*. Madrid, 1917.

litar de Carreteras de España, aunque esté en parte destrozada (croquis núms. 10 y 11).

Los naturales de la región, refieren los citados autores, conocían este trozo como camino de romanos y camino romano general a Murcia, ya que sobre Murum, como dijimos, pasaba la calzada que se dirigía a Albacete-Murcia.

A partir de Murum, la dirección sobre Puerto Lápice se encamina directamente sobre Toledo, como veremos.

Al llegar Taricq sobre Laminio (Alhambra), no puede albergar dudas en la elección del itinerario sobre Toledo. Puesto que, de proseguir por la calzada que se desvía poco antes de Argamasilla de Alba y continúa por Campo de Criptana-Villacañas, previo paso por Quero, para desembocar en Titulcia, en los alrededores de Aranjuez, todo ello correspondiente a la calzada Laminio-Titulcia en donde cruzaba con la procedente de Toledo-Titulcia, es decir, el camino viejo de Aranjuez, desde Toledo, alargaría considerablemente su marcha y se presentaría ante la ciudad en dirección excéntrica al sentido natural de huida de los fugitivos y de preparativos en la capital (croquis núms. 11 y 11 bis).

La vía natural de acceso a Toledo, por el Sur, se hallaba constituida por la calzada Laminio-Toledo, cuyas mansiones y distancias se hallan perfectamente catalogadas así:

30. Item a Laminio Toletum	mpm XCV sic
Murum	mpm XXVII
Consabro	mpm XXVIII
Toletum	mpm XLIII

En la serie de trabajos realizados para determinar el trazado de dicha calzada, ya en nuestra provincia, los resultados fueron fructíferos.

Puesto que, desde el arranque de Laminio (Alhambra) se determinó la misma, que se conocía, igualmente con el nombre de «Camino de las Carretas» y que enlazaba, como dejamos apuntado, con la calzada procedente de Sisapo (Almadén del Azogue).

Los tramos existentes entre Villarta de San Juan-Puerto Lápice, así como desde Puerto Lápice-Consuegra ofrecen, hoy día, abundantes muestras de aquella calzada, sobre la que se tendió

el Puente de los Pocillos, cuyos restos se mantienen, aunque la construcción fuese algo más posterior (61).

No existe, pues, duda alguna respecto al trazado e importancia de dicha vía, reproducida en el Itinerario y tan fehacientemente marcada, cuya misión de enlace y desemboque con las calzadas más secundarias que facilitaban el paso de la Mariánica, en sus distintas orientaciones, permitía una diversificación y más directa comunicación de Toledo con la Bética, a más de la que pudiera realizarse con la envolvente de la llamada «Vía Aníbal».

Desde Consuegra, la calzada se dirigía muy directamente, al igual que en la actualidad, a la cuenca del Río Algodor, al objeto de alcanzar los accesos de los contrafuertes de los Montes de Toledo en esta comarca.

De ahí que el trazado discurriera casi exactamente por el que actualmente existe en el trayecto Consuegra-Los Yébenes, al que accedía por el Suroeste.

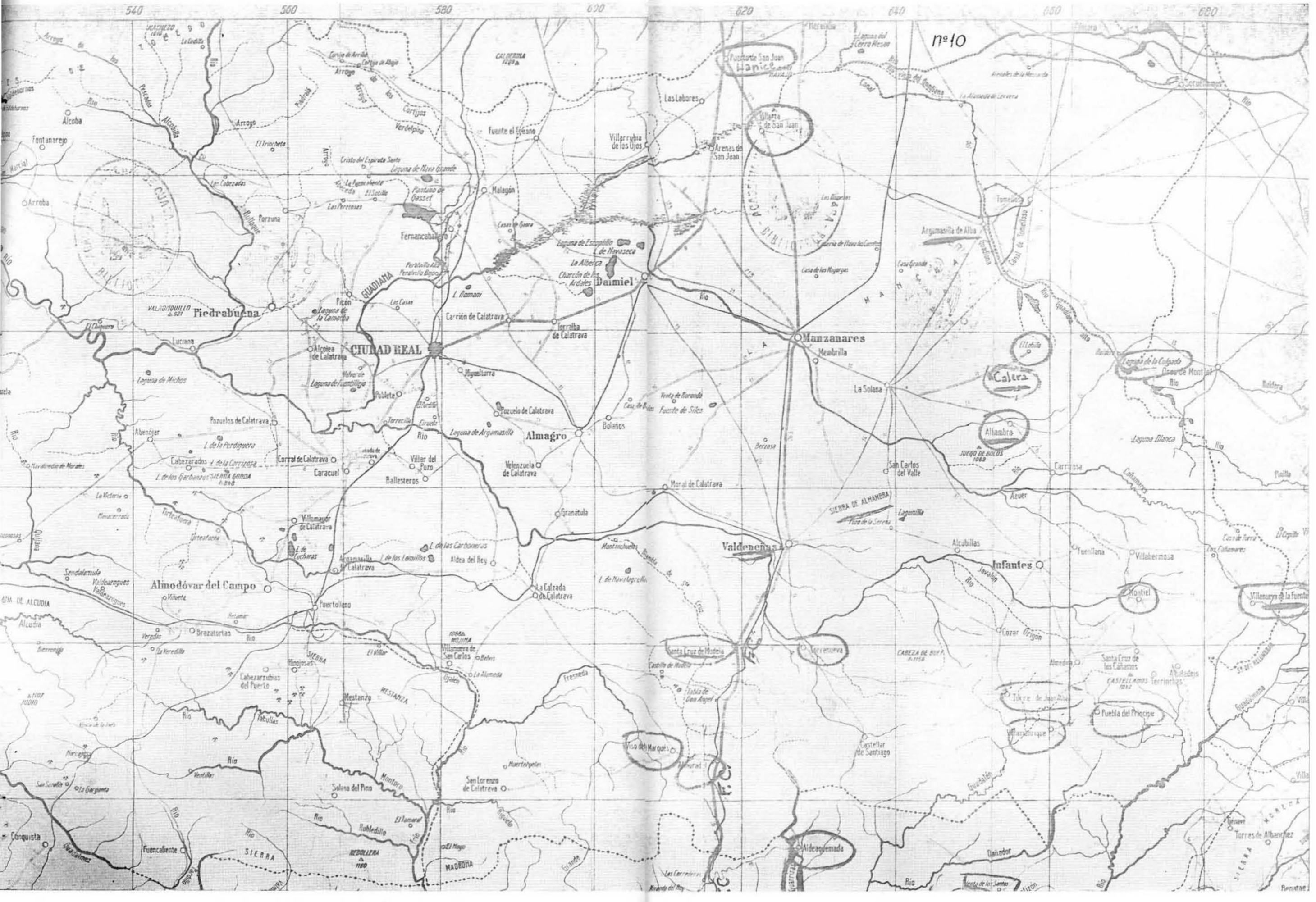
Al objeto de salvar las fuertes rampas existentes en la dirección Los Yébenes-Orgaz, cuya comunicación se realizaba por un camino local secundario que se prolongaba a Mora, la calzada principal se orientaba en sentido contrario, es decir, hacia Marjaliza, a través de un trazado indudablemente más suave y uniforme para alcanzar Arisgotas, convertido, desde la época medieval, en senda o cañada de paso de ganados (croquis número 12).

Desde Arisgotas, y por Casalgordo, se ganaba Sonseca y Ajofrín, lugares inequívocos por estar históricamente relacionados y con muestras de tramos.

Las dudas comienzan a partir de este último punto, Ajofrín.

Puesto que, según los citados Blázquez y Sánchez Albornoz, la calzada se encaminaba, en su tramo final, hacia Toledo, oblicuando sensiblemente en dirección Sudoeste, para, tras envolver en dicho sentido a Layos y Argés, concluir en Toledo, confundándose en este tramo final con la calzada llamada Vía Mariana (croquis núm. 12).

Los trabajos que, en el afán de esclarecimiento de las calzadas de Toledo, realizó, posteriormente, el señor Moraleda Esteban, con las aportaciones específicas del lugar, han venido a modificar algunos de los extremos citados por Blázquez y Sán-



nº 10

CIUDAD REAL

Almagro

Valdepenas

Manzanares

Almodóvar del Campo

Infantes

Pueblo del Principe

Vila del Marques

Calera

Alhambra

Laguna de la Calzada

Montiel

Villafranca de la Fuente

Santa Cruz de Mudela

Alcañices

Santa Cruz de los Cañames

CASTELLANOS Terrinchos

Torre de Juan Alcañices

Villanarrique

Aldeanueva

Castellar de Santrago

Pueblo del Principe

Villafranca de la Fuente

540

560

580

600

620

640

660

680

VALDICHULLO

SIERRA DE ALBUCA

SIERRA

SIERRA

SIERRA

CALDERERA

GUADIANA

SIERRA

SIERRA

SIERRA

SIERRA DE ALHAMBRA

SIERRA

SIERRA

SIERRA

SIERRA

SIERRA

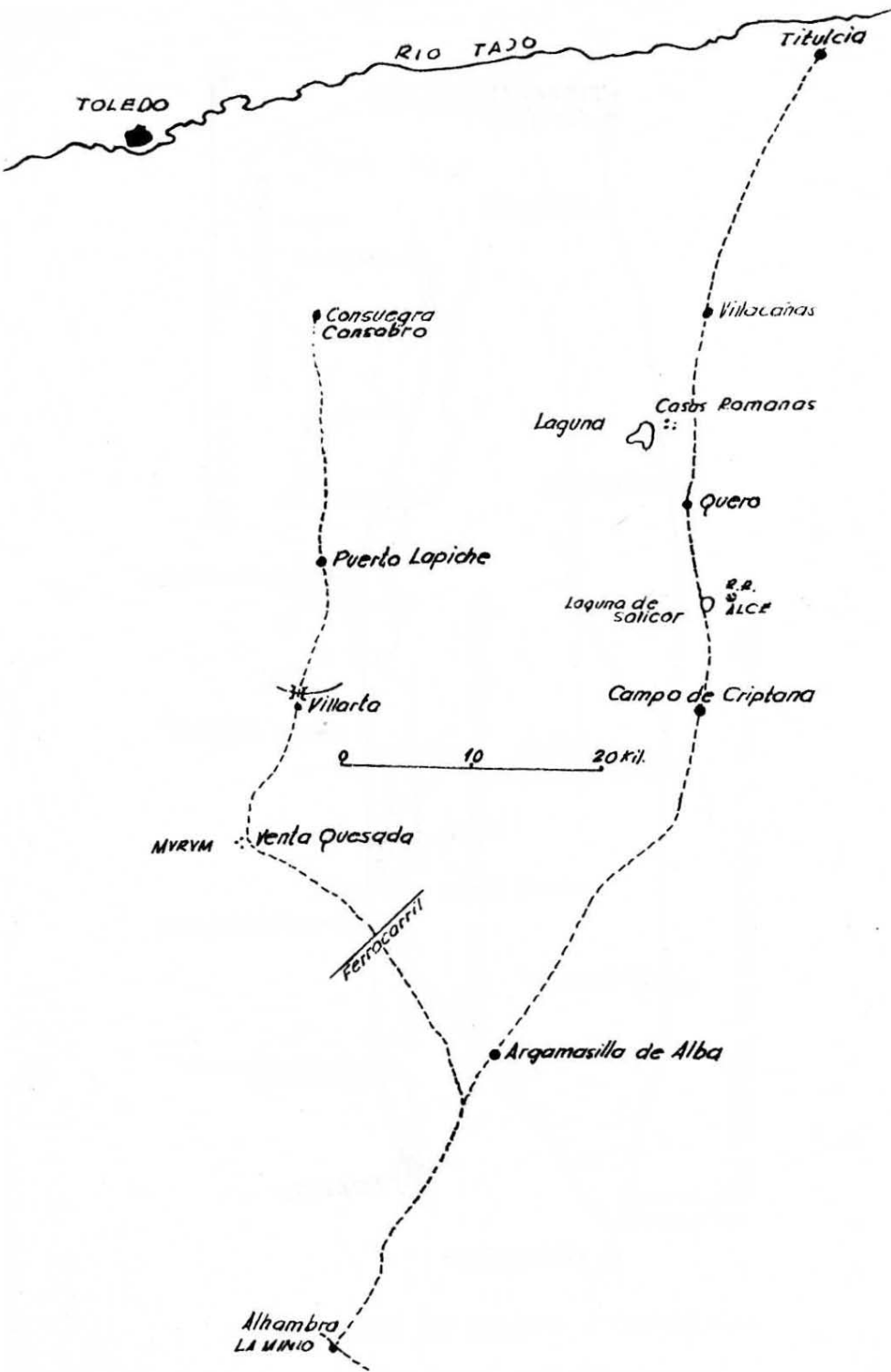
SIERRA

SIERRA

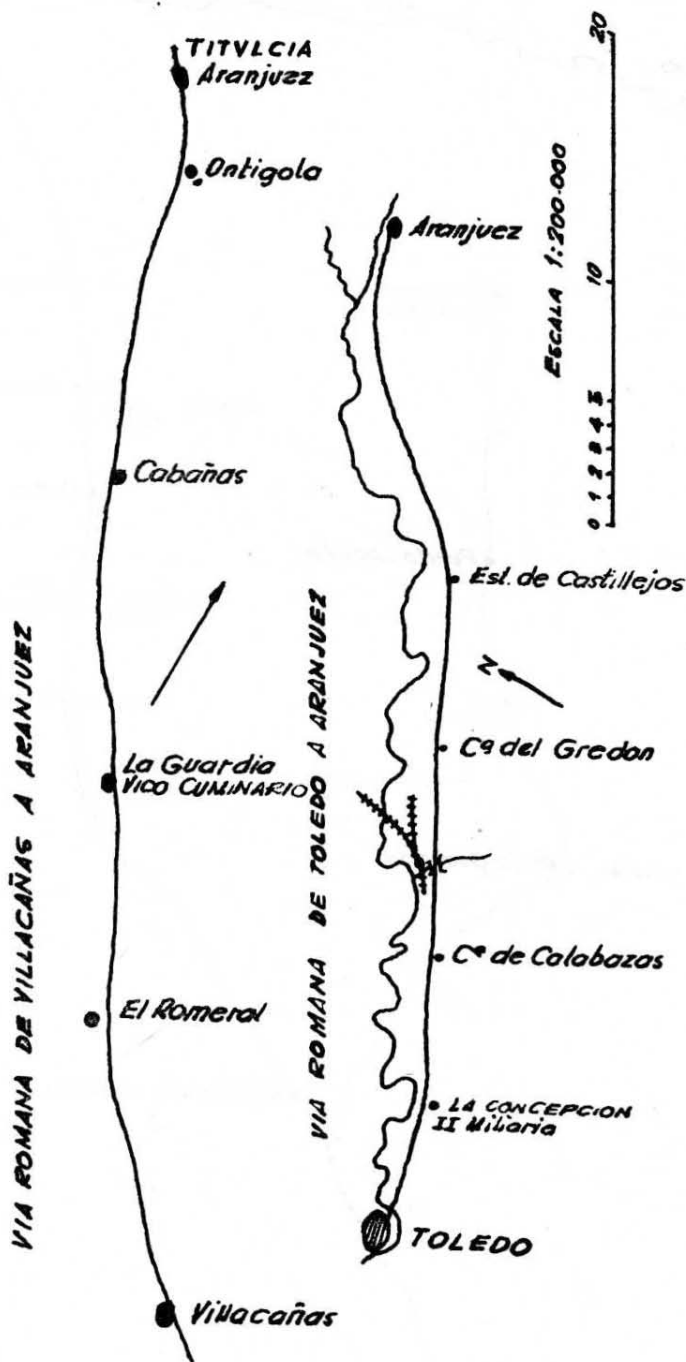
SIERRA

SIERRA

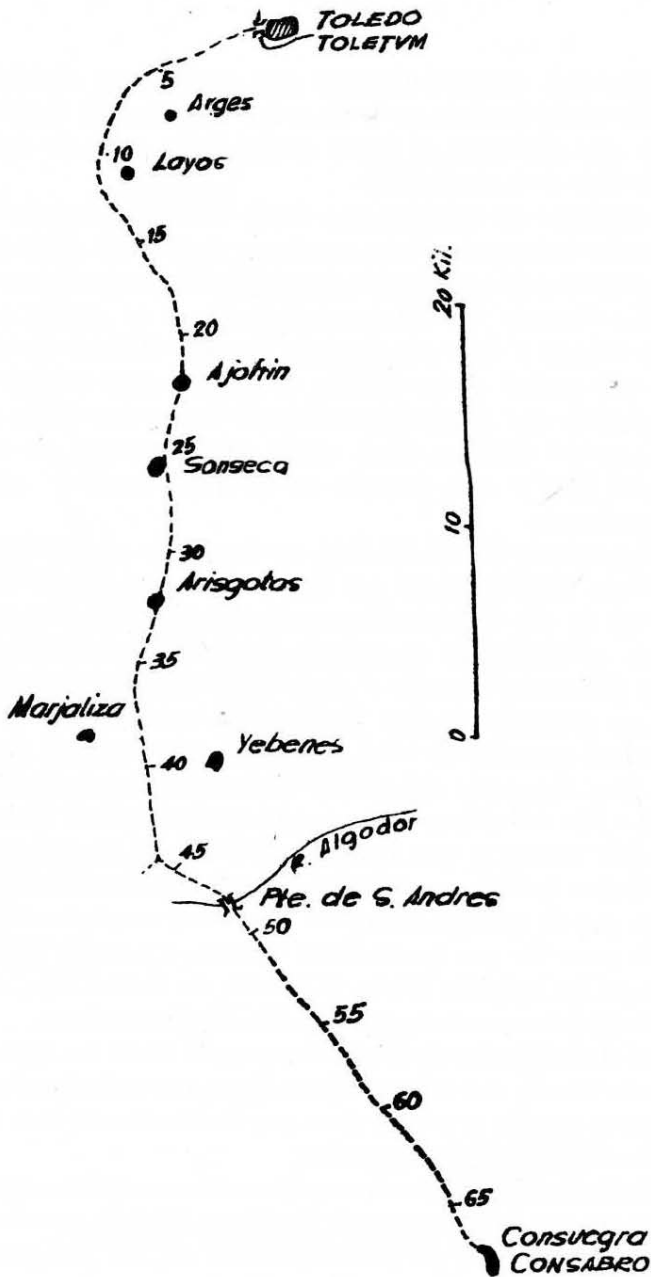
SIERRA



VIAS ROMANAS DE CONSUEGRA A ALHAMBRA
 Y DE ALHAMBRA A VILLACAÑAS
 (según Blázquez)



(Según Blazquez y S. Albornoz)
 nº 11 bis.



VIA ROMANA DE TOLEDO A CONSUEGRA.
 (Segun Blazquez y S. Albornoz)



Toledo

chez Albornoz, aunque nosotros nos permitimos disentir del señor Moraleda Esteban, en lo tocante a la ubicación del Puente romano, que constituía el punto inicial de la serie de calzadas del nudo Este de la ciudad (62).

Del conjunto de calzadas que, desde Toledo, se encaminaban a los puntos principales, cabe enumerar aquí, para deshacer los iniciales errores de apreciación, las siguientes (croquis núm. 13):

a) La llamada Vía Mariana, al Oeste de la ciudad, encargada de enlazar Toledo con Emérita Augusta (Mérida), a través de la parte central de los Montes de Toledo, cuyo trazado aparecía jalonado por Argés-Layos-Cuerva-Ventas con Peña Aguilera-Puerto del Milagro, para, desde aquí, penetrar en tierras de Ciudad Real y que, después, en la época medieval alcanzó gran importancia.

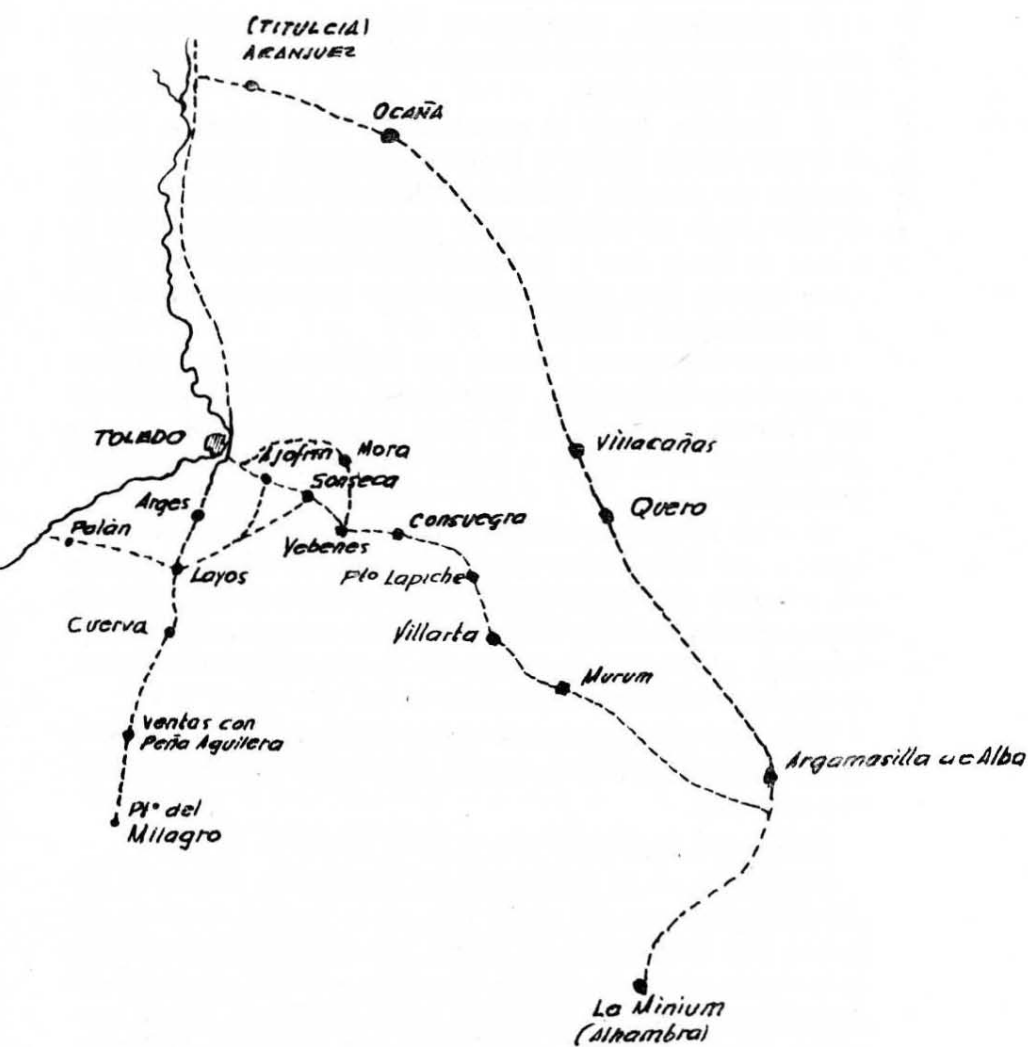
b) La calzada Toledo-Titulcia, bordeando la margen izquierda del Tajo, cuya finalidad era la de realizar el enlace, en Titulcia, con la vía Titulcia-Césaragusta (Zaragoza), recogiendo, asimismo, el tráfico de la calzada Laminio-Titulcia, que, por Quero y Villacañas accedía a dicho lugar y que, previamente, en Murum (Villarta de San Juan) había enlazado con la calzada general conocida de «Vía de Aníbal». Esta calzada ha sido la base para el tendido del camino viejo entre Toledo-Aranjuez.

c) La Vía Lata, que es la que nos ocupa, al ser el acceso seguido por Taricq, y que, desde su inicio en el Puente Romano, subía por las alturas del hoy Castillo de San Servando y discurría por el antiguo Cerro de San Blas, serpenteando por el tramo conocido por las Paredes Blancas y acceder a la explanada de la llamada Venta y Ermita de Santa Ana, sobre cuyos alrededores se observan, hoy día, algunos tramos.

Desde dicha Ermita de Santa Ana seguía hacia La Sisle, por el llamado Horno del Vidrio, típica torre romana acuaria que se conserva en pie, y previo paso por la Ermita de San Blas, alcanzaba la localidad de Burguillos.

Desde Burguillos, siguiendo una dirección sensiblemente igual al actual trazado de la carretera, llegaba a Ajofrín, previo paso por Casa Meca-Casas de Alimán-Ermita de los Dolores. Ya,

(62) *Vías romanas entre Toledo-Ajofrín-Orgaz y Yébenes. Calzada secundaria entre Toledo y Los Yébenes*, por JUAN MORALEDA Y ESTEBAN, «BRABACH de Toledo», núm. V, 1919, y núms. 36 y 37, 1928.



CAZADAS ROMANAS SOBRE TOLEDO

nº 13

desde Ajofrín, se encaminaba a Sonseca, de acuerdo con el trazado descrito por Blázquez y Sánchez Alborno, al igual que en el resto de la mencionada calzada.

En consecuencia, penetraba en Toledo, no envolviendo tan pronunciadamente por el Sudoeste, sino enfilando directamente por el Sur, desde Ajofrín.

d) También, desde el mencionado Puente Romano, y con un trazado inicial similar a la anterior, aparecía otra calzada secundaria que enlazaba Toledo-Los Yébenes, por Mora. El punto de bifurcación se hallaba en el tramo comprendido entre la Ermita de Santa Ana y La Sisle, desde donde hoy cabe apreciarse todavía. Esta calzada constituiría, posteriormente, el llamado Camino real a Sevilla.

Su recorrido aparece jalonado por Nambroca-Almonacid-Mascaraque-Mora-Manzanque, para unirse, al Sur del puerto de Los Yébenes, con la Vía de la Plata principal, pasando por las estribaciones de la sierra o puerto que se conoce por el Portijuelo (63).

e) Una calzada secundaria transversal que enlazaba, desde Ajofrín, con Polán, intercomunicando, así, la Vía Lata con la Vía Flaminia que, discurriendo sobre la margen izquierda del Tajo, comunicaba las localidades de dicha margen, aguas abajo (croquis). Al cruzarse en Layos, con la Vía Mariana, facilitaba, en extremo, la intercomunicación de las tres rutas.

Es natural y perfectamente lógico este entronque de calzadas en las inmediaciones de la capital, para servir a fines comerciales y militares.

Hasta aquí, de acuerdo con el señor Moraleda Esteban.

Disentimos, en la apreciación de localización del punto inicial de las calzadas del sector Este, de la capital, es decir, del puente. Por la situación de Toledo, por el conjunto de defensa de la ciudad realizado por los romanos y por toda clase de consideraciones, tanto de seguridad como geológicas, no es concebible situar el puente aguas arriba del actual de Alcántara, en el llamado Río Llano, ya que carecería de sentido el trazado de la muralla romana de Alcántara y la acrópolis del Alcázar,

(63) *Diccionario Geográfico-Histórico de Miñano*, núm. 62.

al quedar aislado y sin protección el acceso a la ciudad y sus vías de comunicación.

El puente de acceso e inicio de las calzadas no ha podido tener otra ubicación que la que tiene, por ser la prolongación natural del conjunto defensivo de la ciudad, reforzado, posteriormente, por el Bastión visigodo y Muro de los Desamparados.

En consecuencia, la apreciación inicial de los señores Blázquez y Sánchez Albornoz, ha sido la de confundir el tramo inicial de la Vía Mariana, en el trayecto Argés-Layos con el tramo final de la calzada Laminio-Toledo.

Máxime, teniendo en cuenta la vía transversal que, desde Ajofrín, y por Layos, enlazaba la Vía Lata con la Vía Flaminia.

Dato éste, hoy día perfectamente clarificado.

Así como también queda claramente especificada la calzada secundaria, que, desde Toledo, partía a Los Yébenes, por Nambroca-Mascaraque-Mora-Manzaneque. Desde Los Yébenes se prolongaba hasta Consaburum (Consuegra), en donde realizaba el enlace con la calzada Laminio-Toledo (croquis núm. 14).

Precisamente, para evitar las fuertes rampas entre Los Yébenes-Orgaz, es por lo que la calzada principal se orientaba por Marjaliza-Sonseca.

Así, pues, Taricq, tras sobrepasar Puerto Lápice, penetró en la cuenca del Río Algodor por los pasos y contornos más suaves, en sentido lógico y normal a su dirección de marcha y eje de penetración, tras el paso de la Mariánica.

Lo que hubiera resultado contradictorio, como apuntamos anteriormente, es que se hubiese apartado de dicha dirección, para acceder al Tajo, a través de la calzada Laminio-Titulcia (Aranjuez), para desde allí resbalar por la margen izquierda del río y presentarse ante Toledo por el Este.

Ello habría representado un alargamiento en su marcha totalmente innecesario y en contradicción de la idea que preside, desde Ecija, su marcha.

Idea y pensamientos que no son otros sino los de alcanzar Toledo, en el menor tiempo posible para culminar la conquista, toda vez que, el convencimiento de que el grueso leal a Rodrigo había sido batido y de que la desmoralización y desmorona-

miento eran totales, con la ausencia, muerte o desaparición del rey Rodrigo, habían hecho exclamar al Conde don Julián sus proféticas palabras (64), producto y resultado del conocimiento de la realidad socio-política que tenía.

Apreciación totalmente correspondida en la realización del avance, que más bien podríamos calificar de marcha victoriosa en una ininterrumpida explotación del éxito de Ecija.

Imaginamos cómo se espolearía la ambición, deseos de venganza y fanatismo de Taricq y sus bereberes ante la facilidad y desconcierto general que este derrumbamiento de resistencias proporcionaba.

De aquí, la maduración diaria de la codicia árabe en Taricq.

Pese a las órdenes e instrucciones recibidas por Taricq, la meditación del espectáculo que presenciaba, del vacío total existente, de la ausencia de resistencias y reacciones y de considerarse auténtico depositario de los deseos y designios witzanos, es indudable que su natural ambición, codicia y fanatismo se hizo realidad diaria junto a los acontecimientos.

Puesto que ¿quién si no el propio Taricq era el árbitro de la situación?

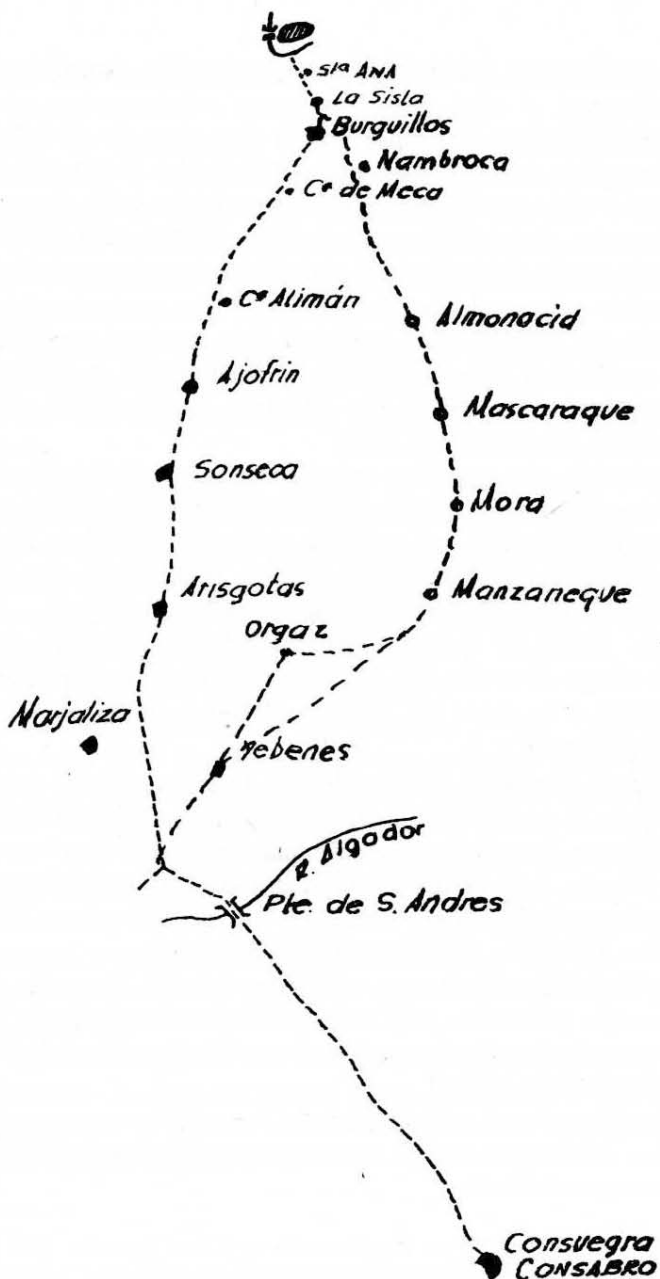
La única duda que pudiera albergar, se descifraría en Toledo.

Toledo, la capital de la monarquía visigoda, con el foso natural del Tajo, con su imponente recinto amurallado pregonado en toda la península, con unos efectivos, que deberían suponerse prestos a la defensa en unión de la masa de fugitivos que sobre ella afluían para buscar definitivo refugio, constituía la interrogante de Taricq y los witzanos.

Su seguridad y confianza, ante la facilidad de la marcha realizada constituiría una premisa de triunfo definitivo, pero, lógicamente, cabría la duda de que la resistencia, hasta entonces no hallada, pudiera surgir.

Dicho temor había venido espoleando a lo largo del avance, imprimiendo velocidad y eligiendo los itinerarios más directos, con el fin de poder presentarse ante el codicioso objetivo en las

(64) Ver nota 54.



VIA ROMANA DE TOLEDO A CONSUEGRA
 (según Moraleda Esteban)

nº 14

mejores condiciones, evitando la siempre posible consolidación de una defensa.

Defensa, definitiva, a la que podría dar visos de reciedumbre cualesquiera de los nobles que allí hubiera o hubiese podido llegar a ella, tras el Guadalete o asedio de Ecija, incorporando efectivos reclutados en la siempre posible leva circunstancial de la región circundante y aumentados con los que afluían buscando más seguro refugio.

Además, por muchos que hubieran sido los que con el rey Rodrigo marcharan, siempre habría quedado para el gobierno y mantenimiento algunos de sus «fideles» con prestigio y autoridad para el gobierno de la corte.

Sin embargo, por pequeñas que fueren las posibilidades que Taricq y los suyos otorgaran a dichos preparativos, ante la realidad que comprobaban, no creemos pudieran sospechar la facilidad y gratuidad en la toma y entrega de la plaza que, con ello, sellaba el derrumbamiento de la monarquía visigoda.

9.2. b) *Caída de Toledo*.—Causa verdadera sorpresa comprobar la escasa atención que los historiadores y comentaristas han dedicado a la caída de Toledo, capital, a la sazón, de la monarquía visigoda.

La natural sobriedad de las crónicas de la época y la mayor prolijidad de la historiografía arábica, apenas acusan diferencias. Puesto que, las crónicas musulmanas tan sólo comentan con detalles, tal vez, más imaginativos que reales, la serie de tesoros, colecciones de coronas regias, la Mesa de Salomón y hasta una «piedra filosofal», halladas en la ciudad (65).

Fuera de tales pormenores referidos al botín, tan sólo encontramos una referencia a la masa de fugitivos que hacia Toledo se encaminaban, con ausencia de cualquier otra actividad y disposiciones en la capital.

Cabría afirmar que, por adelantado, los witizanos y sus aliados árabes, daban por segura su toma con idéntica facilidad a la de la marcha realizada.

(65) *Ajbar Maymúa*. Vers. de L. ALCÁNTARA, 18. *Imamat wa-l Siasat de Ben-Qutayha*, trad. de RIBERA, 109. *Kitab Fatah Mies de Ben Al-Hakan*, trad. de L. ALCÁNTARA, págs. 211-212. *Nalt al-tib de Al Maqqari*, trad. de L. ALCÁNTARA, 190.

El verdadero conocimiento de la situación político-social, con el desmoronamiento general acaecido ante la muerte o desaparición del rey Rodrigo y, el conocimiento de que el grueso de las fuerzas leales al mismo había sido eliminado, tras Ecija, constituyen la explicación de sus pensamientos y realidad.

No habían tenido, pues, exageración alguna las proféticas recomendaciones del Conde Julián, tras la capitulación de Ecija y que anteriormente hemos pormenorizado.

La facilidad del avance, la ausencia de resistencias y el vacío total encontrados, rubrican tales aseveraciones.

Este vacío y ausencia de resistencias, ¿se repetiría en Toledo?

Resulta difícilmente imaginable que la capital y corte visigoda, al amparo de su situación excepcional, producto del foso natural del Río Tajo y el formidable recinto amurallado, heredado de los romanos, pero agrandado en la época visigoda y celosamente retocado y completado en tiempo de Wamba, apenas veinticinco años antes de los presentes acontecimientos, pudiera caer de manera tan fácil y gratuita (66).

Si suponemos que el rey Rodrigo, al bajar de la zona de Pamplona para encaminarse al encuentro de sus enemigos, durante su breve estancia en Toledo para incorporar refuerzos y dictar disposiciones, dejaría al mando de la ciudad a alguno de sus «fideles», de reconocida lealtad y prestigio, con mínimas instrucciones para su defensa caso de desfavorables circunstancias, a más de los que pudieran haber encontrado refugio en la huida, y que éstos habrían movilizad y organizado a las gentes de alrededores y fugitivos, era de sospechar resistencia organizada.

Resistencia que la fortaleza natural de la plaza, con un abastecimiento acaparado, cabría prolongar, incluso más allá de la realizada en la iglesia de San Acisclo en Córdoba por el gobernador de dicha ciudad.

(66) «Wamba Gothis preefectus regnat an VII qui iam in sup factameras anni III sceptia regia meditaus civitatem Toleti unire, et eleganti labore renovat queos, et opere scutorio verificando pertitulaus, haec importans epigrammata stylo ferreo innitida lucidaf marmora patiat. Eredit factore Deo rex inclytus urbem, Wamba, sux celebros pretendeus gentis honorem. In memoris quod martyrum quas super easderosporta turriculas titularit haec sitx exaraait.

De los datos y testimonios históricos, así como las pruebas que sus restos ofrecen hoy día, resulta claro y fácil pormenorizar el recinto amurallado de la ciudad (croquis núm. 15).

Recinto romano.—Delineado por: Alcázar-Arco de la Sangre-Santa Fe-Puerta de Perpiñán-Casa antigua de la Moneda y Correos (hoy Colegio de Hermanas de la Caridad)-San Nicolás-Calle del Refugio-San Vicente-Tendillas-Santo Domingo el Antiguo-Colegio Doncellas-Santo Tomé-Salvador-Convento Trinidad-Casas de Gaytán de Ayala-Conde Caracana-Ayuntamiento-Palacio Arzobispal-Plaza Verduras-Plazuela del Seco-San Miguel-Alcázar.

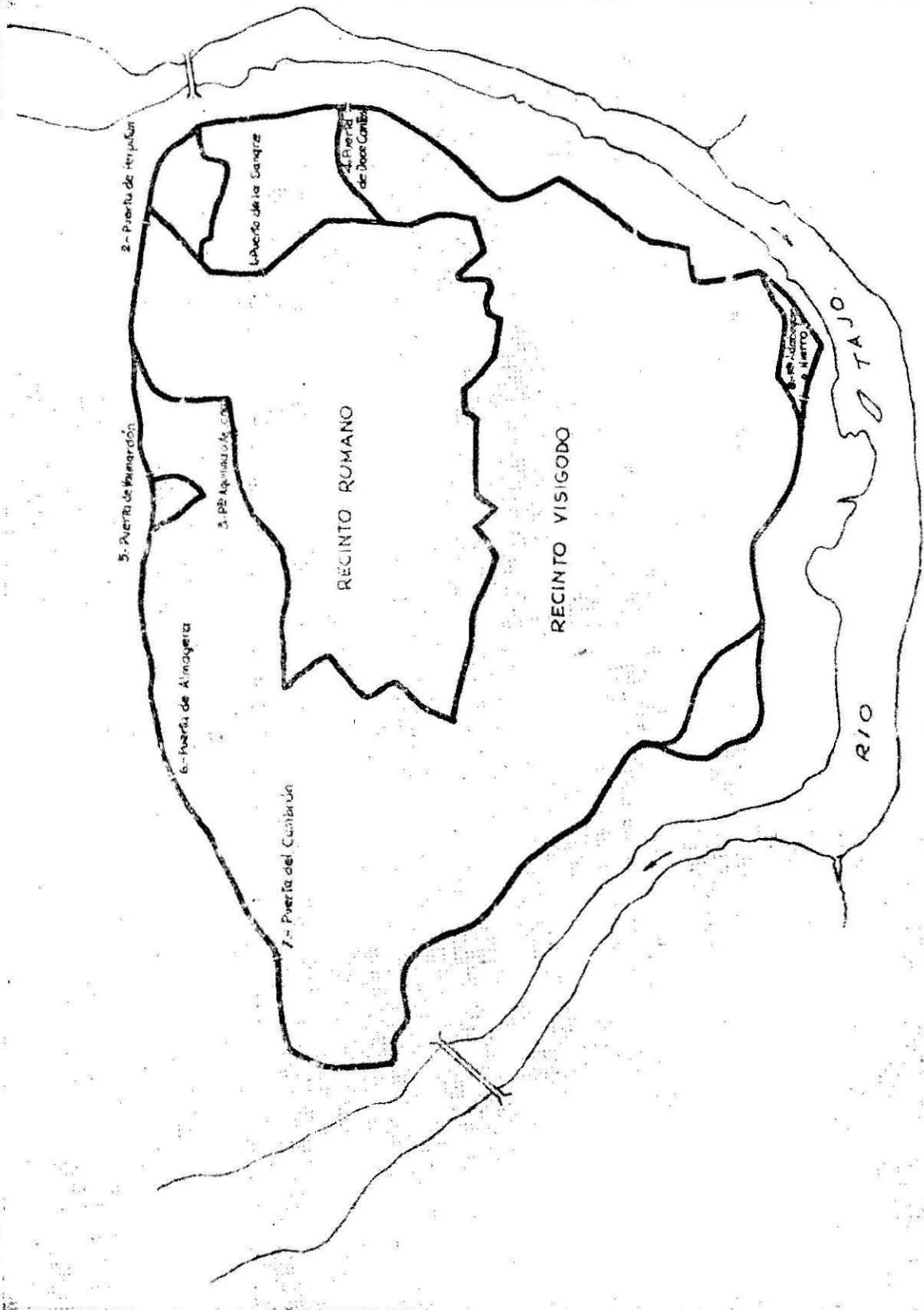
Dicho recinto poseía tres puertas grandes: la de la Sangre, la de Perpiñán (Miradero, al pie de la ermita de los Desamparados) y la Aquilina o Agilana, en sitio inmediato donde hoy se venera la Virgen de Alfileritos, aunque según otros datos, algo más abajo donde se erigió la Puerta del Cristo de la Luz.

Tras la campaña contra Paulo, el rey Wamba, con la experiencia del asalto que hubo de realizar contra la plaza de Nimes, consolidó el amurallamiento de Toledo, cuyo recinto quedó formado así:

Alcázar-Doce Cantos-Plaza Puente Alcántara-Bastión del mismo-Desamparados-Puerta Perpiñán-Miradero Alto-Cristo de la Luz-Muro del Azor-Santo Domingo el Real-Merced-Casa Vargas-Nuncio-Carmelitas-Puerta Cambrón-Matadero-Puente Viejo de San Martín-Castillo de los Judíos-Santa Ana-Tránsito-San Cipriano-San Sebastián-Carreras-Puerta del Adabaquín o del Hierro-Picazuelo-Andaque-San Lucas-Doce Cantos-Alcázar.

Sobre este recinto, que, lógicamente, englobaba y reforzaba al romano, se erigían sobre las tres puertas conocidas de dicho recinto romano, las de: Balmardón, Valmardones o de Mayoriano y Agila o Arco de la Cruz, junto a la ermita del Cristo de la Luz (cabe la suposición por ser el bastión defensivo de la parte Norte de la ciudad); la de Almaquera, hoy día desechada, existente entre el Nuncio y Diputación-Casa de Vargas, hacia la Fuente de Salobre; la del Cambrón; la de Abadaquín, en el pasaje de la Incurnia; la de Doce Cantos.

Fácilmente, con el plano actual de la ciudad, cabe contornear dichos recintos y reproducir la conformación de la ciudad con el foso del río.



Los lados parciales del mencionado recinto aparecen, pues, perfectamente enmarcados entre las puertas respectivas, con lo que los sectores eran encajados. La atención sobre dichas obras y las contiguas no debió ceder en aquellos últimos años, dados los aislados pero reveladores datos (67).

Pese a esta realidad, nada se realiza en correspondencia.

Ni la masa de huidos y refugiados sobre Toledo, ante el avance witizano, especialmente la nobleza procedente de Córdoba (55), ni los nobles o «fideles» que pudieran quedar en la capital, organizan una resistencia en consonancia.

La desbandada y desmoralización debió ser tan intensa y general que ni el propio Obispo Sinderedo permanece (68), arrastrando con ello la certeza del trágico desenlace que aguardaba. Puesto que, como sabemos, la influencia que ejercían los prelados era decisiva.

Aunque la sobriedad de las crónicas es proverbial, la dureza coincidente en todas ellas respecto al comportamiento del Obispo Sinderedo hace presumir la significación que entrañaba.

La entremezcla de hechos y conductas que vienen sucediéndose, desde Ecija, alternándose la atracción engañosa realizada por Taricq y los witizanos, con los actos de fuerza y el convencimiento de la muerte o desaparición del rey Rodrigo, al obrar sistemáticamente sobre una sociedad hastiada, empobrecida y castigada, determinan su indiferencia y vuelta de espaldas ante una realidad considerada irremediable.

El desplome moral debió ser generalizado y total.

En consecuencia, la actividad militar sobre Toledo debió ser muy escasa.

Las dudas que Taricq y sus aliados pudieran albergar y a cuyo paliativo orientaban la rapidez de la marcha realizada, prontamente debieron disiparse, ya que, los testimonios históricos a los sucesos y hechos de armas sobre la ciudad son, prácticamente, insignificantes.

(67) Según S. Eugenio, el rey Ervigio restauró el puente de Alcántara, y según consta en el código de Azagra, en la catedral de Toledo, se restauraron las murallas y Basílica de Santa María del Alficén, es decir, el Bastión del Puente de Alcántara.

(68) *Cronicón Mozárabe*, núm. 35. XIMÉNEZ DE RADA, XVII y XIX. De ellos, el resto de los testimonios lo reproducen en los mismos términos.

La historiografía árabe no los menciona en absoluto, dando por ininterrumpida la marcha hasta la entrada en la propia ciudad.

Las crónicas nacionales se limitan a englobar los hechos sobre Toledo, al igual que vienen enjuiciando el proceder witzano y de los árabes, es decir, entremezcla de traiciones, pactos, combates y depredaciones (69).

En cuanto a los historiadores toledanos antiguos, consideramos como más objetivo y preciso a P. de Alcocer, puesto que Pisa, al tratar de esta cuestión ofrece un relato producto de su imaginación y totalmente contradictorio en sí mismos, a más de hacer gala de desconocimiento total en cuanto a la duración de la resistencia que, según él, se prolonga varios meses y justifica la entrada como producto de la traición judía, tras una procesión en el Domingo de las Palmas (70).

Es, pues, evidente la ausencia de detalles y datos mínimos referidos al esfuerzo defensivo en Toledo.

Si el asedio de Eciija, a lo largo de casi un mes, concluye con la capitulación conocida y el asedio de Córdoba mantenido durante tres meses en la iglesia de San Acisclo, de cuyos pormenores dan cumplida respuesta las crónicas, atestiguando las incidencias, no ocurre así con relación a Toledo.

Por el hecho de ser la capital el objetivo estratégico de la campaña emprendida y constituir el refugio de la masa que trata de escapar del empuje árabe-witzano, debía presumirse que la atención y pormenores de las crónicas trataran de pormenorizar los hechos.

Sin embargo, no ocurre así.

Puesto que, como veremos, reflejan en ojeada muy genérica, el estado de abatimiento, despoblamiento y ausencia de jefes en que se hallaba, dato revelador por cuanto demuestra que el desconcierto y desmoralización superó todo lo imaginable, consecuencia de la disociación de la sociedad nacional.

Y el resto de los detalles se refieren a los tesoros hallados.

(69) *Cronicón Mozárabe*, núm. 36. XIMÉNEZ DE RADA, cap. XXIV.

(70) P. DE ALCOECER, Lib. I, folios 38 y 39. F. PISA, en Libro II, cap. 35. *La Crónica del Rey Rodrigo*, anónima, impresa en Toledo en 1549, existente en la B. Provincial, especifica muy prolijamente los tratos de los judíos con Taricq, en la 2.^a parte, cap. CCCVI y siguientes.

La serie de testimonios hallados en las crónicas arábigas, a veces, son transcripciones literales de unos a otros autores, y, las pequeñas diferencias existentes son más bien de redacción que de contenido.

Así tenemos que, Ibn al Atir, en su *Al Bayamo al Mogrib*, dice: «Taricq encontró esta ciudad abandonada; no quedaba en ella más que un número reducido de judíos, en tanto que el príncipe de la ciudad había huido a otra villa, tras la montaña. Taricq, tras haber allí organizado militarmente a estos judíos reforzados con algunos soldados suyos y partidarios, se dedicó a la persecución de los fugitivos y llegó a Guadalajara» (páginas 16 y 17).

El mismo, en sus *Annales del Magreb*, ambas obras traducidas por Fagnam, y en su página 46, reproduce casi literalmente la cita anterior.

Para, en ambas obras, a continuación, pormenorizar el relato del hallazgo de la Tabla de Salomón, las diademas de los reyes godos y la piedra filosofal.

En su obra *Historia de Al-Andalus*, Aben-Adhari, dice: «Taricq halló a Tolaitcla despoblada sin más habitantes que un corto número de judíos por haberse fugado su rey con los suyos a una ciudad tras los montes».

En el relato de Ibn Hayyan, reproducido por *Al Himyari*, en los mismos términos, se dice: «Cuando Tary ben Ziyad pasó por Toledo, la capital del reino de los godos, la encontró vacía de habitantes, ya que habían huido. Se relacionó con los judíos y los estableció con un cierto número de soldados. Se puso, después, en marcha, para perseguir a los toledanos y llegó a Guadalajara». Estas obras han sido transcritas por el famoso Levi-Provençal, al que hoy día se debe la actualización y puesta al día de la historiografía arábiga.

Y, por último, el justipreciado Al-Maqqari, relata el episodio así: «... los habitantes de Toledo llenos de temor, sin nobles, huidos todos, decepcionados por el abandono y aunque hubieran podido resistir, aun sin esperanzas de ser socorridos se decidieron a tratar con Taricq...» Y más adelante refiere el episodio de la Mesa de Salomón y demás tesoros (Lib. IV, Cap. III).

Y así, prácticamente, el resto de los historiadores musulmanes.

De ahí, que, tanto Dozy como Gayangos y Conde, aun contando con las rectificaciones que a sus trabajos de investigación se han hecho con posterioridad, pero que no afectan al hecho de la entrada en Toledo, reprodujeron fidelísimamente la coincidente historiografía árábica (71).

Recientemente, los exhaustivos trabajos del Profesor Sánchez Albornoz, en sus *Cuadernos de Historia de España*, corroboran la simultánea e idéntica apreciación de los historiadores musulmanes.

En consecuencia, ante estos hechos, sólo cabe el problema de concretar la fecha de entrada en la ciudad.

Puesto que, se han dado fechas muy dispares, especialmente entre los historiadores antiguos (Mariana, Masdeu, Román de la Higuera, etc.), faltas de correlación.

La revisión investigadora que modernamente se ha venido llevando a cabo, nos pone en camino de aproximarnos a la realidad, por no afirmar rotundamente dicha data.

Sin embargo, son muy coincidentes las distintas fuentes.

Del cotejo de los estudios de la *Crónica Profética*, de la de Alfonso III, de la Najerense, del manuscrito número 1.376, de Ibn Al-Atir, que es el que más detalles proporciona referentes a Toledo, y la de don Lucas de Tuy, se fija para el III de los Idus de noviembre, fiesta de San Martín, y correspondiente al 11 de noviembre del 711 y al 24 Muharran de la Hégira 93 (72).

Las crónicas árabes, al hablar del mes Muharran 93, fijan su comienzo al 19 de octubre del 711, correspondiendo el 24 del Muharran 93, al citado día 11 de noviembre. El hecho de que la *Crónica Profética* se debe a un clérigo toledano, que, al igual que las crónicas árabes, señala, para entonces, grandes acontecimientos en Córdoba y en Toledo, dichos acontecimientos no son otros sino la caída de ambas capitales.

(71) DOZY, en *Recherches*, tomo I, págs. 55 y 231; 3.^a edic., pág. 339. GAYANGOS, tomo III, págs. 72 y sigs. GAYANGOS, en *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo 8, págs. 72 y 73. CONDE, en su *Historia de los Arabes en España*, trad. de MARTES, págs. 85 y sigs.

(72) *Crónica P.* (G. MORENO, en *Las primeras crónicas de la Resistencia*, B. A. H. *Crónica de Alfonso III* (ídem, pág. 612). *Crónica Najerense* (CIROT, en «Bulletin Hispanique», XIII, pág. 685). Lucas Tuy (CHOTT, «Hisp. Illust.», IV, página 71).

El cotejo de las fuentes musulmanas, en dicho extremo, ha sido puesto de manifiesto por el Profesor Sánchez Albornoz (73).

Precisamente, ha puesto de manifiesto las dudas e interpretaciones erróneas que sobre las fechas de los principales episodios de la conquista se daban en los Anales Toledanos, al reproducirse en los mismos las tradiciones árabes.

Es muy interesante, a este respecto, seguir la Crónica del moro Rasis, que tan exhaustivamente ha pormenorizado el insigne Menéndez Pidal, con los estudios relacionados con la misma.

En lo tocante a Córdoba, no debe confundirse la entrada y toma del conjunto general de la ciudad, con la resistencia realizada en la iglesia de San Acisclo, por el gobernador, con sus 400 soldados, prolongada a lo largo de casi tres meses, coincidentes, desde finales de agosto, que se penetra en la ciudad, con la decena de noviembre en que concluye la resistencia en San Acisclo y la caída de Toledo (22 de agosto a 11 de noviembre).

Uno de los aspectos que ha servido para esclarecer la data de Toledo ha sido el de aclarar el regreso de Taricq a Toledo, tras su campaña del Norte, en que llegó hasta Galicia a lo largo de la Hégira 93, que, según la historiografía árabe comienza el 19 de octubre del 711, y concluye el 6 de octubre del 712, y que, lamentablemente, se había confundido y reproducido.

Con la entrada en Toledo se derrumbaba la apariencia de estado nacional, hundido ante la pasividad y miedo social general, sin atisbos de resistencias para su defensa que, tan sólo en el Norte, al igual que cuando en los romanos, podrían ofrecer quienes hasta sus confines llegaran.

De idéntica manera, aunque con más facilidad que en anteriores ocasiones, se ofrecía al vencido el pacto o capitulación, por la que se fijaba la contemporización de los vencedores, táctica que tan profusamente prodigaban, como las crónicas reflejan por doquier (74).

(73) *Fuentes históricas hispano-musulmanas del siglo VIII*, pág. 105.

(74) *Crónica Mozárabe*, núm. 36. XIMÉNEZ DE RADA, cap. XXIV, etc.

Los pormenores de la capitulación de Toledo se configuran a título general y son reproducidos, no con detalles, por variados autores (75).

Engloban la neutralización militar, para evitar reacciones, junto al reconocimiento de la autoridad árabe, tanto en cuanto respecta al pago del tributo como en el pase de jurisdicción, a cambio de la tolerancia de culto y bienes.

Sus rasgos definidores son:

- a) Entrega de caballos y armas.
- b) Pago del tributo al califa.
- c) Pase a la jurisdicción islamita de los que abracen dicha religión.
- d) Libre ejercicio de la religión cristiana en sus iglesias, pero sin realización pública de ceremonias y prohibición de más iglesias.
- e) Ejercicio de la justicia cristiana para los cristianos, por sus jueces.

Con ello, se epilogaba el drama de la monarquía visigoda y el país que todavía ingenuamente y a la vista de la apariencia auxiliadora de los árabes, se resistían a considerar como definitivo los propios aspirantes witizanos y naturales con las reacciones tardías e infructuosas que tuvieron lugar al año siguiente, con la venida de Muza, cuyos episodios básicos se centran en Medina-Sidonia, Carmona, Sevilla y Mérida.

La consideración de constituir la campaña de Muza la consolidación de la punta de lanza realizada por Taricq, ensanchando el área de seguridad, con el convencimiento de la falta de base moral y material en el país, para poner en peligro la conquista efectuada, nos releva, en el presente, de su estudio, para así realizarlo, posteriormente, en la medida e importancia que reviste.

A efectos del culto cristiano y de acuerdo con la prohibición de erigir nuevas iglesias, las que conservaron en Toledo los fieles a su origen y religión fueron las de: Santa Justa, San Lucas, Santa Eulalia, San Marcos, San Torcuato y San Sebas-

(75) *Manuscrito núm. 1.376*, de ABEN AL-ATIR, en la Biblioteca Nacional. *Les Berbers*, de FOURNEL. *Histoire des Arabes*, de MARTES, pág. 85. SIMONET, en *Historia de los Mozárabes en España*, pág. 50. MARCOS BURRIEL, en el *Manual de Santa Justa y Rufina*, en «España Sagrada», del P. FLÓREZ, etc.

tián, así como las de Omnium Sanctorum, Basílica de Santa Leocadia, Nuestra Señora del Alficén y San Cosme y San Damián (76).

La acción quintacolumnista de los judíos, tan activamente puesta de manifiesto y reflejada por los cronistas, tanto cristianos como musulmanes, es la contrapartida que hallaron para saciar su encono a consecuencia de la conducta que, para con ellos, se observó en el período final de la monarquía visigoda y que hemos puesto de manifiesto en los primeros capítulos.

Militarmente, con Toledo, objetivo estratégico de la campaña, concluye la misma, puesto que, el posterior avance sobre Guadalajara, Zaragoza y Norte de España, en la medida que así lo realizaron, cabe considerarlo, no como una persecución activa, dado que no existe oposición ni combates que intenten frenar el victorioso avance, sino como auténtico ensanchamiento de la zona de seguridad sobre el área de Toledo, y que prosiguió hasta encontrar las naturales dificultades geográficas que, al oponer considerables obstáculos de tiempo y espacio para sobrepasarlas, a la vez que facilitaban la cohesión y refugio en la defensa de los despavoridos fugitivos, ocasionó el regreso de Taricq a Toledo.

(76) La diferencia de consideración entre parroquias y ermitas hace que, en otros autores se disminuya este número. De ahí que los historiadores ALCO-CER y PISA, así lo estimen, al igual que SIMONET.

CONCLUSION

Aun cuando cabría ofrecer algunos aspectos y detalles que pormenorizasen, aún más, los hechos expuestos, tan solo ello podría ocasionar el interés revelador de los mismos, sin alteración mínima del proceso expuesto en los hechos y acciones político-militares.

El análisis y reflexión profunda sobre los mismos, y, las consecuencias de ellos derivadas, nos lleva, indefectiblemente, al estudio del hundimiento de la realidad social del país.

Y con ello, al planteamiento y exposición de la asimilación o divorcio entre el pueblo visigodo y el sustrato de población hispano-romano, constituyente del resto de la sociedad nacional.

Controversia histórica que sigue, hoy día, apasionando y dividiendo con sus contradictorias opiniones, a nuestros historia-dores y pensadores.

Nuestros deseos, sin entrar a fondo en la misma, es tratar de buscar y ofrecer el conocimiento y explicación de los hechos y sus consecuencias militares en el reflejo lógico de sus motivaciones y repercusiones.

Hechos y consecuencias que, pese a condensarse en el breve espacio de seis meses, consuman uno de los capítulos cruciales de nuestra historia.

Capítulo histórico que cabe subdividir en tres fases:

a) *Fase inicial*.—Constituida por el desembarco, el 27 de abril del 711, y prolongada hasta las vísperas de la batalla del Guadalete, el 19 de julio del 711.

A lo largo de la misma, y al amparo, fortuito o provocado, de la estancia del rey Rodrigo en la zona de Pamplona, los witizanos y sus auxiliares árabes desembarcan, concentran y aproximan su cuerpo de batalla que, de no mediar dicha circuns-

tancia de la lejanía de Rodrigo, hubiérase visto muy atenuado en cuanto al logro de sus intenciones, dadas las naturales dificultades en orden al transporte y travesía del estrecho con la fragmentación que impone.

El alejamiento del rey Rodrigo, a mil kilómetros de distancia, de la zona del desembarco y de expansión inicial, constituye, para nosotros, el éxito primordial del plan witizano, dado que les permite explotar, real y psicológicamente, su asentamiento material y moral en la región, con indudables repercusiones más allá de dicho territorio, que contribuiría a mayor vacilación en las posibles reacciones del cuerpo social.

Su progresión inicial limitada, producto inequívoco de la insuficiencia de fuerzas, ausencia de caballería y temor a la reacción del rey Rodrigo, constituye, para nosotros, la demostración de la falta de proporcionalidad entre los medios allegados y los objetivos que perseguían.

El reconocimiento, por parte de los propios interesados, que muestra la obediencia de Taricq a mantenerse en los límites de prudencia que, en una aventura cual la emprendida, le habían impuesto sus superiores, les llevó a mantenerse, básicamente, sobre su zona de aprovisionamientos y comunicaciones, asegurándose firmemente a caballo de la zona del Guadalete medio, sobre los alrededores de la comarca de Arcos de la Frontera, cuyo abanico de comunicaciones les permitía prever y asegurar cualquier tipo de movimientos y maniobras sobre el lugar.

La marcha forzada del rey Rodrigo, a lo largo de más de 1.000 kilómetros de distancia, con su leva circunstancial y apresurada, moviéndose en un clima contradictorio de noticias y ambiente, de superación de circunstancias adversas, y conjunción de colaboraciones, enemigas, unas, y entibiadas, otras, ante el reconocimiento de la realidad social, es indudable que, supuso para él mismo y sus leales una muy seria desventaja en orden a sus posibilidades de éxito.

Las circunstancias de su elección, las luchas dinásticas iniciales sostenidas y el convencimiento del estado socio-político imperante, debieron espolear su natural y conocida impetuosidad en el afán de taponar e impedir la progresión de sus enemigos rivales.

Ello determinó su presentación prematura en la zona de combate, sin el respaldo que hubiera representado, para sus extenuadas y menguadas fuerzas, el complemento de la masa de peones y resto de los nobles locales con sus aditamentos de caballería.

Tal vez, la experiencia anterior del rey Rodrigo en las iniciales luchas dinásticas, le hiciera subestimar las fuerzas enemigas, considerándolas en una cuantía bastante menor de la que encontró, a más de la confianza en sí mismo y en el prestigio que irradiaba su personalidad.

En vísperas del choque armado en el Guadalete, y en contraposición al criterio sostenido por la casi totalidad de los historiadores, estimamos, que la proporción de efectivos, en ambos contendientes, es reducida:

a) Entre árabes y witizanos, de acuerdo con las estimaciones aportadas en sus crónicas, dada la escasez de transporte y dificultades de navegación que impusieron el arribo a las costas españolas de manera fraccionada e intermitente, que la lejanía del rey Rodrigo favoreció, junto a la no muy numerosa aportación de combatientes witizanos peninsulares, puesto que sus jefes caracterizados, don Oppas, Sisberto, etc., debían mantenerse en sus puestos o colaborar junto a don Rodrigo, para mantener mejor la ficción de su ayuda.

b) Entre los visigodos leales al rey Rodrigo, habida cuenta de las condiciones sociales, circunstancias y servidumbres logísticas impuestas por el alejamiento, a la sazón, en la zona de Pamplona, que redujo notablemente las posibilidades de movilización y aproximación, en debidas condiciones, al sacrificarse la masa en beneficio de la rapidez, y que determina la presencia anticipada del rey Rodrigo en la zona de acción.

En consecuencia, para nosotros, los efectivos leales al rey Rodrigo no guardan, en absoluto, correlación con las estimaciones corrientemente apuntadas, ante la imposibilidad razonable de su movilización, encuadramiento, mantenimiento y aproximación logística, en función de las distancias y tiempos.

b) *Fase de combate*.—Constituida o subdividida en dos episodios: Guadalete y Ecija.

El del Guadalete, de resonancia histórica, pero que, para nosotros, no es tan absolutamente resolutivo, militarmente consi-

derado, como se ha pretendido mostrar, sino determinante del posterior derrumbamiento.

No es resolutivo, dado que el grueso de las fuerzas leales a Rodrigo no ha sido empeñado en la batalla, aunque en la misma participaran y quedasen harto mermadas las mejores formaciones, especialmente de caballería.

El resto de las unidades movilizadas y estacionadas en Córdoba, completaron su encuadramiento en tanto el rey Rodrigo se adelantó, para ir, de acuerdo con sus instrucciones, aproximándose paulatinamente, lo que realizan, estacionándose en la zona de Ecija, en la que reciben a los restos derrotados en la batalla del Guadalete.

La verdadera importancia de esta batalla del Guadalete se centra, para nosotros, en la muerte o desaparición del rey Rodrigo, que desarboló, por completo, las posibles iniciativas y propósitos decididos de lucha posteriores en sus partidarios.

El mantenimiento y resistencia sobre Ecija del grueso movilizado, acrecido con los restos vencidos en el Guadalete, reteniendo sobre dicha plaza a la totalidad del ejército victorioso durante casi un mes, constituye la prueba más palmaria.

La incertidumbre trágica sobre la suerte del rey Rodrigo debió presidir los pensamientos y determinación de los nobles más allegados. De ahí, que, ante el convencimiento respecto a la suerte del rey Rodrigo, se inclinaran ante las ofertas witi-zanas y arábigas, no prolongando por mayor tiempo dicha resistencia.

Es aquí, a partir de Ecija, donde concluye, ciertamente, la resistencia activa, coherente, generalizada y sistemática.

La desaparición del rey Rodrigo va paralela al derrumbamiento de resistencias.

El significado personalista, caudillista, de la monarquía visigoda, arrastraba en su vacío el más profundo vacío socio-político existente, larvado, desde tiempo atrás, ambientado, a la sazón, en condiciones de pobreza y hastío, difícilmente superables.

Nada sorprendente, pues, que, tras la capitulación de Ecija, el Conde don Julián, buen conocedor de la realidad imperante, recomendara, como tan fielmente han recogido las crónicas, a



Taricq, la fragmentación de fuerzas y la marcha decidida sobre Toledo, capital de la monarquía visigoda.

Dicho consejo suponía, tan sólo, adecuar la realidad del momento, a la realidad social imperante.

Tal vez, sería el inicio, igualmente, del secreto pensamiento de Taricq, de sobrepasar las instrucciones recibidas de simple auxilio, ante el vacío material y moral que encontraba.

c) *Fase de Explotación y marcha sobre Toledo.*—Tras Ecija, no cabe hablar ya de resistencia militar.

El episodio de Córdoba se considera por los vencedores del Guadalete y Ecija como secundario.

Su asedio por una fracción de sus fuerzas, encargadas de lograrlo, en tanto el grueso realiza una maniobra desbordante, por el Sur de dicha plaza, y en dirección paralela al curso del Guadalquivir con orientación claramente ascendente, para alcanzar por vías secundarias el acceso a la Mariánica, es una sagaz maniobra, fruto del triunfo logrado, y que entraña un claro antecedente de las actuales, en nuestros días, pese a mantener a retaguardia un foco aislado enemigo.

Esta marcha, auténtica punta de lanza orientada a la consecución del objetivo estratégico, Toledo, no cabe ser realizada sin el convencimiento del derrumbamiento moral existente.

Es el aprovechamiento inmediato del desconcierto generalizado, sin opción alguna a la reacción.

La entremezcla de ofertas conciliadoras, con actos de fuerza que consolidasen la superioridad arábigo-witizana, es procedimiento usual y genérico en similares circunstancias.

El éxito del mismo debió basarse en el hecho engañoso de personificar la sustitución de jerarquía, en los sucesores de Witiza, facilitándose con ello la credulidad indiferente o recelosa de la masa popular, corroborada por los pactos de los nobles.

En consecuencia, esta ulterior fase, sobre Toledo, no supone, sino simplemente la marcha logística del vencedor salpicada de vigilancias aisladas y resistencias sin relieve o significado.

Colofón de este desplome material y moral es la entrega y entrada en la capital, Toledo, derrumbándose, así, en el breve espacio de seis meses, la apariencia estatal nacional, ante la pasividad y desánimo social generalizados.

Tres jalones, pues, enmarcan y condensan este magno acontecimiento nacional:

- 29 de abril, fecha inicial del desembarco.
- 19 de julio, fecha inicial de la batalla del Guadalete.
- 11 de noviembre, fecha de la entrada en Toledo.

Acontecimientos y hechos que las propias circunstancias desbordaron, tanto en propósitos como en sus consecuencias.

Puesto que, en el ánimo de los árabes, su aportación no se fraguó con intenciones deliberadas de invasión.

Ni por sus antecedentes, mejor o peor conocidos, ni por los preparativos, efectivos empleados, mando de los mismos, desarrollo de las operaciones, etc., cabe calificar de invasión a la aventura arábica.

Su intervención y posterior aprovechamiento, no fue sino una conquista derivada de un auténtico clima de descomposición social y disociación con la clase rectora, cuyas circunstancias, fácilmente captables, convirtieron para sí mismos, al reconocerse árbitros de la situación, entre los grupos dinásticos opuestos.

Por ambiciosos que hubieran sido los pensamientos árabes de prosecución de sus conquistas, una vez realizada la penetración en Africa, debe reconocerse que, pese a futuras ambiciones, en la época de desarrollo de los presentes hechos, su etapa expansiva se hallaba por las aguas mediterráneas, sin ideas, propósitos ni preparativos para acometer el paso a la península.

Las circunstancias fortuitas de la lucha por el trono entre Rodrigo y los hijos de Witiza, con el enlace que suponía la interrelación del Conde don Julián en el antiguo territorio de la Mauritania Tingitana con la posición clave de la plaza de Ceuta, ofrecieron a los árabes la posibilidad fortuita y gratuita del paso a la península.

El carácter de aventura circunstancial, aprovechable desde luego, se evidencia, no sólo en los consejos de prudencia y recelo, sino en la insignificancia de los efectivos empleados, el mando subalterno de los mismos, y en la decisión de enviar junto al mismo al Conde don Julián, puesto que, si fracasaba, moría o traicionaba, les quedaba libre y expedito el dominio

sobre la zona de Ceuta y sus tribus, sobre las que ejercía indudable atracción el citado Conde don Julián.

La obsesión suicida del grupo witizano, ante su ceguera recuperadora de la corona, revela su total ineptitud política. Puesto que, conocedores de la extrema debilidad nacional, agotada por la serie de luchas, peste y sequía y la propia descomposición socio-política, el llamamiento de un pueblo extraño, fanático, ambicioso, como árbitro de sus pretensiones, suponía brindarles el remate de su propio hundimiento.

Hubiera sido en extremo sorprendente comportamiento diferente, habida cuenta de la descomposición social generalizada, consecuencia lógica del proceso ininterrumpido de egoísmos, intereses encontrados y ambiciosos de los distintos grupos nobles, al margen del resto del cuerpo social.

La reacción militar no pudo producirse a mayor escala, al carecerse de persona e ideales que galvanizaran las reacciones generales.

Por lo que, el cuerpo social nacional, ni pudo, ni supo, ni quiso reaccionar.

Las ficciones pueden sostenerse en tanto no las alcanzan, directamente, acontecimientos que, por el solo hecho de desencadenarse, acarrear el hundimiento definitivo.

Y así ocurrió con la monarquía visigoda en el 711.